



IMPEDIMENTA

MIRCEA CĂRTĂRESCU

El Levante

Traducción de Marian Ochoa de Eribe

Prólogo de Carlos Pardo



El Levante



Mircea Cărtărescu

Traducción del rumano a cargo de
Marian Ochoa de Eribe

Prólogo de
Carlos Pardo



IMPEDIMENTA

Prólogo



TRABAJOS PARA LA ETERNIDAD

por Carlos Pardo

EL LECTOR ESPAÑOL ya conoce al escritor rumano Mircea Cărtărescu. Conoce al narrador exacto y tenso a los relatos de *Nostalgia*, al leve humorista de *Las Bellas Extranjeras*, al simbolista amargo de la autobiográfica *Lulu...* Es decir, el lector español ya sabe que no puede llegar a conocer al escritor rumano porque cada nuevo libro es una contradicción, casi una negación del anterior que hayamos leído. O, por usar una imagen más cercana a este creador de mundos que se rigen por sus propias y rigurosas leyes, cada libro es una burbuja que a su vez está dentro de otra burbuja que a su vez está dentro de otra burbuja, etcétera.

Por otra parte, *El Levante* es el primer libro de poesía aparecido en nuestro país de Cărtărescu, que también es uno de los poetas más reconocidos de Europa. Aunque llamar a esta obra poesía es, en cierto sentido, empequeñecerla. Así que el lector hará mejor adentrándose en ella con la confianza de que es mejor no saber nada de antemano y el prologuista dará unas claves que no pretenden encaminar la lectura, sino sugerir la riqueza de algunas interpretaciones de esta (digámoslo ya) obra magna.

Pocos meses antes de la caída del comunismo el autor terminaba *El Levante* en la mesa de la cocina de su casa, sobre un tapete de hule, mientras su mujer escuchaba la radio en una habitación. Con una mano movía un carrito de bebé y con la otra tecleaba en su máquina de escribir «Erika»:

YO, MIRCEA CĂRTĂRESCU, HE ESCRITO

E L L E V A N T E

EN UN MOMENTO DIFÍCIL DE MI VIDA,
A LA EDAD DE TREINTA Y UN AÑOS,
CUANDO, SIN CREER YA EN LA POESÍA
(TODA MI VIDA HASTA ENTONCES) NI EN
LA REALIDAD DEL MUNDO NI EN MI
DESTINO EN ESTE MUNDO, HE DECIDIDO
OCUPAR MI TIEMPO INCUBANDO UNA ILUSIÓN.

El autor no pensaba que el libro pudiera ser publicado. *El Levante* podía considerarse algo así como un juego íntimo sumamente placentero y un ajuste de cuentas con la literatura realista del momento. Pero era mucho más. Al igual que algunos libros que comienzan como una parodia pero identifican rápidamente un enemigo mayor (pensemos en nuestro *Quijote*), la parodia creció hasta convertirse en un ajuste de cuentas con toda la poesía rumana, toda la historia de la poesía universal, la historia a secas, y, finalmente, en una sencilla y liberadora defensa de la imaginación. De la imaginación, de la belleza y del humor. Y del placer, que encontramos aquí. Porque *El Levante* es una fastuosa novela de aventuras que bebe de las leyendas de la infancia.

Estamos en mitad del siglo XIX. Manoil, un Byron rumano, su hermana la bella Zenaida, el espía francés Languedoc, el temible pirata Yogurta, la intrépida republicana Zoe, un viejo Antropófago con su mono Hércules y el célebre sabio sufi Nastratin (además de un acompañante sorpresa que no desvelaré) surcan, bien en barco, bien en zepelín, los cielos-mares de Levante, de Samos a Bucarest, para liberar a los rumanos (valacos) de los invasores griegos (apoyados por el gran Turco). A la vez, estos modernos argonautas, héroes y bufones perdidos entre las ruinas de varios imperios, se resisten a que el autor (tecleando desde su cocina, bebiendo un café malo) ejerza su omnipotencia y los convierta en miniaturas...

Pero, entonces, ¿es una novela o un poema? ¿Transcurre en el siglo XIX o en un piso sin calefacción antes de la caída del comunismo? No nos adelantemos. Contestaremos por partes.

El Levante es una epopeya. Una epopeya de siete mil versos. Y aunque pueda parecer que Mircea Cărtărescu elige este género arcaico por veleidades de lírico caprichoso, en él ya trabaja la imaginación del narrador que llegará a ser pocos años después. La epopeya (esas largas leyendas en verso de las que

surgen nuestras ideas del amor y de la aventura, del héroe y de las identidades nacionales, ya transcurran en Babilonia, Castilla o Petersburgo) no solo es el origen de ambos géneros, de la poesía y de la novela, sino que los engloba y supera.

Pero a la vez, este género «anacrónico» le ofrece a Cărtărescu la posibilidad de ejercer de humorista rebelde. O de posmoderno, como él mismo se define sin creérselo mucho («posmodernamente», añade el prologuista). Porque ya sabemos que *El Levante* también es una parodia.

Tampoco es caprichosa la elección del siglo en el que transcurre nuestra aventura. El autor viaja al XIX, es decir, al siglo que inventa, mirando hacia atrás, aquello que hoy seguimos pensando de las naciones, de la política moderna, de la lucha de clases, de la imaginación, del paisaje, del sentimiento, del individuo y de aquello que llamamos poesía; viaja al XIX, decíamos, para desmontar nuestros mitos del presente. El autor sabe que de esta contradicción (mirar atrás hacia el siglo que miraba hacia atrás) puede surgir un interesante desenmascaramiento. Porque *El Levante* es la falsificación de una falsificación.

Y es que la tesis que defiende este prologuista se basa en que los recursos de que se vale Cărtărescu para que su libro suene tan actual, incluso tan adelantado a las poéticas de moda de los años 90 y 2000 (ironía, anacronismo chistoso, exhibicionismo descarnado y todos los juegos de la metaliteratura posmoderna) provienen de la gran poesía romántica. Del *Eugenio Onegin* de Pushkin, del *Don Juan* de Byron o de *El diablo mundo* de nuestro Espronceda.

Cărtărescu apela a fuentes añejas y les da su propia medicina de humor corrosivo. El resultado, en contra de lo que uno pudiera pensar, es la creación de un gran poema moderno que comprende la actualidad, o mejor dicho el presente, sus mitos, con un sentido más profundo que cualquier periódico.

Porque los recursos pueden ser románticos (o posmodernos, si decidimos mirar la moneda por la otra cara), pero *El Levante* es un libro clásico. Trabaja para una eternidad que no cotiza en los mercados, que solo existe en nuestra imaginación, que comienza al abrirse un libro y termina al cerrarse. No es otra cosa la poesía, esa es su tragedia y su victoria.

Añadamos, para ir terminando, un inventario de las curiosidades que encontraremos en *El Levante*, una especie de bazar oriental en el que caben todos los mundos. Aquí están Mafalda, Borges, Steiner, el Che Guevara, Bioy Casares, Gramsci y el grupo de rock progresivo Phoenix. Los perfumes

Lancôme y Fahrenheit. Bellas baladas medievales, agudas reflexiones sobre Rumanía («Siempre entre dos épocas, entre dos imperios, / Entre dos estados de espíritu, se encuentra mi pueblo feliz-infeliz»), chistes de universitario, aforismos sobre política («En política, el soñador es sacrificado enseguida, y los ingenuos con principios humanistas se echan a perder.»), imágenes de una belleza subversiva («se había perdido ya en ensoñaciones violetas como la sombra de una cucharilla de plata sobre un sorbete») y la comparación más larga de la historia de la literatura (comienza con «Manoil terminó de leer y sus ojos...» y termina, tras Anatolia, China y Ararat, con «reflejando las estrellas y los siglos como los ojos de un joven llamado Manoil»). También hay espejos, ventanas y estatuas que hablan. Muchos momentos de gran poesía («Imagínate, lectora, que pudieras ver con el mundo, si este tuviera ojos») y, sobre todo, una defensa del mundo como texto, como reescritura.

Ah, se me olvidaba, y el propio autor, quizá el mejor personaje de este libro. Si hemos empezado en su cocina, terminemos también allí cuando titubea porque pierde omnisciencia y sabe que se ha metido en un berenjenal con una historia que se le va de las manos:

Piensa en la libertad siquiera tú, en este relato como de dibujos animados que intento escribir desde hace más de un año sobre un mantel de hule. Puedo hacer que pierdas la cabeza, puedo hacer que vuelas, pero ¿qué voy a hacer yo? Yo, que llevo una vida dispersa como el polvo entre mi casa y mi trabajo, en un siglo sin alas, en una casa sin calefacción. A mí solo me queda cederte la voz a ti, como un ventrílocuo. Me desespero cuando llega la hora de la comida y tengo que salir volando a la escuela 41, coger tranvías abarrotados, leer, de pie, a Bajtín y a Bolintineanu, los *Cantos de Maldoror* o a Cortázar. Y luego hablarles a los escolares sentados en sus pupitres sobre Coşovei, sobre conjunciones y genitivos con los que no han soñado jamás. ¡Maldita sea la suerte que me ha traído hasta aquí! Pero calla, tú, autor, y sigue con la historia.

POSTDATA

En un libro con tantas incursiones abusonas del autor, el prologuista considera que tiene derecho a ejercer un último acto de violencia sobre el lector.

Esto que lees aquí fue un libro de poemas de siete mil versos. El libro,

contra el pronóstico del autor, fue reconocido como una de las cimas de la poesía rumana del siglo xx. Ni corto ni perezoso, Cărtărescu decidió, años más tarde (pues no en vano sabía que esto también era una novela), eliminar las referencias locales, los giros dialectales y pasar el verso a prosa. Con esto pretendía facilitar la lectura y las traducciones de *El Levante* a otros idiomas. Si ya hemos insistido en que la lectura de este libro es un placer, que nadie piense que es solo gracias a esos recortes del autor. Nos parece de justicia reconocer el mérito de la traducción de Marian Ochoa de Eribe. A estas alturas los lectores de Cărtărescu ya la conocen. Es difícil no mirar el nombre de la traductora cuando uno lee ciertas invenciones geniales en la traducción al español de este autor rico, complejo, aéreo. Ella misma es una creadora de lenguaje, eso está claro, pero el prologuista quiere además agradecerle su conocimiento profundo de la obra del autor rumano.

CARLOS PARDO

El Levante



CANTO PRIMERO

«FLOR DE LOS MUNDOS, ola verde de piedras preciosas festonada, mares que surcan veleros de oro cargados de pimienta y canela como peines que recorren cabellos perfumados, gota de rocío en la que se confunden las nubes y el cielo, oh, Levante, donde el céfiro hincha los carrillos y sopla sobre la inmensidad de las aguas, ¡qué sentimientos tan poderosos avivas en mi pecho! Oh, Levante, dichoso Levante, ¿cómo es que no sientes mi turbación, mi cólera? ¿Cómo es que tu ojo de brillos ambarinos no ve la noche que colma mi pecho, la congoja que invade mi mente desde que desperté de mi letargo y comprendí que soy rumano? ¿Por qué no tendré miles de ojos, como Argos, para poder llorar con miles de lágrimas el terrible estado de mi pueblo, prisionero de los lobos y de las alimañas que desgarran el seno de Valaquia con sus garras afiladas?»

Así meditaba un joven en la proa de un caique que se deslizaba sobre las aguas, con las velas hinchadas, desde Corfú hasta Zante,¹ enfrentándose a las olas que hacían añicos el rostro del sol en el ocaso arrojando sombras de minio a través del turquesa líquido de los mares. Joven amigo, tu rostro es pálido y transparente. ¿Es el tuyo un gemido de amor o de odio? Tu mano, colmada de pesados anillos de retorcidas piedras preciosas, ¿querría posarse sobre un puñal o sobre el tierno pecho de una doncella? ¡Ay, sobre un puñal, y además cuanto antes, pues los tiranos se sonríen todavía; rodeados de albaneses de monstruosos turbantes, saquean todavía a los campesinos, arrancan todavía a las muchachas de los brazos de sus madres, explotan todavía el país con crueldad! Tú te diriges a Zante, donde te espera tu hermana con treinta *palicari*² en una barcaza anclada en el muelle, junto a los fanales.

¡Ay, tu hermana Zenaida! Quien la ve queda embelesado. Quien contempla sus labios de rosa y sus ojos celestiales se pregunta si no se habrá reencarnado Hero para esperar a Leandro al otro lado del palacio de cristal del Helesponto. La griega es dulce y perfumada y sabia, colmada de gracias. Los ojos de la musulmana son como ciruelas brumosas que apenas se adivinan a través del tupido velo. La francesa tiene dientes como granos de nácar y ojos verdes. Una kirguiza se vende en el mercado por unos miles de *mahmudes*,³

pero solo un loco querría comprarla: en la alcoba, entre cojines de Shirāz, sorbería sus besos hasta dejarlo sin aliento, sin color en las mejillas. Mi arpa no tiene cuerdas suficientes para cantar a la macedonia, para alabar su cabello ensortijado, sus senos insaciables y sus cejas unidas como el arco de Amor: es vanidosa pero dulce, y sus chanclos tienen punteras de seda. La egipcia es negra como una noche de pasión, se derrite entre caricias, gime y suspira en el delirio amoroso, arde y se enrosca al cuerpo del amado como la vid al rodrigón. La italiana es una diablesa: te engaña y te traiciona, te arruina y, cuando ya no te queda ni un céntimo, le pide a su amante que te apuñale en un cruce de caminos. La serbia luce collares de *icosari*⁴ en su pecho de azucena, es tímida como una corza, todos los mozos suspiran por ella, mas ella no entrega a nadie la flor de su virginidad, y se vuelve dócil monja en alguna ermita solitaria. Muchas flores hay en el mundo, pero pocas dan fruto, muchas perlas hay que brillan bajo el cielo, muchas mujeres de ojos negros y densas pestañas, ¡pero ninguna se parece a la rumana de los Cárpatos! Su melena cae como una cascada voluptuosa hasta los tobillos que asoman bajo sus bombachos sedosos, hasta las pantuflas de hilo de oro y punteras retorcidas. Su rostro es de alabastro, sus párpados como conchas están maquillados con kohl de Quíos, el más caro, sus pestañas son espesas y abundantes; sus pasos, menudos y cimbreados. Está secretamente enamorada del *beizadea* del país, de nombre Kalimaki, que tiene el alma corrompida, pero que es tan bello como la vida misma. Es el hijo del perro que devora y consume a la desgraciada Valaquia, el putero de los arrabales, entregado únicamente al mal. Él es la espina que habita en el pecho torneado de Zenaida, él es el ladrón de su corazón...

... Pero, *efendi* narrador, te has lanzado con la diégesis y te has adelantado a los acontecimientos. Es mejor que volvamos al lugar del que hemos partido, al joven Manoil que escruta, junto al timón, las olas verdes que se pierden en el horizonte.

La sombra de la noche se derramaba sobre el Archipiélago, y las islas oscuras sacaban miles de cabezas entre las olas. De repente, en la madera redonda del timón creció una yema; luego, el rabito de una flor de espinas pálidas y, en la punta, el botón de un rubí: es la rosa del ocaso abierta sobre el Levante. Ella despliega sus pétalos púrpuras sobre los rayos del cielo, ella oscurece con llamaradas ambarinas el agua centelleante, ella deposita en las

almas la llama del deseo infinito: el deseo de partir, el deseo de las armas, el deseo de los mares, el deseo del amor. Es Gul, que abrasa en los alisios y que destila fuego en las bahías cuando se extiende por las islas y por las casas encaladas, que pinta de oro el morro de los caiques sobre el cristal del mar, y que tiñe de sangre los filos y de malagueta los senos. Gul, que anuncia con su brasa el país de la reina de los ruisseños: la noche llena de brillantes, desde Roma hasta Mosul.

Manoil entró en el camarote, situado bajo cubierta, tomó la pluma de oca, la introdujo en el tintero, y escribió con tinta rojiza: «Oda a la pobre Valaquia, saqueada por el Lobo-vaivoda». Se quedó pensativo unos instantes y lo borró. A continuación escribió: «Elegía a las tumbas de los antepasados, en las que se observa el doloroso estado de la nación». Y su imaginación echó a volar:

Cuando el ruisseño llora en el bosque de romero
Y los arroyos se rizan en olas,
Cuando las chicharras cantan bajo los rayos divinos
Que se apresuran hacia Poniente,
Yo empapo la almohada con mis lágrimas, pues recuerdo
Las desdichas de la patria
Y en mis sentidos crece un mar acongojado
Asolado por los espíritus malvados.

Extranjero que recorres el mundo,
Por mares o caminos polvorientos,
¿Has encontrado en alguna otra parte una alegría mayor
Y mayor prodigio
Que en el campo verde esmaltado de flores?
¿Que en las tierras de mi patria?
¿Que en las blusas bordadas y los pañuelos del dulce traje
De nuestras doncellas de cabellos dorados?

Podrías pensar que Valaquia es un trozo de paraíso,
Pero, ay, ¡estás tan equivocado!
¡Pues hoy su tierno seno es engullido por los sinvergüenzas
Que sometieron la región!

¡Oh, maravilloso país, quién te ha visto
Y quién te ve,
Bajo la suela de los llegados de Fanar!
Tus niños tiemblan y las madres aúllan de dolor,
Pero a los griegos no les importa.

Sobre las blancas tumbas de los héroes de antaño
Crecen las malas hierbas.
Bajo ellas gimen Mihail el Bravo y Mircea Voievod
Como gemimos nosotros bajo los turcos:
Ay, nuestra estrella se ha puesto; ay, nuestro ángel ha
[muerto,
Y el sable está enmohecido.
¡Ay, los griegos son ahora los dueños de la patria,
Mercaderes que fingen ser aristócratas!

Levántate de tu tumba, Brâncoveanu. Levántate, rumano,
Recuerda
A Catón y a Bruto con las águilas en la mano,
A los grandes caudillos de Roma,
¡Pues el águila en cuervo con la cruz en el pico
Se transformó con el paso del tiempo,
Y el romano se hizo rumano, ese fue su destino,
Y es un hombre valiente!

Levántate, nación, mujer llorosa.
Mira, las tumbas se abren
Y de la sombra humeante surgen fantasmas nobles
Que desafían a los siglos.
¡Arriba, arriba, contemplad los laureles y la independencia
Y como leopardos terribles
Desgarrad con vuestros colmillos y vuestras garras
A los depuestos tiranos!

¡Señor que estás en el cielo en un trono de rayos,
En Tu silla de plata,
Déjame vivir para ver cómo el dragón
Entrega su alma,
Para ver a un pueblo orgulloso en un país dichoso
Y cerrar luego los ojos;
Y así partiré sonriente
Y feliz de este mundo!

Mira, la noche se torna más cerrada y envuelve la Hélade; mira, las estrellas con sus miles de destellos, amarillas como el azafrán, derraman sus copas en el mar de mercurio y de ensueño. Apacibles medias lunas de oro se bañan en olas de lapislázuli. La luna, un cuerno de estaño, ha partido de la cúspide de la mezquita y se ha tendido sobre las olas como un párpado sobre la córnea, como la pestaña de una odalisca sobre el rostro de un isicasta. La media luna se vuelve fríos añicos sobre la bahía. El delfín asoma de las aguas y recoge polvo de oro de la bóveda celeste. Un sudor dorado hace que brillen en la oscuridad los mástiles, y los odres de las velas se hinchan bajo un cielo de *icosari*. El mar es liso como el cristal, el cielo es de madreperla. El polvo de las estrellas ilumina como si fuera de día, el Escorpión mueve su aguijón, las Pléyades se pasean por la bóveda, las Osas brillan como piedras preciosas en un cofre, Géminis se inclina sobre el parapeto de la esfera celestial. Todo lo que alcanza la vista son islas. El único rumor que se escucha es el de la luna al deslizarse por las ruedas dentadas, como esas Vírgenes que se asoman con el niño en brazos en la torre del reloj. Las estrellas se arrojan a las olas y las olas a las estrellas.

Manoil, tu despejada frente de poeta se ha posado sobre los pergaminos, y tu pesadumbre se ha calmado. Gran Oriente, ¿cuándo has visto tú un espíritu más noble en tu Edén? Hacia el alba, el converso Ibrahim lo despierta asustado:

—¡Levántate, *efendi*, que estamos rodeados de piratas: vienen en barcas hacia nosotros y en la primera está su jefe, Yogurta el Tuerto, el terror de los mares que bañan la isla de Zante! ¡Aquí, en el Levante, su cabeza vale miles de monedas de oro! Él captura todos los caiques que le salen al paso, les perfora el casco y los hunde. Amarran a los tripulantes a los mástiles y los hacen desaparecer junto con la nave.

Manoil salió a cubierta después de colocarse en el tahalí dos espléndidas pistolas traídas de Londres. Tienen la culata de marfil y, en el cañón, flores de plata. ¡Ay de aquel al que apunte Manoil! Cuatro barcas alargadas se acercaban a la popa atravesando un mar en calma. En la primera brillaban terriblemente bajo la luz diez cimitarras. Otros tantos feces rojos se movían al ritmo de los remos envueltos en fieltro. Los *palicari* del puente del caique se esconden tras los cabrestantes, revisan la pólvora de los arcabuces, se encomiendan a los iconos que llevan al cuello. Son solo siete, y los piratas, cuarenta. No se divisa ninguna vela en el horizonte.

—¡Estamos perdidos! —grita lastimero el grumete Ianis.

Solo Manoil conserva la calma. Contempla el amanecer sobre las aguas de napalm.

Los arcabuces empiezan a tronar y los piratas a gritar: maldicen a las madres, a Dios y a la Hostia. Los grampines se traban a las escotillas, los piratas saltan a cubierta y amenazan a los marineros con los alfanjes; luego, maniatan con una soga entretejida con hilo de seda a los que aún respiran. Los cerdos son Adonis, el asno es sabio, el tigre es dócil como un cordero y no tiene colmillos en la boca, la víbora es una lombriz ciega y los cuervos son pichones comparados con los piratas cojos, mancos, lampiños y de gruesas papadas. Sin embargo, los piratas son bellos como dioses y dulces como el néctar al lado del terrible verdugo del mar, el cruel Yogurta. Tiene un solo ojo en la frente, al igual que el Cíclope de Homero, y unas guedejas grasientas, rojizas como si se hubiera mesado el cabello con las manos ensangrentadas, caen sobre su ropaje de largos faldones. Bajo sus pesadas zancadas, bajo su enorme barriga, crujen los tablones de la cubierta.

—¿Eres inglés? —rugió Yogurta cuando vio a Manoil. Y le arrimó al cuello el filo de una daga con empuñadura de marfil—. Vamos, dime qué siente la tierna hierba cuando los ciervos y las corzas le arriman el morro.

—Se deja mordisquear y se alegra, pues sabe que su capullo resurgirá al año siguiente.

—¡Perro! Reniega inmediatamente de tus hombres. Únete a mí y enséñanos a disparar los cañones de bronce para acertar barcazas de toda clase y caiques con cañones de madera de cerezo. Si rehúsas, le diré a Spiros que te estrangule ahora mismo.

El rumano miró al verdugo a los ojos, muy tranquilo:

—¡Ay, desgraciado Yogurta, aunque no tuviera una sola vida, sino miles,

todas llenas de alegría, igualmente las sacrificaría por el dulce amor a la libertad! El hombre no es un buey para, avergonzado, tirar del arado uncido con un arnés y un yugo, arreado por los extranjeros. El océano no es una palangana, ni los Cárpatos, un hormiguero. ¡No soy inglés, soy rumano, y quiero morir siendo rumano!

—*But you speak perfectly English* —se asombró el griego.

—*Well, I've studied once at Cambridge* —respondió el joven.

—¿Has dicho Cambridge? ¿No estarás mintiendo? ¿Y no conociste allí a un estudiante griego de ojos y boca como la miel? Tiene veinte años y es mi amadísimo hijo: por él arraso el Levante desde el ocaso hasta el alba.

—¿Tiene tu hijo una mancha de nacimiento en el rostro, como una estrella de cuatro puntas? ¿Viste ropajes orientales?

—¡Sí, es él! ¡Ay, mi pobre Zotalis, *koritaki-mu*!

—Fuimos amigos. Juntos nos aprendimos de memoria todos los escritos de lord Byron e, incluso, en un momento de exaltación, nos hicimos hermanos de sangre, juramos liberar a la Hélade de los turcos libertinos y devolver la luz a Valaquia.

—Ay, *taruki* —el tuerto masculó la contraseña de los sublevados con una emoción indescriptible.

—Y *paluki* —replicó orgulloso Manoil, que se había perdido ya en ensoñaciones violetas como la sombra de una cucharilla de plata sobre un sorbete.

Veía una nube de sangre sobre los dominios turcos. Veía cómo aparecían los *palicari*, en oleadas, desde los miles de rincones de la infeliz Hélade, cómo se movían como el mar, cómo arreciaban como las ráfagas del huracán, como la lluvia y el trote de los caballos. Contemplaba cómo los burros acarreaban gavillas de lanzas. Veía llegar a la tropa rebelde, agitada como las aguas de los torrentes al saltar entre peñascos, entre el tintineo de los alfanjes y el crujido de las *fustanelas*. Su mirada era cruel. Los caballos llevan estribos de plata y chapotean al cruzar los vados. Los montenegrinos, horcas en ristre, se arrojan al fuego como demonios; los croatas, con las melenas unguadas con suero, son los dueños de la llanura, donde siegan las rodillas y los cuellos de los turcos, que se tronchan como zarcillos secos por el peso de las calabazas podridas. ¡Qué rugido, qué gritos, qué calamidad! Los jinetes caen cercenados por las guadañas en el fragor de la batalla, los oficiales exhiben muñones ensangrentados en lugar de manos y gritan desesperados. Hojas del Corán,

falaces pero bañadas en oro, revolotean por el aire arrancadas de cuajo. Los corceles se encabritan bajo nubes perladas. Entran en escena los vigorosos búlgaros, sacudiendo violentamente la tierra: los músculos de sus espaldas parecen gruesas serpientes, porque trabajan siempre encorvados sobre carnosos tomates y succulentos pimientos. Golpean ahora la coronilla de los turcos con los rodrigones del huerto. «¡Ay, Alá, Alá!» se escucha por todas partes cuando, de repente, mientras la luna flota en lo alto oscureciendo la tierra con una luz como la confitura de naranja, se oye el sonido del cuerno y el ladrido de los mastines, y de los bosques infinitos surgen, por millares y millares, los rumanos, los halcones de la batalla, que no van a caballo, sino que cabalgan leopardos bajo las llamas de las estrellas de la bóveda celeste. Derriban las imponentes tiendas de hilo de oro y plata, desgarran sus ricos tejidos y prenden fuego al campamento. Los abanderados huyen con los rostros enrojecidos por las llamas, los leprosos se ahogan, en medio de un humo denso, junto a los carros cargados de alimentos y arrastrados por búfalas. Las crines de los caballos chisporrotean, los cuchillos hienden sus vientres. Los turcos huyen de la muerte aterrorizados, con los bombachos por las rodillas, mientras la tropa rumana llega centelleando bajo la luna como el filo de una daga, como los colmillos de un león rabioso. Antes del amanecer, los Balcanes inclinan la cabeza ante los Cárpatos.

... Fantasías de un alma noble. ¡Qué pena me das, Manoil! En mi extraño relato has empezado con el pie izquierdo. Temo que llegues a perder la razón cuando sepas lo que sigue, cuando sepas que tu periplo es tan solo una anábasis: cuando sepas que tu destino es de papel. Ulises, el de la Antigüedad, no sabía que no fue él, sino Homero, el que urdió todos los engaños, el que le envió los pretendientes a su esposa, el que hablaba a través de su boca; que ni un solo cabello de su cabeza se movía sin permiso del aedo. Es verdad. Te sueño, te oigo, te pienso: ahora apareces ante mí inmóvil como el daguerrotipo de la muerte realizado a un dios enterrado. Puedo hacer lo que quiera contigo, encumbrarte o destruirte, pues nadie, nunca, es dueño de su verdad. Pero ya que me he propuesto escribir una epopeya y crear una flor a partir de unas hojas muertas y olvidadas, incluso aunque solo sea una ilusión en la bola de un adivino, convertir en inmortal una escultura de arena, Manoil, ¡sigue adelante! Pálido actante, ¿por qué titubeas? Ninguna *story* puede cuajar si no crees en

ella.

CANTO SEGUNDO

BORGES, ÁNGEL CON ALAS DE NÁCAR, cuya madre fue un espejo y cuyo padre un laberinto, habla de un poeta que aspiraba a abarcar en su poema la Esfera entera, el horizonte del mundo infinito, y que describía en sus versos cada parcela de tierra con su hierba y sus árboles, con las casas, los jardines y los huertos, tal y como René Thom aspiró a describir con todo detalle, gracias a sus líneas rectas, curvas y denticuladas, los objetos tallados en piedras preciosas. Si también yo compusiera en verso *El Levante*, yo, su humilde discípulo, un pobre escriba que no ha sido tocado por un solo rayo de la estrella Inspiración, moriría de felicidad. Lo pintaría morosamente, con cada estrella y cada nube. Pero no puedo. Mi escritura es la sombra de una sombra, y no puedo pedir que mis páginas sean plateadas, como las de Daguerre, a nadie más que a ti, Musa. ¡Vamos, ten piedad de mí siquiera una vez!

Hay un farallón que se yergue orgulloso entre olas tumultuosas. Tres higueras chorrean la jalea de sus frutos, pesados como senos, sobre las ruinas en las que han levantado su refugio Yogurta el pagano y los piratas, rechazados por los hombres y los dioses, pues eres odiado como una bestia si te comportas como las bestias. En tiempos tan remotos que ni siquiera saben de su existencia aquellos que han asistido a los colegios más reputados, erigieron aquí una ermita de celdas sombrías tres monjes que habían sido vergonzosamente expulsados del Monte Athos tras haber sido denunciados por criar gallinas (ya se sabe que albergar en el Monte Athos criaturas de naturaleza femenina supone un pecado terrible; incluso el miembro femenino de las bestias de carga o las vacas, pues la mujer es un Satanás eternamente tentador). Desterrados a pedradas, comenzaron a construir en la nueva isla, utilizando niveles, rasquetas y sierras, una ermita sólida de madera de roble. Los eremitas se llamaban Behemot, Valafar y Mâmon. Pero una noche, cuando el cuerno de la luna emergía ancho y tranquilo del mar, una visión surgió justamente en su rayo, sobre las aguas: una mujer envuelta en amplios velos sobrevolaba el cristal de las aguas como la mano de una dama se desliza en la pila benditera. La aparición avanzaba por la superficie como por un puente de escamas de oro y, tras ella, dóciles, venían un centauro y un unicornio.

Caminaban decididos hacia la ermita de la isla. Tres barbas rizadas asomaron en las celdas, tres rosarios resonaron ahogados. Los anacoretas se preguntaban: «¿Será una barcaza con sábanas de seda en vez de velas o una novia de dulces hombros?». Pero ¿por qué mostraba la mujer una sonrisa siniestra? ¿Y por qué parecía tan delgada bajo su camisa de seda? Era solo costillas y huesos, y en la mano derecha sostenía una guadaña reluciente, parecida a la luna por la plata y la curvatura. Y no la acompañaban un centauro y un unicornio, sino un áspid sibilante y un basilisco rabioso, con espolones de metal y pico de loro. La guadaña segó la cabeza de Mâmon, luego la de Behemot y, por último, la de Valafar. Pero ellos se incorporaron decapitados y, caminando por los *icosari* del mar, partieron tambaleantes tras la señora de los ahogados. A su paso, bajo las aguas transparentes, se adivinaban, subiendo hacia la superficie, pesados galeones podridos, goletas hundidas, carabelas y falúas cargadas de esqueletos que brillaban amarillos bajo la luna, la flota de la desgracia y del pánico. Un rayo tan potente como la llama de un dragón abrasó la ermita de la isla.

Eso es lo que dicen. El caso es que Yogurta invitó a Manoil a acompañarle en la mesa en aquel peristilo arruinado por el paso del tiempo. Tres días se había entregado el negro Idolon, junto a una antigua odalisca gorda, a la tarea de preparar la cena, y ahora sus labios gruesos sonreían. El negro vanidoso llevaba un aro de oro en la nariz. En torno a las mesas había piratas que blasfemaban, engullían como animales y se limpiaban la boca con la manga. Reían y gritaban Mavros, Iorgos y Nicodimos ante una cena que era una obra de arte: *margaritas ante porcos*.

Y es que, bajo la mayonesa transparente y espumosa, se adivinaban las perlas de las huevas de mújol y una marinada de jurel distribuida sobre largas bandejas de estaño repujado. Se veían carpas, con escamas como de cristal, trinchadas a lo largo; a los griegos les chiflan, con su blanca tripa repleta de uvas pasas y rodeadas de rodajas de limones de Mesina. Había también lechones de crujiente piel rellenos de avellanas, aderezados con pimienta y jengibre y acompañados de albóndigas de eneldo y perifollo, con ese apio que hace que brillen ardientes los ojos negros de las mujeres a las que besas. Había morcillas, salchichas, rabanitos cortados en láminas, blancos y rojos, con sal, para que el vino se deslice mejor por la garganta. En cestas de mimbre, pesados bizcochos de nuez y semilla de amapola y, a su lado, los caracoles se ruborizaban levemente sobre las hojas de lechuga, como las

doncellas cuando acaricias su seno. El queso de *burduf*⁵ con comino, que se conserva mucho tiempo si se guarda en arcones, estaba acompañado de una cebolla cortada tan fina que se transparentaba como una blusa de cristal, y de una sidra espumosa que se te subía a la cabeza tan rápido que te entraban ganas de coger el cuchillo y empezar a asestar puñaladas a diestro y siniestro. Los trozos de *halva* se desmigán en un polvillo húmedo. Por aquí y por allá, en bandejas, junto a los candelabros encendidos, pilas de piñas y de uvas con aroma a almizcle y a nardos, moscatel, naranjas y pomelos: el diligente cocinero había estado en todo. Entre montones de hojuelas rellenas de almendra, de mermelada y de dulce de rosas, habían colocado, en cada una de las mesas, tres damajuanas de mimbre: contenían vino de Quíos, de Madeira y de Burdeos.

¡A santo de qué! Los bandoleros cantan, se derraman el vino por la cabeza y gritan, engullendo los hojaldres como si fueran *mămăligă*. Se tragan las aceitunas con hueso y todo, y se comen los limones como si fueran manzanas. Graban el nombre de sus amadas en las mesas de madera. Al cabo de un rato, empiezan a llorar, trituran los vasos con los dientes, beben remedios para el desamor y, de repente, aparece un *sirtaki*. Ghiorghi el Desdentado empieza a cantar así:

Oh, triste pájaro
Que suspiras y te lamentas
Retenido por una mano malvada
Tras los barrotes de la jaula,

Pequeño canario de pico de cera
Y ojos de coral
Que cantas siempre
Un canto indeciblemente triste:

Tú, con tus bellas plumas,
Eres más feliz que yo.
Si pudiera, cambiaría
Ahora mismo mi suerte por la tuya.

Tras los barrotes de oro
Sería feliz
Adorando, en su alcoba,
Un rostro igual que el suyo;

Contemplándola siempre
Tumbada en el diván.
Sus mejillas son dos peonías
Cuando toma café en su preciosa taza.

Al poder verla como tú, siempre,
Creería estar soñando:
¡Ah, qué hermosa es
Con sus bombachos de delicado lino!

Sus dientes son perlas
Y sus ojos son de cierva.
Sus labios son una flor púrpura
Que me hace arder de deseo.

Y bajo su camisa de ligera
Seda bordada,
Se adivina su pecho menudo
Como dos globos de diente de león.

¿Por qué no puedo, hermosa mía,
Contemplar también yo, sutil,
Tus pechos pequeños,
Puntiagudos como sorbetes?

¡Pero yo, pobre de mí,
Vago por los campos,
Hasta perder el sentido,
Hasta morir, *agapi*, hasta morir!

Apiádate de mí, acéptame
Como tu canario en la jaula.
Apiádate, aliméntame
Con granos de maíz dulce,

Y yo picotearé feliz
Los granos de trigo de tu mano
Con anillos venecianos:
Turquesas y amatistas.

Y me olvidaré de todo, de todo el mundo,
Y cantaré solo para ti
Como no has oído cantar jamás,
¡Psihi mu, agapi mu!

Derrumbados sobre las mesas, los ladrones lloraban por Penélope, Eufrosine, Calíope o Filoftea, como el gato del cuento de las botas. Solo el horrible Yogurta y Manoil permanecían sobrios. Contemplaban en silencio cómo el humo subía hasta el techo formando flores, como los sueños de grandeza en la mente de los ambiciosos, como un susurro amoroso en el oído de un eunuco. El tabaco de los narguiles está bien apretado. Es picadura fina: la secan las doncellas del Nuevo Mundo, luego la mezclan con opio y la aromatizan con clavo; su humo dorado sale por la perfumada boquilla del narguile fabricado con madera de albaricoque. Aunque seas un charlatán o un enterrador, cuando fumas tabaco te crees el rey de un país fantástico donde puedes hacer todo lo que quieras, donde puedes ocupar incluso el trono de los cielos, donde la mismísima reina de Saba te espera en tu lecho, desde el que dominas los mares como el famoso Alejandro de Macedonia.

—Manoil, ¿de dónde procede tu pueblo y qué hombres virtuosos han salido de él? —preguntó Yogurta al cabo de un rato.

El rumano alzó soñador sus ojos negros y mansos:

—A los pies de los Cárpatos se extiende una extensa llanura. Allí, en la Antigüedad, habitaban los famosos dacios. Vivían felices, cantando a sus rebaños con la flauta. Créeme, a lo largo y ancho del país han quedado muchas huellas de su paso. Su sabio rey era Decébal, un hombre valiente. Eran pobres

y orgullosos, se contentaban con algo de corzo y gachas de maíz para cenar. (He utilizado a propósito el anacronismo para poner en evidencia a los lectores adormilados, pues el maíz llegó a Europa muchos siglos después, tal y como apuntan los almanaques.) Pero en el sur, los romanos, un pueblo que había extendido su dominio por toda la tierra, habían llegado ya al gran Danubio. Por entonces, su emperador era Trajano, capitán y dueño de miles de legiones. En el 101 atravesaron el Danubio por un pontón de barcos y guerrearon sin piedad contra el famoso Decébal, y los romanos vencieron a aquellos dacios vestidos con abarcas y gorras de piel de oveja. En el 105 comenzó otra guerra. Pero, ya ves, en aquella ocasión, el astuto emperador no tuvo el valor de atravesar el hielo que se había formado sobre el ancho Danubio e hizo llamar al famoso Apolodoro, al que ordenó rudamente, golpeando el suelo: «Apolodoro, constrúyeme un puente sólido y robusto para que pueda cruzar todo mi ejército a esa Dacia insensata que se atreve a ofenderme. Tienes un plazo de tantos meses y días a partir de este instante». Pero todo lo que el pobrecillo construía durante el día se venía abajo por la noche. Y así fue hasta que el desgraciado Apolodoro sepultó en un pilar del puente a su propia y amada esposa, de tal manera que cuando los romanos lo atravesaron, oyeron un lamento brotar de la piedra. La leyenda es digna de un Victor Hugo, ¿no?

»Los dacios murieron en la batalla junto con su rey, pero sus orgullosas aldeas de Argeş y Trotuş permanecieron en pie, llenas de mujeres vestidas con camisas de lino, seductoras y tímidas. Los romanos contemplaban arrebatados de deseo sus sinuosos cuerpos. Así comenzaron las miles de bodas entre soldados y novias; luego nacieron decenas de miles de criaturas: mi futuro pueblo, que se fundó en ese melancólico país. ¡Sí, hermano Yogurta, nosotros venimos de Roma! Y después un Mircea, un Ştefan, un Vlad Ţepeş, un Mihail el Bravo levantaron en armas a los transilvanos, los muntenios y los moldavos para luchar contra los turcos ávidos de dinero. Y, así como son lo mismo Pakistán y Bangladesh, nosotros, los valacos, somos el mismo pueblo que el que habita en Moldavia, en Ardeal y aquí, en el Principado Rumano, mi lugar predilecto.

—Dime algo en rumano —habló de nuevo el pirata, que había escuchado con atención lo que su camarada le contaba con tanta pasión.

—Escucha:

Flor, dulce flor,
Bella violeta,
Cuando el hielo se derrite
Tu cuerpo se endereza,
Cuando llega el verano
La flor también se abre,
Mi corazón se funde.
Pero cuando asoma el otoño
Ella se marchita.

La pena no tiene flor
Y no la acaricia el sol,
Pero cuando crece el día
La pena me golpea;
Si llega el verano,
La pena me atormenta,
Derrite mi corazón.
Cuando asoma el otoño
La hoja se sacude,
Florece mi pena.

Dulce flor de violeta,
Entonces abandonaré mi hogar,
Caminaré por los bosques
Hasta llegar lejos,
Hasta el inmenso mar;
Más allá del horizonte,
A los territorios del deseo,
La puerta del arco iris
Del lomo de los delfines...

—¿Cómo? ¿Eso es rumano? Entonces yo chapurreo el rumano, mis padres tienen origen macedonio. Una bella lengua, pero soy de fe griega: yo me santiguo ante el Monte Athos.

—No eres griego, hermano Yogurta, sino arrumano,⁶ valaco de pura cepa, un bravo valaco por tus nobles sentimientos. Aquí tienes mi mano.

Y le tendió sus blancos dedos sobre los montoncitos de *halva*.

Los *palicari*, eternamente excitados, aullaban: «¡Hurra!» y «¡Viva!», con unos alaridos como los que profiere una mujer que grita si quieres hacerle daño, y se arrancaron a bailar como posesos. Manoil sacó el puñal, cuyo filo estaba envuelto en hilo de seda, y lo hundió en la muñeca de Yogurta. Pero ¡qué prodigio! No cayó una sola gota de sangre en el profundo recipiente (una palangana con flores de plata talladas en un pórfido tan fino que se transparentaba a la luz), sino que una esfera del tamaño de una naranja, de un púrpura oscuro, brotó de la herida y se elevó al vacío. Latía en medio de la habitación como un grano de caviar, brillando cálido en el sonido agrio y rancio de la *meterhanela*.⁷ Y en el huevo cuajaron huesos, cartílagos, y al poco germinó un bebé asustado en el interior del peristilo. Era traslúcido como una cría de serpiente recién salida del cascarón, tenía la lengua bífida y un grano de ágata entre los ojos. En las escamas de cristal de su espalda se podía leer: «*Lefteria*», que en griego significa «Independencia». El niño rompió el huevo sanguinolento, se puso en pie y, llevándose la mano al pecho, pronunció el siguiente discurso en versos nobles (ahora apelo a tu compasión, lector. Yo no he frecuentado demasiado la escuela, no he tenido un maestro. Es cierto que soy profesor, pero de rumano, apenas entiendo el griego. He leído a George Steiner, pero no me preocupó demasiado por las traducciones. Ofrezco, así pues, una versión un tanto simplona. No es esa ambrosía a la que estás acostumbrado):

Valientes, abigarrado y variado es el mundo:

En el pico de la cigüeña y en la escama del esturión brilla

[un sol de oro,

Preciosas son las plantaciones de dátiles,

Dulces son los ojos de las armenias.

Ciudadelas de cantos rodados junto a ríos azules,

El diente de león abre su flor bajo nubes de algodón

Y un escarabajito dorado trepa por su tallo.

Solo ilusión, terrible ilusión si no hay libertad.

¡Hombres, despertad de vuestra modorra!
¿No oís el rugido de león del cuerno?
¿No siente vuestra nariz el perfume de la libertad?
¿Qué harían los veleros sin viento en medio de las olas?
¿Qué necesita un hombre encadenado?
Pero cuando sopla la brisa celestial es el velero un pájaro
[con las alas abiertas
Y encendidas en medio del ocaso.
Cuando el prisionero es liberado su espíritu se eleva
Y ve los colores del mundo.
¡A las armas, héroes, a las armas!

No escuchéis la voz de la lujuria,
No suspiréis por el abrazo de las mujeres,
No bebáis vinos dulces ni durmáis en blandos lechos.
Jurad todos antes bien regar la preciosa flor de la libertad
Que se riega con sangre.
Amargos sean vuestros bocados mientras el tirano
[disfrute de la vida,
Fea sea vuestra esposa mientras exista una mezquita en la
[Hélade,
Y que vuestra vida se llame desesperación.
¿Por qué tembláis como ovejas? ¿Por qué debéis ser
[sacrificados como verracos
O arreados bajo el yugo como las búfalas?
Sus objetos valiosos, su sorbete y su tabaco son hurtados;
Sus mujeres y sus hijos son vuestros hermanos.
¿Hasta cuándo seguirán profanando su espíritu?
Ellos escupen sobre los santos iconos diciendo que son
[ídolos.
Ellos dicen que las santas reliquias son solo huesos
Y que el gran Otón es un bastardo, un hijo sin padre.
¡Levantad vuestros puñales contra ellos, *palicari*!
¡Así pues, dignos hijos del paraíso en la tierra, sacudid

[vuestras gorras,
Rodad por el rocío como las crías del lince,
Vivid por la libertad y morid por la libertad!
¡No dudéis cuando oigáis la llamada!
¡No seáis esclavos de los turcos depravados! ¡A las armas,
[a las armas!

Luego el espíritu desapareció, el hechizo se disolvió en el aire. La noche cayó sobre ellos como un tulipán que se curva sobre el borde brillante de una copa de cristal, y los cubrió con su flor como un pesado iconostasio. Yogurta sacó a su vez un puñal, que guardaba una redecilla de plata con cipreses de rubíes, y cortó las venas del solitario, pálido, sombrío Manoil. De su vena se alzó hasta el techo una mata de rosas: el sistema venoso y arterial de un triste serafín de carne vaporosa y piel de batista, que barre el suelo con las alas de Ingi... Su nimbo ribeteado de perlas brilla teñido de oro. Es el genio bueno que vela por el futuro de Rumanía, que proclama el triunfo y que reúne a sus hijos bajo sus alas de plumas afiladas como sables. Tiene cuerpo de doncella, tiene voz de hombre:

¡Oh, patria, sé que los mundos son polvo,
Que el propio cosmos es polvo que dejan las pezuñas a su
[paso,
Pero los ojos humanos te ven hermosa!
Eres como una niña que adorna su cabello con una
[corona de margaritas y celidonias,
Y que contempla la sombra que las nubes dejan en el
[prado.
Pero ¿dónde? ¿Dónde está la gloria del pasado?

Cree en mi amor, pero cree también en mi vergüenza.
Ruinas, restos de murallas llenos de liquen y tumbas
Son todo lo que queda de tu depuesto esplendor.
Y las letras de las cédulas.
Hoy tu pueblo tiene la frente hundida,
Y no por la sabiduría o la vejez.

Hoy, feliz aquel que no comprenda.

Siempre entre dos épocas, entre dos imperios,
Entre dos estados de espíritu, se encuentra mi pueblo
[feliz-infeliz.

Pero hoy lo ha perdido todo, pues ha perdido la esperanza.
Hoy conoce la voluptuosidad del sometimiento, la
[embriaguez de la esclavitud.
Hoy hasta los héroes están resignados, aletargados.

El vaivoda de hoy no es como el de antaño.
Es extranjero, tiene costumbres orientales,
Y ha traído de Fanar tradiciones repugnantes: tiene joyas
[y hetairas,

Parecen mujeres todos sus cortesanos, grieguitos con ropas
[caras,
Parecen lobos y linceos sus esbirros,
Parecen fieras, bestias mercenarias.
¡Y cuánta aflicción en los pueblos! ¡Cuántos mercados
[vacíos! ¡Cuántas ferias desiertas!
¡Cuántos niños harapientos por caminos enlodados!
¡Y casas derruidas, e iglesias saqueadas,
Y sabios que apenas saben leer!
Si preguntas al aldeano qué es la patria, se echa a llorar.
Si preguntas al artesano, se enoja y calla.
Si preguntas al mercader, te responde en otra lengua.
Si preguntas al boyardo, se ríe en tus barbas.
Y el gitano es un esclavo como las vacas, y el terreno no
[da fruto.

Pueblo mío, ¿dónde está tu madurez?
Nación mía, ¿dónde está tu coraje?
Álzate, expulsa al fanariota,

Convierte en mármol el ladrillo de adobe.

Tú tienes un futuro de oro,

Tú eres un pueblo notable.

Ah, patria, la eternidad dura solo un instante,

Y sin embargo te amo y me gusta hablar de ti.

Sé de nuevo la niña de flores en el pelo, sentada en el

[prado.

La niña que ríe al sol con sus diente-cillos blancos.

Creo en ti, a pesar de las calamidades:

Sé que volverás a ser tú.

El serafín que pronunció estas palabras se esfumó en el vacío. De repente se abrió la puerta y sucedió algo aterrador: entraron lentamente, hasta situarse junto al espantajo del aro en la nariz, tres monjes decapitados ataviados con unas sotanas de burda tela. La sangre les corría desde el cuello hasta los rosarios de ámbar que llevaban en sus manos, estas brillaban turbias y extrañas; los piratas los miraban con ojos como platos y caían de rodillas o de espaldas. En el mar que se vislumbraba a través del marco de la puerta, un esqueleto caminaba sobre las olas. Los popes de largos dedos escribieron en el muro, en caracteres cirílicos: «Hosna. Hyacint. Hermina», y luego, entre el susurro de las sotanas, se dieron la vuelta y partieron tras el fantasma de la guadaña bajo una luna gigantesca como un alfanje de seda. Un unicornio y un centauro los seguían, y, tras ellos, una flota espectral, dorada: las carabelas y los galeones se perdían de vista sobre un rayo de luna en el horizonte. En los cielos brillaban tenues la Osa, Sagitario y Orión.

CANTO TERCERO

SÉ QUE TODO LO QUE EXISTE EN ESTE MUNDO ES POMPA, que Leonardo, Tasso, Shakespeare y Muşina son la misma cosa, y que no se distinguen del mendigo de la puerta del monasterio. Vanidad de vanidades e ilusión de ilusiones. Platón habla de un cielo que no se encuentra en este mundo: allí se concibe la idea de ventana, la única real. Lo que el carpintero construye en madera y denomina ventana es solo un reflejo, y el escritor, cuando escribe «ventana», crea el reflejo de un reflejo. Montes de cristal, reyes de trapo, vidas de viento, mares de reflejos. Y aunque todo ello fuera real, no sería eterno. Una flor puede durar miles de años, pero si luego se marchita, es como si no hubiera existido jamás, es el sueño de un sueño. El amor es nostalgia y el poder es hastío. Imaginemos, sin embargo, que todo es eterno. Ni aun así tendría valor. Nuestro universo es un mundo entre miles de puntos que se unen para formar otros mundos de fuego, que, contemplados desde muy lejos, se reducen a cristales y latón, caracolas, paños, ciruelos o nubes. Así que no resultaría sorprendente que nuestro universo fuera un átomo en un tiesto en el que crece una adelfa, o el átomo de una cucaracha que corretea por un mundo que es a su vez un átomo del tallo de un tomate. Entonces, ¿por qué escribo, si mi escritura carece en cualquier caso de valor, cuando se ha escrito ya sobre Hamlet y sobre Orestes, y cuando yo no podré jamás igualar a los maestros? Miguel Ángel tenía mármol, yo solo tengo moldes de *halva*. Pero en los momentos en que no tengo nada que leer y no me apetece escuchar música, me sumerjo en un mar de dulces y sosegadas ensoñaciones, se me aparece un genio que coloca una pluma en mi mano:

—Perezoso mortal, salva tu vida, cierra los párpados y ábrelos en otro mundo que está esperando ser creado por ti.

¡Zante! ¡Dulce creación de una mente formidable! Farallón verde rodeado de olas encendidas, como rodea una filigrana de oro el zafiro que un pachá regala a una hurí. Lira de oro arrojada por Orfeo en un bosque que, en lugar de pájaros, alberga pulpos y medusas y, en lugar de fieras, delfines y morenas

cruels. A través del catalejo de lentes curvas, pesadas como el plomo, Manoil clavaba su mirada en el golfo salpicado de velas de bergantines con cientos de velas áuricas, focos largos que revolotean atados a las varas de los mástiles con gruesas maromas, desde el bauprés hasta la popa de los veleros apiñados en la bahía, junto a la orilla de olas rosas con crestas de piritá.

En barquitas, alcanza a ver jóvenes griegas que llevan sobre la cabeza cubierta con un pañuelo unos cántaros panzudos; los sujetan con sus flexibles brazos, que parecen pintados por Preziosi. Desnudos, los pescadores de esponjas se zambullen en un mar de encajes. Por la orilla se pasean los boyardos vestidos con caftanes bordados con piedras preciosas, rodeados de niños esclavos que acarrear sus narguiles y sus tarros de confitura. Una esclava jorobada acompaña al mercado de ostras a la hurí que se cubre el rostro con un cendal de la India. Sobre una colina de tiza blanca, casas también blancas, como dados, llenan el horizonte. Junto al muelle está el bazar donde los turcos y los venecianos compran melones y los saltimbanquis bailan sobre una cuerda y tragan sables...

Pero ¡atención! Más allá, con un bauprés de caoba finamente esculpido en forma de dragón de escamas esmaltadas y ojos de alabastro, se balancea perezoso un caique embadurnado de brea. En la popa se encuentra una cristiana de cuerpo dulce, voluptuoso, de esos que únicamente se ven durante los sueños venenosos provocados por el hachís. Manoil suelta el catalejo y grita de alegría al reconocer a Zenaida, su hermana, a la que había dejado en Atenas y con la que se había reencontrado en Bujará; a la que perdió de nuevo en las calles de Estambul para reencontrarla en Florencia, vestida de princesa. Pero, un año después, envuelta en harapos, vendía pimienta y aceitunas en un puente. Espíritu inmenso, arduas pasiones, ojos llenos de sufrimiento. Manoil saltó al esquife de velas plegadas; el barquero tatuado giró la manivela que afloja el cable enroscado y pesado de los motones e hizo descender la barca hasta las olas violetas, turquesas, lilas...

Debo tener presente que mi gran poema es un montaje, y tengo que trasladar ahora la escena, con su reflector y todo, al amplio palacio de mármol transparente, de bóvedas alargadas, en el que Zenaida departe, como una mariposa con faldas, con el triste Manoil y con Yogurta. Los *palicari* y los

piratas comen pasteles en otra estancia, y beben vino y licores, roznan palotes de sésamo, saborean cristales de azúcar candeal, se atiborran de almendras, caramelos y delicias turcas que se les meten en las caries y les hacen gemir como salvajes y berrear de dolor.

—Hermano —dijo Zenaida—, acabo de recibir una misiva de Iancu Aricescu, el delicado poeta que languidece de pena y se consume en el presidio al que lo envió el cruel soberano para que no vuelva a escribir fábulas sobre él y sobre su corte. El hombre que cada día le lleva la comida en un cesto es nuestro fiel Costache, el guarnicionero, que le surte de pluma, tinta y hojas de papel. Mira, lee la carta. (Y desenrolla ante sus ojos un cilindro amarillo, escrito en caracteres cirílicos.)

JUSTICIA. FRATERNIDAD.

Año 18... d. de C.

Querida hermana en la causa:

Bendigo el destino que, a través de la mano del basilisco que ahueca sus plumas con sus ropajes señoriales (quiera Dios que sea su último ropaje, que lo luzca y sea envenenado por él como le sucedió a Hércules), me envió a pudrirme en vida aquí, a la Mina de Sal del Ahogado, pues así, amada hermana, puedo reflexionar tranquilamente sobre todo lo que sucedió cuando nosotros, tu distinguido hermano Manoil y Ionița el de Pitești y el *aga* Cristache Falcoianu (que nos fue de gran ayuda hasta que el basilisco lo agarró del pescuezo), nos reunimos en la casa de tu difunto y honrado padre, que Dios lo tenga en su gloria, para planear el alzamiento; pues este pueblo esclavizado no puede soportar más las vilezas y los saqueos del Griego y de sus malditas víboras. Cuando escuchamos los gritos de los desdichados campesinos ahumados con guindilla, colgados de la escalera y torturados con huevos ardientes en los sobacos, decidimos redactar, como bien sabes, una Proclamación con trece apartados, para que se entere esa raza de que en los cielos hay otro Dios que todo lo ve y todo lo conoce. Sublevar al pueblo y hacer que los albaneses se pusieran de nuestra parte habría sido fácil si la diosa de la discordia no se hubiera deslizado en nuestro seno provocando la disputa del de Pitești y Falcoianu por el anillo de diamantes del secretario

Șerban Cacodimitropulos, al que el vaivoda había enviado a Viena con una misiva, y al que nosotros enviamos todavía más lejos, hacia el Oeste, al Infierno. Así pues, al no poder llegar a un acuerdo sobre la propiedad del anillo, se delataron mutuamente al capitán de los mercenarios, que nos dispersó como a perdices.

Mayor desgracia que verme maniatado y confinado en una mazmorra, querida hermana, no creía que pudiera llegar a sucederme, cuando una noticia me alcanzó como un rayo (que el Santísimo fulmine a los enemigos y los reduzca a polvo) y exacerbó mi desgracia: mi libro de versos *Odas, elegías, sátiras, fábulas, traducciones del señor La Martine, así como el quinto acto de la tragedia Hamlet, príncipe de Dinamarca*, compuesto con atento cuidado por su excelencia Ianco Aricesco e impreso en los talleres de Leónidas Firmanis, ya no se va a publicar. Durante cuatro años el censor del vaivoda estuvo mintiéndome como a un niño (me parece estar oyéndolo): «Iancu, hijo mío, espera un año más, que tal vez lleguen tiempos mejores». Pues él se excusaba diciendo que se limitaba a cumplir con su deber. Me mortificó como a un cuatrero. Había muchas palabras que él no podía tolerar. Donde yo escribía «rotundo seno», él rascaba con una cuchilla y ponía «pecho virginal». Él sustituía la «cadera redondeada que se adivina a través de los bombachos» por «el peplo frío de Minerva». En lugar de hurí escribía vestal... ¡Que su nombre sea borrado con una cuchilla del mundo de los vivos! Y qué me dices de esto: yo escribía que en Bucarest no tienen fuentes, pero él lo borraba y lo cambiaba por Petersburgo; y allí, válgame Dios, hay fuentes a tutiplén. Yo contaba algún suceso malo acaecido este año, y él situaba ese mismo suceso en la época de Pazvante el Tuerto. Me dije: «Tendré que resignarme»; y estaba dispuesto a mutilar de esa manera mi libro solo por verlo impreso y poder alardear de que, ya ves, también en Valaquia pueden surgir poetas como Byron y Chateaubriand. Pero tampoco eso fue suficiente. De repente, el año pasado, viene el censor y me dice: «*Kir* Iancu, tú mismo te lo has buscado. Tus fábulas son la causa de tu perdición. El poeta de la corte, *efendi* Tripanosoma Todorakis, se presentó ante su señor con tu fábula, y el vaivoda, al leerla, rugió: “¡Que no se imprima esta desvergüenza!”». Junto con mi pobre librito, también se prohibió la publicación de otros, entre los que se encontraba la magistral composición de tu querido hermano Manoil, *Versos de amor*. Al fin y al cabo, ¿qué contenía aquella fábula? Te la transcribo entera para que te hagas una idea:

EL LOBO Y OTRAS FIERAS

Un lobo como todos los lobos, cuando llegó a ser rey,
Cuando comprendió que su voluntad era soberana,
Que todos se humillaban
Ante su voz de lobo,
Reunió al consejo del país bajo un árbol frondoso
Y se dirigió a ellos con voz atronadora:
«¡En el bosque reina el desorden! En todos los arbustos
Por los que he pasado para ver qué sucedía
He encontrado solo vilezas,
Incompetencia, pereza, abusos:
En definitiva, nada digno de alabanza.
¿Cómo va a prosperar así el gran pueblo del bosque
Con una conducta tan triste?
He aquí lo que yo declaro, y conmigo
Tenéis que declararlo todos.
Contemplad a ese ser que se llama hombre
Y que camina siempre con dos piernas.
¿Veis hasta dónde llega su poder
en todo lo que realiza?
Pues la propia naturaleza, el agua, el fuego no pueden
[enfrentársele,
Y en todo lo que hace
La suerte le sonrío.
Seguid su ejemplo
Y que todos, desde el león a la liebre,
Caminen a partir de ahora, el resto de sus días,
Sobre las patas traseras.
¡Ya está! ¡Es una orden! ¡Seremos más eficientes
si nunca más caminamos a cuatro patas!».
«¡Bravo, bravo, alteza! ¡Qué mente iluminada!»,
Gritaban los animales

Reunidos bajo las ramas.
Y todos aplaudían y cantaban alabanzas.
Luego partían
A dos patas,
Agarrándose, desolados, las caderas.

Pero no sé por qué el asunto cojeaba
Y de un tiempo a esta parte las arcas estaban vacías.
Rodaron muchas cabezas, encontraron a muchos
[culpables,

Pero todos veían
Que los animales caminaban raro,
Y que los leopardos, los ciervos y las liebres se tropezaban.
Si alguno posaba una tercera pata
en la que se apoyaba para no caer,
Era detenido de inmediato
Y amarrado con cadenas.

Cuando llegaron los jabalíes, aduladores consejeros,
Le contaron al lobo engreído,
Que andaba a cuatro patas
Y les escuchaba con gesto serio,
Que todo estaba peor que antes.
El lobo, mostrando los colmillos,
Respondió con rostro sombrío:
«¿No entendéis que es una cuestión de principios?
No quiero saber nada. Mi pueblo es muy superior
A los que andan a cuatro patas.
Es más digno y más noble. Si algo cojea
Por aquí o por allá, yo sé cómo enderezar las cosas:
¡Así que ahora hago saber que deben todos
Comenzar a caminar sobre una pata!».

A veces observamos cosas así, mas no podemos hacer

[nada:
Muchos bosques se marchitan por una cuestión de
[principios.

Contempla así pues, querida hermana revolucionaria, el triste estado en que me hallo. A cien pies bajo tierra, no puedo ver nunca la luz del sol. Pero en mi alma llevo, y me consuelo con ella, la luz más intensa aún de la Revolución. Como dice asimismo nuestro hermano Che Guevara: «El zapatero tiene que hacer zapatos, y el revolucionario, revoluciones».

Pero no te habría escrito esta carta solo para aburrirte con mis lamentaciones, sino porque tengo un plan que nos puede conducir a la gran victoria. Aguza aún más tu lúcida mente y sigue leyendo. Antes de un mes, el vaivoda acudirá por la noche, con toda su corte, a la Torre de Colțea, para ver, gracias a un ingenio alemán allí instalado, un cometa que —dicen— ha aparecido sobre Occidente para anunciar grandes catástrofes. Pero yo creo que es más bien una señal de júbilo y de la liberación de nuestro pueblo del fantasma y del vampiro sediento de sangre. Tú tienes que reunirte en la Hélade con Manoil y dirigiros juntos a la isla de Hosna para encontraros allí con nuestro fiel *kir* Leónidas Antropófago, inventor de portentos sin igual. Aunque él es griego, su esposa es una rumana de Ploiești que lo vuelve loco con la libertad y la igualdad desde el canto del gallo hasta el del mochuelo. He oído decir que él domina el arte de volar gracias a una vejiga tan grande como la cúpula del palacio del vaivoda (maldito sea). Tenéis que elevaros hasta el cielo y descender a la Torre de Colțea, para secuestrar allí al basilisco junto con su mujer e hijos. Pero antes, haced un alto en el presidio y sacadme a la luz, que la sal me está matando. Haced lo que os digo.

En cuanto a 3.1.12.9.13.1.3.8.9., del que me pides noticias, debes saber que de nuevo me sumes en la tristeza. Déjalo, olvídalo. Él anda siempre, como bien sabes, por los arrabales, con el laúd y con sus suspiros engañosos. Pero no quiero amargar más aún tu afligido corazón.

Adiós, *agapi mu*, y, si no es demasiada osadía, lee estos versos que he compuesto para ti y que llevan tu nombre en vertical, eso que en términos poéticos recibe el nombre de acróstico:

Zalamera, tu rostro
Es un tulipán.
No me atrevo
A pedirte ahora,
Insistente, tu corazón.
Dígnate, por favor,
A tener piedad de mí.

Tu hermano en la esperanza,

IANCU ARICESCU

Manoil terminó de leer y sus ojos, traslúcidos como la noche cuando la luna descarga suavemente su fardo sobre Anatolia, así como un chamarilero deja su hato de cachemir sobre una alfombra de arabescos, más gruesa que un salterio, ante una dama que en el serrallo contempla largamente la luna que yace como un velo sobre el Bósforo lleno de serrallos y mezquitas, sin saber que en Zipangu, en un limonar, precisamente en ese instante, contempla la misma luna una dulce *geisha*, una poeta, envuelta en su quimono de pavos reales. No es una meretriz, sino una artista con el cabello prendido con peinetas de carey. Contemplando la luna con sus ojos rasgados, ella susurra:

Me he quedado sola en el pabellón occidental
Del jardín de arena Kiu-Sho.
La luz de la luna no me hace más joven.
En otoño mi cabello tendrá muchas canas
Y muchas cuerdas del *samisen* rotas estarán.
¡Qué triste estoy! El pimpollo de manzano
Que planté el año pasado
No ha echado raíces.
No espero a nadie. Los hombres, unos salvajes,
Pelean lejos, en la frontera.
Cuando vuelvan encontrarán en mi lugar
A una anciana, peinando los cabellos de las *geishas*.
¿Quién deseará mi cuerpo?

¿Quién leerá mis poemas?

¿Quién recordará a la pequeña poeta Nogu-Chi?

Ella no sabe, a su vez, que en Kurdistán, una kurda cree que la luna es una rueda amarilla de queso elaborado con leche ordeñada de las ubres de una cabra. Es la misma luna que, anclada como una nueva arca sobre el Monte Ararat, arde en los espejos de los lagos transparentes y profundos, reflejando las estrellas y los siglos como los ojos de un joven llamado Manoil.

—Pobre Iancu, pobre mártir. ¿Por qué no seré una hidra valiente?, ¿por qué no seré un Briareo para luchar con miles de lanzas? ¡Lo juro por Dios: haré lo que dices! ¡Zenaida, y también tú, Yogurta, reunid a los hombres! ¡Lucharemos contra los bandoleros de turbantes de seda como los romanos lucharon contra Yugurta! —dijo él; y dio un puñetazo en la mesa que, Dios mío, derribó los *ibric* y las jícaras, y de debajo de ella surgió, a cuatro patas y parpadeando aterrorizado, un fornido oficial con el pecho cubierto de condecoraciones y escarapelas, con charreteras emperifolladas. Su espada colgaba de una pesada faja rosa pálido, lucía pendientes en las orejas y un par de quevedos. Una coleta trenzada le asomaba bajo el tricornio de plumas, y se había rizado los bigotes. El curioso personaje se llevó la mano a la empuñadura del sable, pero en ese mismo instante tres gitanos le pusieron en el cuello tres puñales que brillaban como tres rayos en aquel refinado salón, adornado con estatuas de ágata y de ónice repartidas por las consolas: Safo, que aprieta la lira contra su seno, como a una amada; Voltaire, como una vieja llena de arrugas; Bruto el inmortal, sobre un trono de calcedonia bajo una bóveda azulada; y Epicuro, aferrado a su toga de mármol.

En ese momento irrumpen todos los demás, los piratas y los *palicari*, maldiciendo a la Virgen en un griego chapurreado, enojados y enfurruñados, pues habían bebido demasiado licor. Iban manchando con las botas aquella maravilla de alfombra y derribando de las peanas los caros jarrones chinos.

—¡Lo estrangulo! —aullaban todos—. ¡Lo despellejo! ¡Le corto el pescuezo!

—Lo conocemos —dijo uno de ellos—: es el espía del comandante de los jenizaros. Se llama Brillant, pero, en lugar de brillar, produce tan solo un humo espeso y apestoso como la turba. Es un cerdo como no se ha conocido otro desde Frunze hasta Nueva York.

Sin embargo, a pesar de que los yataganes, las dagas y las cimitarras

apuntaban a su soberbio pecho coronado de escarapelas, el oficial de ojos crueles fulminaba a los conjurados:

—*Diable, mais c'est trop!* ¡Queréis sangre? ¡Aquí está mi pecho, vamos, atacadme! (Y se arrancó airado los botones del uniforme descubriendo, bajo la camisa de céfiro, un torso de toro. Allí donde cayeron, los botoncillos de oro echaron raíces, su corteza reventó, se arrugó y brotaron hojas y tallos largos que se abrieron, como una banderola ondulante, en una azucena pintada en el marco de la puerta.)

El zuavo llevaba tatuado en el pecho un amorcillo secreto y, debajo, una sola letra trazada con amplios bucles: h.

¡Querido lector, te pido disculpas! Cierro este canto sin decirte quién es el francés. Si quieres saberlo, tómate la molestia de pasar la página.

Mira, ya ha anochecido. El leopardo estrellado que engulle el paisaje, que incendia las aguas y que vierte de su caracola la nostalgia en los espíritus se ha lanzado a la bóveda celeste. Miles de pestañas se cierran en las casas, en los palacios y en las chozas. Espesas pestañas de mujeres, ralas pestañas de confesores. La humanidad fatigada se agita triste en su sueño. La puta sueña que es santa, el criado sueña que es señor. El mendigo domina ahora decenas de reinos, mientras el rey busca su corona en la ciénaga. Sueño, señor del Más Allá, posa tu dedo en el pesado diamante que todos tenemos bajo la meninge, llénalo de visiones como la copa de un vino de Madeira, haz que la eternidad nos parezca no solo un instante, sino toda una serie de instantes eternos. Haz que seamos eternos e indestructibles, haz que brillemos como soles sobre abismos y profundidades. Sueño, ensombrece con tu luz mi extraña epopeya, hincha su delicada vela con el invisible soplo de la Ensoñación, de la Fantasía; haz que el lánguido serafín no vuelva a arrastrar sus alas por la porquería y la tierra, sino que anuncie el futuro en el polvo estelar.

¡Tramoyistas, haced girar la manivela! ¡Desplegad un nuevo escenario!

CANTO CUARTO

AMADÍSIMA LECTORA, QUE APOYAS ESTAS HOJAS, para ver mejor, en los bastidores de cristales cromados de la ventana, entre las varillas de plomo, pienso a menudo en ti desde mi oscura tristeza. Las pestañas largas y tímidas inclinadas sobre las letras; la mano izquierda, con anillos pesados y traslúcidos, posada sobre las rodillas, y el dedo de la mano derecha siguiendo los renglones. Cascadas de cabello brillante se derraman sobre tu pecho... Tú no buscas entre las hojas de los libros la árida filosofía ni la política encarnizada que retiene en sombrías cárceles a los exaltados y a los temerarios, sino el amor verdadero que, como las rosas prensadas entre las páginas, no muere jamás. Tienes razón, niña, pues no hay ni una sola línea en todos los libros del mundo que no sea un melodrama. Todos somos melodramáticos si escarbamos profundamente bajo la sonrisita burlona de la inteligencia. El cerebro, ese arcángel, así como la esfera de arcilla en la que vivimos, se reviste tan solo de una fina costra de pensamiento. El resto es barro, pasión arrebatada, odio feroz, amor, cielos con soles de sangre, continentes de escalofríos... Por estos lares arrastra sus pasos el melancólico poeta, blandiendo su pluma como un sable, mientras el último rayo de luz se extingue. Solo ahí anida la inspiración. Y de ahí precisamente, señorita, me alimento también yo mismo.

Veo que te muestras impaciente por saber quién es el oficial que ha salido de improviso de debajo de la mesa. Su rostro barbudo te ha robado el corazón y ha depositado una lágrima bajo tus límpidos ojos de ágata. Para no mentirte ni un ápice, doncella, el orgulloso personaje no había nacido hasta ese puñetazo en la mesa. Hasta entonces no había oído yo hablar de un tal Languedoc Brillant, el zuavo, que vive en Occidente, pues no soy omnisciente. Y si no te lo he explicado en el tercer canto es porque yo mismo, el poeta, no estaba preparado para comprender su función. Ahora, acorralado por tus pestañas, no puedo retroceder.

Así pues, allá va: por aquel entonces, los franceses combatían contra los ingleses. Y la guerra, como la sarna, se había extendido por todos los reinos del mundo hasta llegar al mar de Mármara, rodeado de palacios. En el golfo de Estambul se habían adentrado miles de veleros de madera de cedro,

clíperes con seis líneas de velas: *Tiger Rolf*, *Royal Sword*, *The Proud Lily*, *Queen Victoria* y otros, con sus mástiles y vergas repletos de ágiles marineros. Arriba, recostado entre almohadones púrpuras, en el serrallo de cristal, el sultán estaba cansado de mojar en tinta roja su portaplumas de oro, con florituras y filigranas, para garabatear en los documentos su rúbrica descuidada. Lores altaneros lo acosaban con miles de solicitudes de concesiones, y el visir las aprobaba, pues temía a Rusia. Se tejían tupidas urdimbres diplomáticas, los cañones disparaban, las goletas hacían maniobras y las gacetas aullaban a voz en grito. Está implicado también nuestro espía, Languedoc Brillant, en estas tramas. Con una credencial falsa se infiltró entre los atentos oficiales de frontera de Zante, antes de convertirse en el rudo amante de las esposas del comandante de los jenízaros. Aişé —de cuyo gorjeo emanaba perfume de narciso y de sus caderas, pura sensualidad— se lo recomendó al esposo que el Corán le había asignado. También intercedió ante él la dicharachera Lilit. Recibió airadas protestas de Lalé, dulce como un alhelí, y Fatma, la de los blancos brazos, le hizo pucheros, así que finalmente Brillant recibió el caftán de *agá* de manos del propio ignorante, el cornudo oficial de los jenízaros. A partir de aquí se dedicó a organizar una red clandestina: los espías inundaban el Archipiélago, los francmasones y los jesuitas se escondían en casas secretas, en establos y posadas, camuflados, con las barbas rasuradas y tiznados con afeites, disfrazados de mineros, de viejas, de chavales y de imames. Se agazapaban en los armarios, debajo de los divanes, detrás de las cortinas, y aguzaban las orejas como asnos. Para no levantar sospechas, Languedoc seguía llevando su uniforme de oficial francés, y a los bobalicones de los turcos no se les pasaba por la cabeza sospechar de él; se fijaban tan solo en las viejas y en los niños. Un buen día, cuando se encontraba junto a la ventana de su despacho mirando con un pesado catalejo hacia Francia, vislumbró un caique con baldaquín que navegaba hacia la orilla y, a bordo, vestida con bombachos lilas, se encontraba una mujer, una Venus, recostada de medio lado. Su corazón francés dio un vuelco y su mirada francesa relampagueó. Averiguó que Zenaida era la favorita de Nikos, un comerciante de maderas, un arconte tierno y distinguido que llenaba sus palacios de mujeres. Solo así se explica el incidente de ayer. No es la política, querida lectora, sino el amor, lo que impelió al zuavo a entrar en la alcoba cubierta de tapices y a esconderse debajo de la mesita. Más o menos esta es la historia de monsieur Languedoc Brillant. Respecto a la letra ensortijada

tatuada en su pecho, no sé nada todavía. Ten un poco de paciencia, graciosa mía, pues todo quedará aclarado al final. Mi epopeya es redonda como el globo mágico que lleva en el centro. He vuelto a anticiparme, ¡qué manía!

Resumiendo, el zuavo de las condecoraciones lo desveló todo. Abrazó con entusiasmo la conspiración y dio su palabra de gentilhomme, ante todos, de tirar también del pesado carro de Valaquia y sublevar a la Hélade con su potente brazo. Pero he alargado demasiado esta historia. Las barcasas partieron lentamente con los prometidos de Eteria. Zante se iba alejando poco a poco, una perla en la pesada concha del mar nacarado. Desde la orilla, el céfiro traía profundos suspiros hasta el velero, un llanto como un fuego abrasador: eran Aisé y Fatma, la niña Lalé y Lilit.

La luna arañaba en la dulce plata de las corrientes el camino hacia Hosna. Los piratas permanecían arremolinados en torno a los timbales, se divertían con los *palicari*, solo unos pocos montaban guardia y marcaban el paso de las horas en la campana de estribor. Manoil escribía, en su camarote bajo el puente, versos ripiosos, adormecido por el vaivén del velero sobre el mar, mientras miraba hacia las estrellas atrapadas en el cuadrado cálido y negro de la escotilla. Languedoc contemplaba con los ojos entrecerrados a la bella Zenaida, que estaba en la popa recostada sobre las jarcias enrolladas: una sílfide, un contorno de ámbar sobre el brillo de la luna en el agua... Ella soñaba..., ¿con qué? Solo los poetas y los amantes pueden soñar con descifrar los sueños de una mujer. Él afina la guitarra que había traído de Francia y comienza una canción queda, con voz temblorosa. Traduzco aquí las dulces palabras de la serenata:

Así como en otoño, en la bóveda brillante,
Aparece la cadera redonda y fresca de la luna
Y las estrellas palidecen envidiosas
Y sus diamantes de miles de fuegos no tienen ya valor;

Y así como en un jardín se abre señorial una rosa
Que alegra a su joven señora
Y hace que las otras flores inclinen la cabeza
Marchita de aroma dolorido,

Así has aparecido en mi vida, de repente, con todo tu
[poder,
Haciendo que no pueda respirar, que enferme de amor,
Que me resulte insoportable el lecho de otras mujeres
Y secas sus bocas.
Orión y también tú, dulce Casiopea,
Sagitario de fuego, Libra, fabuloso Leo,
Ya habéis encontrado aquí a vuestra emperatriz.
Mejorana y alhelí, tulipán acicalado,
Clavel, ahora ya sabéis quién es vuestra reina.

Liubov, liubov...

¿Dónde cabe tanto tormento?

Pues me amas y aun así me atormentas,

Estás junto a mí y parece estar allende el mar,

Liubov, liubov...

¡Oh, el poder de la música! Como Orfeo, hace muchos siglos, reunía a su alrededor a los animales entre lagos y estrellas, mojando los dedos en las olas de la lira, así abrió Zenaida, entre estrellas y lagos, su corazón, virginal todavía a pesar de su cuerpo mancillado.

—Dime, extranjero, ¿dónde aprendiste a jugar al gato y al ratón con el alma? Acompáñame bajo cubierta, al oscuro aposento, para que podamos hablar, pues en esta noche caída del cielo quiero llorar.

Y los jóvenes, envueltos en lluvia de estrellas, descienden bajo la cubierta. Abajo, ¡cuánto lujo! Ni Montecristo soñó para su hurí semejantes tapices de seda anaranjada, semejantes cojines bordados con hilo de oro en los que se distinguían cisnes, gnomos, ondinas que reflejaban su rostro en el brillo mallarmeano, con estarcidos de plata, del gueridón de la rinconera y de la gran mesa Jugendstil. Se distinguían biombos de Zipangu y chinos tallados en jade, rosetas de mina bordadas en los tapetes y versos del Upanishad rodeados por pesados marcos. En la pared, un espejo veneciano bañaba la estancia en aguas temblorosas. Ay, Languedoc se miró en él. En lugar de su rostro, vio a un *beizadea*, un joven con la cabeza rapada bajo un gran globo de muselina. Sobre el labio, un fino bigote. Ojos verdes de medusa, verdes como el veneno

de una víbora, pero indeciblemente dulces, como desesperadamente dulce es la idea de la muerte para un hindú. Sus cejas son como un arco perfilado con un pincel, y luce anillos en los dedos, pendientes en las orejas y su bigote, por la parte derecha, está trenzado con hilo de oro... Una cortesana envuelta en velos que dejan ver sus nalgas y todos sus encantos les trae el sorbete y una cucharilla. En una bandeja reposa, cortada en rodajas, una sandía. El francés da un respingo, se lleva la mano al puñal, pero el espejo se aclara, y él se santigua. Zenaida se tumba entonces en el diván persa y el zuavo comienza a pellizcar las dulces cuerdas. La mujer baja sus ojos de obsidiana:

—Cántame, si es que la conoces, la historia de la princesa Madelaine, la más bella del mundo, y la del horrible dragón que la secuestró.

—*Mais bien sûr* —dijo el francés, que había tomado asiento en un sitial—:

Dadme más vino y sonreídme,
Amados ojos, y vosotras, toronjas,
Deteneos ante mí
Y hablaré de Madelaine.
La historia sucedió tiempo ha,
En una tierra lejana
De noble blasón:
El reino de Evergren.

Un rey anciano, menudo y borracho,
Con una mancha roja en el rostro
Llamada lupus por los doctores
Tenía una hija: Madelaine,
Que paseaba por los campos
Y se internaba en los bosques,
Y no había una más bella
En el país de Evergren.
Si la mirabas a los ojos,
Veías solo caballos y caballeros.
Con torneos en verdes prados, celestiales,
Soñaba siempre Madelaine.
«Ay, solo seré

De aquel que me conquiste en un torneo
Aquí, en Evergren.»

Pero el rey no pensaba así:
«A quien me libre del lupus
Le entregaré a mi hija como premio,
A mi obediente Madelaine».
Se presentaron miles y miles
De sabios cirujanos,
Pero no había remedio
En el triste Evergren

Que borrara la mancha del rostro
Del rey borracho,
Y nadie recibía como merced
La mano de Madelaine.
Hasta que un día llegó un mercader
Por las frías aguas, entre arenques,
Y los marineros encaramados a las jarcias
Gritaron: «¡Evergren!».
Él irrumpió altanero en la corte,
Miró al rey de frente
Y dijo el bello huésped
Contemplando a Madelaine:
«Yo, oh, alteza, puedo curar
Tu mancha en un instante,
Pues no es lo que tú crees
Ni lo que cree todo Evergren.

No es lupus, sino la mancha de la vergüenza
Marcada en tu rostro
Después de una de tus batallas
(Ay, perdóname, Madelaine),
Cuando acorralado por el cruel Kron

Huiste como un cobarde
Y te escondiste bajo un banco
En el llorado Evergren.

Así pues, si quieres curar
La mancha de tu rostro,
Me entregarás a tu hija,
A mi dulce Madelaine,
Y yo partiré enseguida
Y las miles de tierras de Kron
Conquistaré con mi espada
Solo por Evergren».

El rey saltó como abrasado:
«¡Miserable y sinvergüenza!
¡No le hagas caso, es un mentiroso,
Mi hermosa Madelaine!
¡Encerradlo en el calabozo,
Atadlo con grilletes y torturadlo!
Os ordeno que olvidéis,
Súbditos de Evergren,
Todo lo que ha pronunciado este fanfarrón.
Es una orden: ¡no existe Kron,
Y no me he escondido jamás debajo de un
[banco!].».

Pero, áspera, Madelaine
Gritó desde su sitial púrpura: «¡Padre!
¡Sabes muy bien que así es,
Y conoce esa historia
Todo el pueblo de Evergren!

Ah, escribe ahora mismo a Kron
Para que abandone su fiordo,
Pues estoy completamente decidida

A entregarle yo, Madelaine,
Mi alma y mi mano,
Si gana el torneo
Bajo los cielos violáceos
De aquí, de Evergren.

Y el joven mercader
Se batirá con él si desea
Mi rostro sonriente».
«¡Así se hará, Madelaine!»,
Respondió el rey
Bajando su encarnado rostro,
«Pues no puedo ahogar en vino
La vergüenza de Evergren».
Pasaron los días del mes de mayo
Y por los jardines imperiales
Caminan ahora de la mano el joven rubio
Y la emocionada Madelaine.
Él le lee la historia de Arthur
Y de la pálida Badrulbudur...
Bajo los perales en flor, bajo el cielo
[azul,
Ellos cantan en Evergren.

Entretanto, por el camino de los cachalotes,
Con témpanos de hielo en los bigotes,
Avanzan ciudadelas movedizas
(También Madelaine lo había olvidado):
Los largos veleros de Kron.
Sobre las veloces olas del mar
Los salvajes nibelungos
Llegan a Evergren.

Kron, ojos de piedra, barba rizada,

Huele a niebla y a acero.
Con sus botas de hielo,
Mira a Madelaine
Y sonríe al rey: «Desconsolado rey,
Para mí no hay nada
Valioso en tu amargado
Reino, en Evergren.

Ni siquiera tu hija me encanta,
Pero acepto el duelo.
Quiero vencer en el torneo
Ante los ojos de Madelaine.
Mataré a cualquier rival
De este Sur lánguido.
¿Quién podría vencerme
En este sumiso Evergren?».
Partió luego riendo provocador,
Se alejó al trote de los cascos.
Quedó el alma agitada
De la pálida Madelaine.
«¿Por qué, al pensar en él me duelen
Los recuerdos? ¿Por qué lo echo de menos?
Al fin y al cabo yo amo al mercader,
Extranjero en Evergren.»

Por la noche entró en su tocador,
Se peinaba y peinaba soñadora,
Cuando un espectro se coló
Por la ventana de la habitación de Madelaine.
Tenía grandes alas de piel
Repujadas de piedras preciosas;
Nada semejante a esta bestia
Se había visto antes en Evergren.

Tenía escamas de oro reluciente
Y narices de fuego, cojones de búfalo
Y patas con garras de dragón.
Avanzó hacia Madelaine
Y la envolvió en sus alas,
Echó a volar con ella,
Se desvaneció el palacio como un castillo de arena,
Desapareció incluso Evergren.
Y al amanecer la trajo de vuelta,
La depositó ojerosa en el lecho.
No sabía dónde había estado
(¿O sí lo sabías, Madelaine?).
En su mente, una mancha roja
Brotaba una y otra vez, la había visto antes,
Pero ¿dónde? ¿Dónde? Ay, dilo de una vez,
Ay, ¿en qué lugar de Evergren?

Todas las noches regresaba
El dragón apasionado
De fríos ojos de turquesa.
Partía Madelaine con él
Y volvía de mañana,
Y no le importaban los mercaderes,
Los perales, las flores, las mariposas,
Ni los reyes de Evergren.

Llegó el día del torneo,
Se instalaron grandes tiendas,
Jóvenes escuderos vestidos de oro
Venían en busca de Madelaine.
Los heraldos tocaban los clarines,
Los estandartes ondeaban en las lanzas,
Los pendones colgaban de los balcones
En el país de Evergren.

Y aquí están: con ricos ropajes,
Montando caballos cubiertos por lorigas;
Los rivales de penachos ondulantes
Saludaron a Madelaine.
Ella, perdida, les hace una señal,
Las lanzas de roble vibran
Y los caballos hacen temblar
La tierra, en Evergren.

Pues las espadas brillan al sol
Como rayos de fuego
Y golpean con fuerza los escudos.
Se cubre Madelaine
El rostro con sus palmas delicadas
Y la mano se crispa sobre su vestido.
No hay nada más terrible, desde Capadocia
Hasta Evergren.

El mercaderer esquivó
Un golpe y atacó después,
Para arrancarle la cabeza a Kron.
Feliz hacia Madelaine
Se dirigía, cuando, de repente,
La princesa cayó desmayada
Y la vida se detuvo
En el reino de Evergren.

La boda duró una semana;
Luego, el extranjero la tomó del brazo
Y se encerraron ambos
Él y su Madelaine.
Bajo las estrellas radiantes
Las canciones y los bailes continuaban.

Se rompieron miles de zapatos
En el dichoso Evergren.
Pero por la mañana yacía
Apuñalada en una mancha de sangre,
En la única mancha de sangre,
La indigna Madelaine.
El mercader partió
A las Indias con toda su riqueza
Y desde entonces están desiertos
Los jardines de Evergren.

El dragón, sabedlo todos,
Nace del sueño de una doncella
Y a ella misma destruye.
Eso le sucedió a Madelaine,
Que, trastornada, cada noche
Había susurrado palabras ardientes
Al oído de Kron. ¡Desaparece,
Desaparece en la noche, Evergren!

Y la guitarra calló, se apagó la llama de la música como se ahoga un eco en el algodón de las nubes, como se apaga un amor tras largos sufrimientos. Zenaida parpadeaba con sus pestañas ardientes y húmedas. «¡Kalimaki!», gritó ella ahogando un suspiro, queriendo arrancar de su pecho de tiernos senos un amor como una espina, como una maldición perfumada. Y Brillant empalideció, abrumado por la maldición.

Joven muchacha, para la que he escrito precisamente el cuarto canto, verás que el oficial de curioso aspecto salvará de ese *beizadea* loco a la hermana de Manoil, y la tomará por esposa, pero solo tras muchos llantos, tentativas y peripecias que en mi relato posmoderno te sumirán en ensoñaciones. Dejemos, por tanto, que suspiren, pues les queda mucho por suspirar. Yo quiero volver ahora con Manoil, Yogurta y los ladrones.

Sumergido entre miles de papeles, sextantes y astrolabios, Manoil fijaba la

posición con el compás. Los marinos árabes habían inventado el noble arte de navegar sin extraviarse. Un hábil marinero hacía girar la rueda de madera de cerezo del timón, contemplando la brújula y escuchando cómo Manoil numeraba los grados, la longitud y la latitud. Los *palicari* y los piratas, con harapos apestosos, se entretenían lanzando dados con las cornetas, jugaban a las tabas, se libraban de la sidra arrojando regueros ambarinos desde el puente, intentando acertar en el lomo de los delfines. Y bajo la niebla de estrellas que se cernía alrededor del Archipiélago, como un enjambre de langostas en un prado sombrío, el viejo Ghiorghi extiende un tarot junto al palo mayor y adivina el futuro como una gitana lo vería en su caracola:⁸

—Mirad, el rey se acuesta con la puta de la reina bajo la copa que arroja un círculo brillante. Esto significa, estúpidos, que vais a luchar en sueños. Rogad y rezad el rosario. Mirad, el camino cortado por un ahogado: ¿veis cómo tiene el rostro devorado por los cangrejos? Significa un castillo de audaces rehenes a los que solo uno de vosotros sabrá abrirles la puerta. La bola fría de cristal lo guiará hasta allí. Mirad también este rostro grasiento: es el Mendigo con el hatillo en el bastón. El final, por tanto, será salvaje, el Mendigo es siempre señal de desgracia. Mirad la Ballena que transporta a Jonás: ¡malditos, es la señal de que vais a ver a Dios en persona!

Una vez terminada la profecía, el extraño gitano rompe las cartas y las arroja al mar. Los pedacitos coloreados flotaron largo rato como una estela de presentimiento y de destino.

Poco después, la Aurora bañó el pálido cielo del Levante.

CANTO QUINTO

MANOIL ENCONTRÓ EL ZAFIRO, TAN GRANDE COMO UN HUEVO DE PAVA, del que había nacido el pueblo turco: estaba en el nido de una serpiente, envuelto en seda de oro. Extrajo un puñal del estuche y rasgó con el filo aquella cáscara dorada. Apareció una fiera capaz de destrozarte con los colmillos y desollarte con las garras, tenía unos ojos amarillos como doblones, abiertos de par en par como el agujero de una bolsa, siete lenguas colgaban de un lado de su enorme boca... En un instante aterrador, la fiera arroja una llamarada por las cuatro fosas nasales, se zafa de sus manos y se pierde en la lejanía, pero el ojo de Manoil la descubre gracias a la línea brillante de sus babas: bajo las nubes de jacinto, esa aparición de crestas en el lomo, como las de los antiguos estegosaurios, abrasa con sus llamas valles llenos de moras, montes llenos de santos, héroes coronados de laurel; arrasa libros y cruces, cabelleras de mujeres de senos pesados de los que cuelgan bebés; irrumpe en los cementerios, desentierra los huesos envueltos en antiguos pergaminos, sujetos con lacres y cuerdas, y los roe. Con una garra que recuerda a una guadaña, abre el vientre de las vacas con la misma facilidad con que abres el pellejo de una uva dulce en su rodrigón. En vano busca refugio el búlgaro, pues acaba descuartizado; el serbio de melenas ungidas con sebo es capturado por la espalda; el albanés huye en barca y el griego huye con su *fustanela*. Solo una rumana, esbelta, delicada, bellísima, se enfrenta con ojos brillantes a la fiera, cuyos aullidos brotan de lo más profundo de su pecho... La bestia la olisquea, moviendo el hocico, y extiende sus descarnadas extremidades para apresarla... Pero a Manoil le crecen en la espalda unas gigantescas alas de tela y una fuerza terrible se despierta en su pecho. De un salto se coloca ante la joven y hunde la espada entre las escamas de la fiera. Brota una sangre negra y el monstruo habla:

—Manoil, ¿estás despierto? Venga, que ya hemos llegado a Hosna, donde nos esperan Antropófago y su liberal esposa.

Ah, no es la fiera, es Ibrahim, que, aunque sea turco, cree todavía en la Virgen que concibió un niño gracias a la paloma. Manoil, levanta tu frente de los mapas y las escuadras, mira, en ella han quedado impresas las orillas del

mar Blanco y del mar de Mármara; mira, el Levante brilla grabado en tu rostro. Sus líneas son ondulantes como las caderas de las mujeres. Si visionarios fueron los mapas de Piri Reis, la frente del apasionado rumano es más visionaria aún. Se lleva la mano derecha, adornada con un anillo, al lado izquierdo de su pecho:

Señor de los ejércitos
De los altos cielos
Que entregas a las flores
Su delicado aroma,
Que das a los higos
Sabor a miel y a vino,
¡Confiere a mis manos
Fuerza y poder!

Pues las desgracias
Nos han inundado como un diluvio
Y los santos
Nos han retirado la mirada.
Los hilos del destino
Se han embrollado
Y nuestras capillas
Se han quedado sin candelas.

Señor del desierto
De cuyo cuerpo brota
Un racimo de uvas,
Fruto de las vides,
¡Pon un corazón en mi pecho
Y una hoz en mi puño
Y bendíceme
Con nardos e incienso!

Pues las fieras salvajes
Ya no están en los bosques,

Sino que acuden con malas intenciones
A mi establo.
¡Maldice a mis enemigos,
Dispersa a su pueblo,
Dios mío, alabado por los anacoretas
En sus grutas!

Su plegaria fue atendida, pues al salir por la escotilla divisó un ojo entre las nubes, castaño y vuelto hacia sí mismo:

—¿Qué os dije yo? ¡Es Dios! —gritó Ghiorghi el gitano rascándose furiosamente. Los griegos y los ladrones cayeron de rodillas, y algunos llegaron incluso a postrarse ante él. Solo el apóstata Yogurta, Manoil y Zenaida permanecieron en pie ante el trono de piedras preciosas, porque habían jurado permanecer en pie incluso el día del Juicio Final. ¡Nobles espíritus rumanos!

Pero se equivocaban todos, los cristianos y los paganos, pues el ojo que había aparecido entre las nubes no era el de Dios, sino precisamente el mío, que echaba un vistazo indiscreto a las páginas de mi obra, tal y como el biólogo contempla los insectos en el microscopio. Heisenberg decía, con toda razón, que no se pueden investigar los fenómenos subatómicos sin influir en ellos. Si quiero inventar un mundo vivo, tampoco yo puedo tocarlo ni contemplarlo siquiera una vez. Así que voy a cerrar el ojo de las nubes, para no perturbar a los piratas y propiciar que se conviertan en frailes, dejando atrás *țaruki*, *paluki*, la revuelta y todo lo demás.

Hosna (situada cerca de Samos) es un peñasco pálido que se alza en medio de unas aguas tan verdes como la hiel que brota del hocico de los lagartos, una isla que no figura en ningún mapa. Los viajeros partieron en los botes hacia la orilla sinuosa, en la que alcanzaban a ver una suerte de volutas como trazadas con una plantilla y conchas de coral tan grandes como casas, desperdigadas en abanico por la arena. Encontraron allí unos cangrejos con boca de serpiente y ojos vidriosos, y unas medusas transparentes, azules, con franjas alargadas y del tamaño de las calabazas, que latían junto a las barcas. Y en la orilla: ¡qué maravilla! Pedruscos traslúcidos esculpidos en forma de huríes, de sátiros

bien dotados, de enanos, de lobos de cristal reunidos en manadas, de *gryls* y *trolls* y algún otro monstruo más, de esos que se pueden encontrar en las obras de Baltrušaitis. Un arco iris se comía perezoso sobre la isla, como un puente, y cuando la muchedumbre amotinada lo atraviesa, sus pies se tiñen de rojo, naranja, verde, azul, índigo como la flor del cólquico, violeta como un suspiro, y los *palicari* ríen y se dan codazos, mesándose las barbas verdes y rojas con los dedos azules, mientras sus bocas moradas profieren juramentos y blasfemias rosas.

La abigarrada tropa avanzaba por senderos llenos de maleza cuando se toparon con un panorama totalmente distinto, extrañísimo, en lo más profundo de un valle: una amalgama de ruedas dentadas bañadas en líquido de frenos, de muelles y cruces de Malta sujetos con tornillos cremallera de dientes rotos, de rodamientos y de copas que se movían como si en las calderas estuviera encerrado el mismísimo Satanás. Un artilugio tan grande como un granero recolectaba los albaricoques del árbol y los iba colocando, con unos dedos de latón, en cajas. Otro más pequeño desplumaba a las gallinas, afinaba sus plumas y las mojaba en unos tinteros instalados entre las rocas para acabar escribiendo en pergaminos alguna sesuda historia. Otro mecanismo con patas de araña apresó veloz a un pirata que se había acercado demasiado a sus resortes, lo introdujo en un cuarto que se cerraba con una puerta de acero y, luego, lo escupió al exterior recién lavado, embadurnado de aceite y calvo, con el rostro y la cabeza totalmente afeitados, como si fuera tártaro. Un artefacto susurrante, pequeño como un canario, revoloteaba por el aire y atrapaba las moscas al vuelo, les ataba un lazo bajo las alas y las dejaba de nuevo en libertad. Otro, corto y compacto, provisto de un cepillo, frotaba con fuerza la roca que tenía debajo hasta que se adivinaban, a través del grosor de la Tierra, los antípodas con sus ciudades al revés, donde la gente caminaba boca abajo como si estuvieran locos. Los piratas físgaban por debajo de las faldas de las mujeres, riéndose: ¡qué invento tan útil! Pero se echaron a temblar cuando ante ellos apareció otro milagro: un montón de tubos que brotaban de un cubo donde hervía una espuma negra, cerebral, llena de estrellas; de esta especie de chimeneas emanaba humo. El humo cuaja en esferas temblorosas, efímeras, que giran por el aire suavemente, pues todas son planetas de verdad, con pueblos y reyes, con flora y fauna, con leyes incomprensibles, con historias sangrientas, con inventos, con genios, señores y esclavos, con enfermedades, con cristales... Todas, todas confían en ser

inmortales, pero finalmente todas estallan como pompas de jabón, pues la mentira, la tiranía y la estupidez acaban por vencer a la verdad y la destruyen.

Mientras contemplan paralizados esos mundos-espejos, una mujer camina hacia ellos por un sendero. Se muestra descarada, lleva en la cabeza un bonete frigio, les dirige una mirada hostil:

—Sinvergüenzas, ¿quiénes sois vosotros, que os presentáis sin haber sido invitados? ¿Es que no habéis oído hablar de mí? ¿Acaso no habéis oído hablar de Zoe? ¿Por qué os habéis plantado aquí, en esta isla?

—Señora, le rogamos nos disculpe —Languedoc tomó la palabra—. El bueno de nuestro anfitrión se llama Leónidas, el famoso Antropófago. ¿Acaso sois su amada esposa?

Pero la mujer continuó con más inquina si cabe:

—Ese granuja me trae a todos los pordioseros, a todos los bandoleros..., cualquier día lo crucifico. A ver, decidme quiénes sois, qué queréis, y luego os largáis.

—*Kera mu*, somos griegos y rumanos sublevados que ya no pueden soportar por más tiempo el yugo de los tiranos y que quieren llevar su bandera hasta la victoria o hasta la muerte —dijo Manoil—. ¡*Taruki!*

—Y *paluki* —respondió con ardor la mujerona suavizando el tono y mirando de arriba abajo al francés fanfarrón—. ¡Sí, acabemos con el abuso de los tiranos! ¡Sí, a las armas, a las horcas, a las hachas y a las hoces: unámonos a las llamas que inflaman a los pueblos! ¡Sí, viva la libertad, viva la igualdad! ¡Abajo el café! ¡Abajo el *halva* y el narguile! ¡Abajo los bombachos! ¡Sí! ¡Tres veces sí! ¡Me uno en cuerpo y alma a los sublevados! ¡Griegos y rumanos, bienvenidos a Hosna! En cuanto a mi marido... uf, es tan insensible como una vaca, no entiende de política, Bucarest y Budapest son para él la misma cosa, y los confunde con Milán. Es inútil mencionarle a Garibaldi, en vano le mentas a Candiano-Popescu... No ha oído hablar de la estatua de la libertad de Ploiești, no conoce el *bonjour* ni la carmañola. Ahora mismo lo vais a comprobar. Vamos, deprisa. —Y agarró a Zenaida del brazo. La tropa descendió entre paredes de yeso cantando una canción sanguinaria:

*Zon, zon, zon, vive le son,
Vive le son du canon!*

¡Gigantes, ha llegado el momento! ¡Justos, empuñad
[las armas!
¿No sentís el pecho exaltado? ¿No queréis manejar la
[espada?
Apartad la pereza de vuestro espíritu, abrigad en el
[espíritu el valor,
Y en los orgullosos cuarteles
Gritad como buitres:

*Zon, zon, zon, vive le son,
Vive le son du canon!*

El pelícano se desgarró el pecho para alimentar a sus
[pollos.
¿Por qué os aferráis a la vida? ¿Para qué os sirve?
Deseáis flores en vuestras tumbas, deseáis laureles en
[las estatuas:
Vayamos pues a avivar
La llama sagrada.

*Zon, zon, zon, vive le son,
Vive le son du canon!*

Unos viven con desenfreno, otros viven con dolor.
Hierve de indignación el pueblo soberano.
Queremos una constitución, no un poder déspota.
¡Atrevámonos a pedirla
Y llegará de inmediato!

*Zon, zon, zon, vive le son,
Vive le son du canon!*

¡No faltéis a la revolución y acabad con los reaccionarios!
Pedid, pedid a coro el sufragio universal,
Este es nuestro ideal, esta es nuestra ambición:

¡Que progrese la nación!
¡Viva el Teatro Nacional!

*Zon, zon, zon, vive le son,
Vive le son du canon!*

Sin embargo, la canción quedó interrumpida, pues se oyó una especie de disparo, se distinguieron unas luces reflejadas en el mar y de los arbustos se alzó... ¿qué? ¿Un espectro o una aparición? ¡No, es un hombre que flota en el aire suspendido de tres hélices! Con unas alas como de murciélago, hechas de listones de madera, se planta sobre ellos. Es Leónidas: la barba le llega hasta las rodillas, viste sotana, chanclos de puntera curva, cinturón de mercenario, pero, en lugar de puñal y pistolas, en él lleva limas, destornilladores y brocas espirales. Viene volando, a la espalda lleva un cilindro con un pistón, gafas sobre su narizota y un Panzerfaust en las manos:

—*¡Anghelos!* —Los griegos lo miran con ojos como platos y Zoe, la mujerona, se echa a reír, pues el hombre de la barba color tabaco y sotana propia del Monte Athos se ha precipitado de repente desde el cielo ante los pies de Spiros, ese al que el artilugio había acicalado tanto que olía a una legua a Lancôme y Fahrenheit. Pero se ha puesto en pie de inmediato, tal y como en Dante Alighieri (*Infierno*, canto décimo) se levantó de la tumba de hierro Farinata, y se ha enfrentado a los piratas armados con sables:

—¡Bellacos! ¿Queréis oro? ¿Habéis venido a mi isla por el oro? ¿Acaso sabéis cuál es el mejor de los oros? Los táleros y los doblones son para el hombre necio. Los dientes de los florines son las escamas de la espalda del diablo. El *gulden*, grande como el pezón de una mujer, te tienta de igual manera. Las coronas de plata destilan veneno en tu pecho como si fuera un filtro amoroso. La lira miente, el rublo engaña, el cequí te vende, y Mammón, cuando quieres oro, se escupe las manos y ríe encantado. ¡Oro! ¡Oro! Los judíos, asimismo, le dieron la espalda a Moisés para arremolinarse ante el becerro de oro. También la ramera del Apocalipsis, Roma, la enemiga de Amor, quería oro. ¿También vosotros queréis oro? Mirad el reloj que hace tic-tac ante vuestras narices.

Y sacó un reloj de bolsillo en cuya tapa se podía leer, maravillosamente grabado: «*Cave Tempum*». Es de oro reluciente, con filigranas como las de las

tazas de café. Todos los barbudos con pañuelos, pendientes y anillos se abalanzaron sobre él intentando agarrarlo con sus gruesos dedos, y el más rápido de todos se apoderó del pesado reloj, de oro amarillento, como la urraca que roba un trozo de vidrio. ¡Ay lo que le ocurrió! De repente, el disco de oro con el cuadrante pintado explotó con un terrible estruendo y la ropa del insolente ladrón quedó reducida a jirones, del reloj brotó un gas que hizo flaquear las rodillas de todos e inmediatamente cayeron desplomados al suelo. El extraño individuo retomó su discurso:

—El arcón es tu ataúd y el *beşlic*⁹ es un negro venido con la consigna de estrangularte con un cordel de seda. Pesadas huevas de oro son la joroba que oprime tu espalda. Vosotros, forajidos, recordad esto que os digo: el hombre no solo tiene una tripa que debe atiborrar de asados, pasteles y limones, de morcillas y *halva*; el hombre no es un odre de vino, no es un eritema, no es una sanguijuela que chupa la sangre hasta llenarse la barriga, no es un piojo que esconde sus huevos en las costuras de las mantas. El hombre es espíritu, pura sed de ciencia, una noble vasija llena de sabiduría. A vosotros, que no sabéis escribir ni habéis oído hablar de Aristóteles, os considero unos bueyes sin entendimiento, unos chivos. La ciencia es el verdadero oro, la verdad es el auténtico tesoro, el mecanismo que hace girar los mundos. Pero no insisto más. *Margaritas ante porcos*. Zoe, ¿quiénes son estos?

—Te estás haciendo viejo y estás cada vez más ido y más chiflado. Son tus amigos: ese es Manoil y esa su hermana Zenaida, sobre los que te ha escrito Iancu Aricescu desde el presidio donde lo tiene encerrado la bestia que domina Valaquia. Han venido a verte. ¡Los de Ploieşti se han sublevado!

—Si así es, que se me perdonen esas palabras. El caso es que no funcionan el pistón ni la culata, y la cinta de piel de tiburón que he inventado yo, el «mecanismo de remar por el aire», acaba de estallar. Estoy irritado por ese motivo. Pero tengo aquí una botellita en la que centellea el antídoto sin el cual no podréis volver a poneros en pie. ¡Vamos, levantaos, como le dijo Jesús a Lázaro en el Evangelio!

Kir Antropófago sanó milagrosamente a los lisiados *palicari* y los invitó a entrar en la casa. Manoil le explicó su plan: subir en globo precisamente a la Torre de Colţea, la más alta de Bucarest, para raptar allí al tirano vaivoda, que estaría contemplando el cometa en el cendal celeste. Antropófago reflexionó un momento y dijo con sabiduría:

—¡Siglo XIX! ¡Te bendigo con toda mi alma! ¡Eres el siglo que ha transformado a un hombre parecido a los animales en un hermano de la eternidad semejante a Dios! ¡Noble siglo en el que querría vivir eternamente! A través de las lentes de los microscopios se ve el hormiguelo de los paramecios, a través de los telescopios se ven un montón de constelaciones con las que antes ni te atrevías a soñar, las ruedas dentadas hacen girar las correas de los barcos panzudos que surcan las olas y que echan humo negro por la chimenea. Las bielas giran tan rápido como los derviches; en la tierra hay automóviles y, en el agua, batiscafos; dirigibles rayados penetran en las nubes; los telégrafos transmiten deprisa lo que acontece de poste en poste y los velocípedos te transportan a todos los rincones del mundo. Y si quieres incluso ir a la luna, te metes en un obús y viajas en su interior como la semilla de una calabaza. Por todas partes reina el progreso, un progreso infinito: fábricas y talleres donde se venera el trabajo, pues este equipara a los hombres con los dioses. La electricidad corre como el vino elaborado con agua cristalina en Caná de Galilea. Pero no estoy de acuerdo con utilizar el progreso para fines políticos. ¿Decís que ese vaivoda es un tirano? ¿A mí qué me importa? Ante mis ojos es tan insignificante como la mosca de una letrina, pues no conoce a Flammarion, ni a Volta...

—¿Y no te importan los trabajadores que bregan para los señores? Los tuberculosos escupen los pulmones en los talleres. ¿Quieres burlarte de la humillación de los pobres? Mira, hombre, te mostraré el rostro atormentado del país: el trabajador entra en la taberna en cuanto anochece y se emborracha con aguardiente para olvidar sus penas. Todo su sueldo acaba en la faltriquera del tabernero. Y en casa sus hijos lloran y su mujer, enloquecida, se esfuerza por enhebrar el hilo a la luz de la lámpara, ve la aguja como a través de la niebla; todo lo que en otra época fue bello en su rostro está ya destruido. Está ajada, su piel es de cera, el corazón se rebela en su pecho, y llora. ¿Acaso no ves al campesino arrastrándose como una lombriz por los campos y los huertos, devorado por la escrofulosis y la podagra y la locura? Ningún rayo entre las nubes alivia su desesperación. Él anda con la gorra entre las manos, una gorra devorada por las polillas, y sus huesos acaban en el cementerio o entre los muros del hospicio de Golia. Cuando el diezmero le reclama la gabela, él se arranca la piel del espinazo...

Humillado, Antropófago clavó la mirada en la pared.

—Has hablado con sabiduría, Zoe, arisca esposa. Ahora me percató también

yo, por primera vez, de la realidad social. He permanecido ciego ante el sufrimiento y me he vendido al diablo. Toda la ciencia es falsa si el corazón es de piedra. Las artes y las ciencias son bagatelas inútiles, es más valioso un par de bienes necesarios que todo lo que escribieron en otra época Diderot y D'Alembert. Dejemos de soñar con un *perpetuum mobile*, soñemos con falansterios donde todos sean iguales y trabajen con provecho. ¡Sí, quiero ciencia comprometida; sí, quiero arte comprometido! Manoil, ya sé lo que necesitas: mi dirigible está en el hangar. Tiene cinco hélices, y en su tela de nanquín hay dibujado un dragón que se muerde la cola...

Pero calló, pues de repente se apareció un espía, que sacó la cabeza del embudo de un antiguo gramófono. Saludó a Languedoc y le dirigió, en tono monocorde, estas palabras: «*Mudromu i cestitomu i plemenitomu Monsieur Languedoc Brillant, i pak* quiero comunicarle un asunto relativo al inglés: que sé por gentes de confianza que se dirigen hacia Hosna veleros enviados para apresar a un tal Manoil de Lerești que debe de estar escondido en esta isla. Reúne de prisa a toda tu gente y corre a buscar refugio, que el peligro es serio. Y el inglés ha enviado ocho barcazas provistas con bombas de cobre. Su capitán es un bandido llamado Mortimir y le siguen cuatrocientos hombres. Tu humilde esclavo, Bogoslav ot Gabrovo».

La cabeza desapareció y todos se quedaron perplejos.

—Girad rápido la manivela, tal vez haya otro mensaje en el disco —dijo Zoe, mordisqueando una hojita de aloe. El propio Yogurta se precipita sobre el gramófono, el descendiente del fonógrafo. Da vueltas a un resorte, pero del embudo salen tan solo un susurro y algunos maullidos, junto con la romanza que transcribo aquí:

Es otoño. Se oye el billar en la cervecera.
Los viejos prensan el tabaco en las pipas.
El castaño revienta de flores en la escuela.
—Elvira, ¿recuerdas aquella casita?

En mayo, cuando Cișmigiú está lleno de lilas
Y el cielo es de zafiro y las nubes de algodón,
Por el puente que tan bien imita al roble
Pero que es de cemento rayado, paseaba junto a ti.

¡Qué palabras dulces y amorosas te susurraba entregado
Mientras abrazaba tu delgada cintura!
Pavos y pavas reales por las alamedas, bajo los tilos,
Caminaban, y yo te comparaba con ellos, cariño.
Tocaba la fanfarria militar en el quiosco verde
Y la voz de las mandolinas encantaba las noches.
¡Qué pasión indecible sentía cuando mi ojo adivinaba
Tu pierna bajo el vestido, casi hasta la rodilla!

Cuando el perfume de las dalias y las margaritas se
[apagaba,
Subíamos a tu habitación y te reclinabas sobre mi pecho.
Soltabas, maliciosa, el cordón de tu corsé,
Y ebrios de deseo leíamos un soneto.

Ahora la lila está seca y la luna está marchita.
Otro se embriaga ahora con tu boca alocada.
Otro escucha tu delirio cuando le recitas
Perdida entre sueños: «*Les sanglots longs...*».

Es otoño. Se oye el billar en la cervecera.
Los viejos prensan el tabaco en las pipas.
El castaño revienta de flores en la escuela.
—Adorada mía, ¿recuerdas aquella casita?

Pero la romanza se perdió entre el estruendo de los cañones. Todos se precipitaron fuera y... ¿qué vieron sus ojos? Velas áuricas hinchadas, banderas desplegadas al viento... Ocho veleros gigantes que se erguían sobre el vaivén de las olas —jirones suaves y azulados sobre flecos de seda— habían rodeado, listos para el asalto, toda la isla. El humo de los cañones se eleva por aquí y por allá, se deshilacha como en los grabados de Callot; los obuses les siguen rápidamente, y sobre uno de ellos está sentado el barrigudo de Münchhausen, contemplando las estrellas a través del catalejo. Mira, una bomba de la que cuelga una mecha como la de las velas. Yogurta la coge, la

enciende con el puro y la arroja como si de un melón se tratara. Alcanza a continuación el catalejo y, con su único ojo, otea los veleros. Sin embargo, los ve del revés. Observa de nuevo, y no da crédito a lo que ve, pues no sabe por qué lado del artilugio hay que mirar. De este modo, los marinos caen desde los mástiles al cofre de los mares, los veleros vuelcan, los cañones se desploman sobre los techos, las aguas lo inundan todo, y las ocho barcasas se van a pique en un minuto.

—¡Hurra! —gritaron los *palicari* ante tamaño prodigio.

—Bravo, Yogurta —dijo con tristeza Manoil—. Has salvado mi honor, te debo la vida. Pero ha llegado la hora de que nuestros caminos se separen, sin que se separen nuestros corazones. No hay otro como el tuyo. Dirígete, así pues, a Valaquia con tus hombres, en los veleros de los sublevados. *Palicari*, vosotros, leones crueles, y vosotros, piratas como leopardos, acompañad a Yogurta y que vuestras almas estén siempre llenas, incluso aunque vuestras barrigas estén vacías, y que rebozen vuestros pechos de sentimientos patrióticos. Nos encontraremos en Giurgiu dentro de dos semanas.

Manoil y Yogurta lloran. Algunos bandidos aúllan a su alrededor, rodando por el suelo, mientras otros esconden sus caras bajo los codos, berreando como los críos cuando se les escapa la teta de la boca.

Antropófago sube la colina, lleva encaramado a la espalda a su querido mono Hércules, que viste un trajecito de cachemir con unos pantalones rojos, de seda, que tienen un agujero en el trasero por donde le asoma la cola. Lo siguen Zenaida y Manoil, y detrás el francés Languedoc y la valiente Zoe, la republicana. Hacen fuego en la cima de la montaña y luego, sudorosos, con gran esfuerzo, hinchan la tela rayada —que había permanecido hasta entonces recogida— hasta que el gigantesco huevo de goma cobra forma, firmemente sujeto por unos cables de cáñamo retorcido, del grosor del brazo de un hombre, que aterrorizan a los piratas. Bajo el gran óvalo, provisto de un timón y un tornillo por detrás, hay un gran cesto de mimbre. Todos los héroes de la epopeya se introducen en él como las abejas en una colmena. Leónidas corta el cable y la maquinaria se eleva sobre la línea del mar que atisban entre los colmillos de un peñasco.

Manoil, hago que ondee tu cabello y que centelleen tus ojos, hago que te humedezcas los labios con la punta de la lengua, enciendo en vuestras coronillas nimbos como los de los iconos antiguos, queridas criaturas de papel. Manoil, quiero que pienses en la redonda faz del mar, en los bramidos

de las olas que escuchas desde arriba, desde el cielo. Piensa en la libertad siquiera tú, en este relato como de dibujos animados que intento escribir desde hace más de un año sobre un mantel de hule. Puedo hacer que pierdas la cabeza, puedo hacer que vuelas, pero ¿qué voy a hacer yo? Yo, que llevo una vida dispersa como el polvo entre mi casa y mi trabajo, en un siglo sin alas, en una casa sin calefacción. A mí solo me queda cederte la voz a ti, como un ventrílocuo. Me desespero cuando llega la hora de la comida y tengo que salir volando a la escuela 41, coger tranvías abarrotados, leer, de pie, a Bajtín y a Bolintineanu, los *Cantos de Maldoror* o a Cortázar. Y luego hablarles a los escolares sentados en sus pupitres sobre Coşovei, sobre conjunciones y genitivos con los que no han soñado jamás. ¡Maldita sea la suerte que me ha traído hasta aquí! Pero calla, tú, autor, y sigue con la historia.

No bien se hubo alzado aquel zepelín del tamaño de una ballena, la isla de Hosna se fundió chirriando como cristal en el mar verde, desapareciendo, con artilugio y todo, como desaparece Daurita cuando se cierra en una flor de laurel, como se desvanece la vida que creías eterna. Estrellas elegantes y serenas brillaron sobre el mar.

CANTO SEXTO

ESTA NOCHE HE TENIDO UN SUEÑO EXTRAÑO. Empiezo a describirlo temblando. Pues los sueños son féretros en los que, encerrado en vida como el gusano en su capullo de seda, tejes camisas con alas en la espalda a partir de la lana de tus pestañas cerradas. O tal vez sean los sueños alcobas en las que te acuestas con tu mujer, la despojas de su miriñaque y la acaricias, aunque es ciega y lleva un niño en el vientre. O, en una plaza solitaria, subís al cadalso, tú, bandido, y tú, verdugo con machete y cogulla en la cabeza, y también tú, agua llena de estrellas, agua sonámbula que engulle el cadáver. ¡Sueño, tú, puerta de cristal al otro lado de la cual aúlla una fiera de olor fétido que tiene tu rostro y los ojos de alguien sin nombre!

Resulta que me encontraba en una ciudad adornada con estatuas de granito. Una ciudad fría y ocre: solo paredes cubiertas de líquenes y calles con zanjas solitarias; nadie por los caminos, excepto algún que otro perro amarillento, cuyas costillas se adivinan a través del pelo ajado, que corretea de puerta en puerta en la frialdad del día. De las ventanas redondas, entre los capiteles, cuelgan jaulas con pájaros, teñidos en miles de colores como esas estatuas gigantescas de las encrucijadas que llevan los labios pintados, los párpados maquillados y las axilas depiladas...

Solo, Dios mío, como no he estado jamás, deambulaba por plazoletas vacías. Me había perdido, y las estatuas de carne me contemplaban como desde unas torres. Guardaban gran parecido entre sí: mujeres rosadas de ojos sombríos. La soledad me dolía, la nostalgia desgarraba mi corazón; me derrumbé sobre el empedrado de hielo violeta y yací allí varias horas... Luego continué mi camino hasta una plaza amplia (un lugar geométrico, cuadrículado) en cuyo centro distinguí, gigantesca, una máquina de escribir Remington. Su brillo negro reflejaba el cielo nublado.

La máquina escribía sola: las teclas redondas con las letras pintadas en blanco se hundían y golpeaban ruidosamente, con un traqueteo como de cítara, y escribían algo en una larga hoja que se perdía en las alturas. Me acerqué y salté de improviso sobre una letra esmaltada, pero me hundí en las profundidades de la máquina de escribir; deambulé entre muellecitos, palancas

bien atornilladas, trepando a los tallos de acero hasta llegar arriba, a las nubes, donde el margen de la hoja salía del tambor. Intentaba leer unas letras tan grandes como yo, pero mis ojos, como los de los insectos, no podían abarcar tal inmensidad. Entonces advertí desesperado que las estatuas descendían de los pedestales y llenaban la inmensa plaza. Grité: «¡Mamá, mamá!», y me lancé de un salto a la hoja que salía de la máquina, hasta que una letra me golpeó y me clavó en la página.

Lector hipócrita, este sueño es, por supuesto, un pretexto para meter la cola en la historia que estoy devanando. Mi narcisismo tiene la culpa. Pero ya está, retomo la narración, las descripciones, los personajes, y te prometo volver a aparecer más a menudo hacia el final del libro.

El misterioso archipiélago está revestido de escamas de platino, el silencio es infinito, el sol, tan sagrado como el aro de la oreja de un moro, se transformará en luna cuando las sirenas chapoteen entre las aguas con su cola de sardina. Miles de olas espumeantes se persiguen y se golpean y se pierden en los vestidos de sedas y encajes del mar, cual reyes de melenas de espuma, con coronas de rayos, que se inclinaran ante el glorioso emperador de Oriente. Olas, ¿acaso no sois vosotras la imagen de nuestra vida que pasa? Como jóvenes guerreros rebosantes de entusiasmo invadís las costas griegas, golpeando los escudos con vuestras lanzas, pero regresáis de nuevo, como viejos de cabellos blancos, a las profundidades verdes y transparentes de las que habéis salido...

Por aquí y por allá, del mar brotan colmillos de granito. Manoil y sus compañeros contemplaban la sombra que, varios miles de millas más abajo, dejaba el *montgolfier* sobre el mar de cachemir. En la parte inferior, elevándose hacia el cielo, está la barquilla en la que se hacinan los valientes. Observan la estela que unas barcazas carcomidas dejan a su paso y cierran los ojos ante el sol que lanza su ardiente millón de cimitarras afiladas sobre ellos. Leónidas Antropófago manipula en secreto algo en el motor, que escupe un humo negro, y también él sujeta el timón, que parece un abanico.

Languedoc garabatea en el mimbre del cesto con un puñal: «*Ja libliu tebea*», y se lo muestra a Zenaida, a la que cree turca, rusa o rumana; para él todo es lo mismo: todas las mujeres de Oriente son para él odaliscas, bayaderas o hetairas. Zenaida lo taladra con una mirada irónica. Ella sabe que los hombres maúllan como gatos en celo cuando sienten los pezones duros de los pechos de una mujer, cuando ven la cadera esbelta que se arquea en el interior de los

bombachos. Entonces se sacan rápidamente de la manga unos sentimientos nobles. Colocan de prisa en la mandolina las cuerdas de tripa de oveja, afilan sus plumas, las mojan en el tintero y se entregan a los sonetos, a las odas y a las canciones como si fueran el propio Petrarca y no un sinvergüenza que te mete mano en cuanto acaba el soneto. Cuando era doncella, Zenaida confió en la boquita de fresa del artero, del infame *beizadea* que destrozaba los corazones de las jóvenes de los arrabales. Y ahora guardaba en su jubón de encaje de Holanda la carta perfumada del griego que le había arrebatado la virginidad. Los versos están escritos con trazos orientales:

Te preguntas por qué meso mis cabellos
Y por qué ni veo ni atiende
A nadie, a nadie.
¡Es porque he mirado al sol
Y te he visto entre sus llamas
A ti, a ti!

¿Por qué no afeito ya mi cabeza?
¿Por qué estoy negro como un árabe,
Y lloro y lloro?
¡Es porque no puedo hablar contigo,
Pues cuando te veo me pierdo
Por completo, por completo!

¿Por qué no rezo ya mis oraciones,
Por qué arde en mi pecho un dolor
De miel, de miel?
¡Es porque quiero que me levantes
Si he de caer ante tus delicados
Pies, pies!

¡Ay, si tú supieras, Zenaida,
Cómo me gustaría ser la suela
De tus babuchas, de tus babuchas!
¡Si tu camisa de seda

Llegara a ser, no diría palabras
Vacías, vacías!

¡Abrazar tu dulce pecho
En mis brazos encendidos de pasión,
Agapi, agapi!
¡Te escribe estas líneas,
El desgraciado *beizadea*
Kalimaki, Kalimaki!

Resbala una lágrima del ojo de la que sufre por amor. Fijémonos en ella, a cámara lenta, para seguir su trayectoria mientras se desliza por la mejilla, junto a la nariz, y cómo gotea brillante sobre el agua del mar. ¡Detenga la imagen! *Zoom* hasta que la esfera reluciente, que se hincha entre cielo y mar, se combe hasta llenar toda la pantalla y, entonces, puedas observar en su curvatura una imagen: cielos rosa-liliáceos, repletos de estrellas como jarrones de flores, se extienden sobre Bucarest como una noble aurora. Bajo estas estrellas hay callejones llenos de barro, densa oscuridad, ladridos y sombras terribles, cercas podridas, mendigos que se descosen las falsas heridas del pecho, cojos que tiran las muletas y caminan derechos. Los bandidos van armados con garrotes para partirles la cabeza a los borrachos que se ensucian sus caros ropajes de cachemir, las rameras se cuelgan del brazo de los transeúntes rezagados y les toquetean la entrepierna para excitarlos...

Todo es oscuridad, todo es vicio... Nidos de víboras. Unas viejas como espantajos leen la buenaventura en el mango de una sartén. Únicamente en el puente de los Pobres titila una luz en una ventana. Es la habitación de Zenaida, que está leyendo una novela. De repente, tres músicos aparecen bajo su ventana. Se distinguen claramente bajo la farola que ilumina su rostro: dos son gitanos que le dan al arco del violín y se mordisquean los bigotes, van vestidos con harapos, sus amarillentos ojos no dejan de girar. Pero el tercero es joven, elegante como un águila. Lleva en la coronilla una capucha gigante, de terciopelo, y luce sobre los hombros una pelliza corta forrada con buen paño. Comenta algo con los otros dos y luego se arrancan con una triste melodía, entre suspiros y quejidos. Un policía se acerca corriendo, pero al ver

que es el *beizadea* se aleja más rápido todavía: es guardia, pero no es tonto.

Zenaida se asoma enseguida a la ventana, bajo los castaños en flor. Es bella como la luna, solo tiene dieciséis años. Nada sabe aún de la maldad del corazón, no sabe que las promesas de los hombres desaparecen como el humo. El joven le hace toda clase de promesas, hasta que ella le permite subir a su tocador, que huele a almizcle y a limón. La doncella, suspirando, se arroja sobre su pecho, y el lascivo joven la sacrifica enseguida. Huye al amanecer, la abandona con una lágrima que resbala por su rostro. Es la misma que brilla hoy entre el mar y el cielo.

Así pues, dejemos que caiga. Entretanto, Zoe y Manoil discutían cuestiones políticas de altos vuelos, contemplando el Archipiélago desde la barquilla.

—De acuerdo, pongamos que raptamos al vampiro del vaivoda, ¿y luego qué?

—Lo matamos para vengar así el sufrimiento de nuestro pueblo atormentado.

—¿Y después? —continúa pensando Zoe, impasible.

—Luego sobrevendrá una edad dorada, los rumanos se sacudirán el yugo de la taimada tiranía y se reencontrarán como hermanos en su país. La nación se impondrá y lo extranjero desaparecerá. El genio que vela por los rumanos desde las nubes fortalecerá su cuerpo, perfumará su pan. El libre comercio florecerá, se abrirán las escuelas y se construirán iglesias con santos pintados en los techos. ¡Ah, será un paraíso! Por qué no tendré yo diez vidas para contemplar ese sueño con mis propios ojos: curtidores y comerciantes, profesores y campesinos hermanados en las *horas*,¹⁰ y todos ellos sonreirán incluso camino del cementerio, dentro del ataúd, pues habrán sido felices en vida y felices morirán.

—Hasta aquí perfecto. Pero ¿quién llevará el timón? Pues, como es conocido por todos, el velero se hunde en el fondo del mar si no hay un capitán que gobierne sus velas y sus redes. Maquiavelo, al que Guicciardini sigue y dulcifica, coloca a un Príncipe al frente del pueblo. Este no tiene principios morales, solo le preocupa cómo mejorar la situación de la Patria. No se preocupa por ti ni por mí. ¿Quieres que pongamos al frente del país a un príncipe iluminado?

—Ni hablar. Yo quiero que el pueblo procure gobernarse por sí mismo, todos a una en el poder, y que cada uno exponga sus deseos en libertad. Que gobiernen de uno en uno por turnos, solo así es posible, pero que permanezcan

poco tiempo al mando, sin llegar a saborear el vino que te embriaga y te convence de tu parecido con los dioses, de tal manera que acabas considerando a los demás simples hormigas debajo de tu pie. Sí, creo que estaría bien alternar cada año el gobierno de un boyardo por el de un comerciante, el de un trabajador por el de un campesino; el mejor del grupo, elegido por toda la comunidad. Pero que no sea un príncipe (vaivoda, decimos nosotros), sino el humilde servidor de todo su pueblo, pues concibo la sociedad como una colmena. Que no tenga palacios, ni capa de armiño, que no golpee con su cetro, que no abrume a los rumanos con edictos y decretos. Que dé consejos como un padre o un hermano mayor, que todos puedan verlo con un arado tirado por bueyes y que no viva en ricos serrallos con los corruptos que no tienen nada que ver con la patria. ¡Ay, moriré por la vida de la noble democracia! ¡Quiero para Valaquia una república democrática!

—Pobre Manoil —dijo Zoe con una sonrisa angelical—. También yo soy republicana, también yo quiero la democracia, pero me temo que nuestro sueño fracasará estrepitosamente. ¿Es nuestro pueblo suficientemente maduro para algo así? ¿Acaso no llega más arriba el peor y el más insaciable? Ese que esconde con harta vileza sus ansias de poder, que finge ser noble, que grita proclamas revolucionarias (¿acaso hay algo más fácil que eso?), mientras el hombre honesto permanece en un rincón, pues le avergüenza gritar a los cuatro vientos cuánto ama a su pueblo. En política, el soñador es sacrificado enseguida, y los ingenuos con principios humanistas se echan a perder. Muchos se alimentaron en la jungla del hígado de Lumumba, muchos se reían mientras Gramsci y Pătrășcanu estaban en la cárcel, muchos hozaron en los pulmones de Istrati y de Bălcescu. Ay, me temo que nuestro sueño también va a salir mal...

Mientras Zoe y Manoil hablaban de estos asuntos, el monito Hércules había trepado por las cuerdas, sin que nadie se diera cuenta, hasta el globo turquesa y, sujetándose firmemente con sus garras peludas y con la cola, olisqueaba con la naricilla el Archipiélago y la Hélade, que se desplegaban como mapas antiguos allá abajo. Solo un soplo azulado difuminaba los montes gemelos allí donde comienza el Helesponto.

—¡Pero mirad! —gritó Languedoc, que estaba observando a través del catalejo.

—¿Qué hay? —gritaron todos los amotinados. Vieron a lo lejos una hilera de islas que se extendían en el mar de Mármara. Están rodeadas por los mástiles de infinidad de veleros, pequeños como hormigas. Son islas con rocas y

bosques, viaductos y pórticos, lagos cristalinos como el azur, pueblos blancos y viñedos. Las islas tienen forma de letras ensombrecidas por las nubes, y estas letras forman sobre el mar la palabra

HELESPONTO

como en los mapas. Leónidas arruga la nariz y no da crédito a lo que ve. Manoil entorna los ojos: olas de verde esmalte rodean las islas-letras...

Mientras todos las contemplaban hechizados, Hércules roía con los colmillos la gruesa seda del globo. Brotó un chorro de gas amarillo verdoso y la abertura se desgarró, el mono lanzó un alarido y salió despavorido por los cables. Todos se daban cuenta de que el globo perdía altura. En vano arrojaban los sacos de arena y de gravilla: la tela se arrugó y el motor se detuvo. Antropófago daba vueltas a la manivela desesperado, pero se quedó con ella en la mano. El mar se acercaba, la superficie del agua se veía cada vez más grande, incluyendo una isla que no dejaba de crecer: era la primera de todas, la que tenía forma de H. Y la isla, a su vez, se ensancha deprisa, a medida que el *montgolfier* cae, hasta que se distinguen en ella claramente los bosques, y hasta los pescadores que descargan en la orilla, de sus redes, unas tortugas de carey.

—¡Sujetaos a los cables! ¡Nadie va a morir! —gritaba Antropófago con la barba erizada. Se oyó un estruendo, un choque, y el zepelín quedó enganchado a un árbol cuya copa se abría hacia las nubes. El francés se quedó colgado de una rama por el cordón de la Orden de Santa Ana, y Antropófago por la barba, como hiciera en otro tiempo Jonás, el de las Sagradas Escrituras. Los demás permanecían en la barquilla, traspuestos por el impacto, pero se incorporaron lentamente y, con gran dificultad, toda la cuadrilla de rebeldes que miran siempre hacia la luz descendió del árbol. Luego se internaron entre los peñascos, bordeando un bosquecillo.

Si pudieras mirarte, lectora, en los profundos y negros ojos de Manoil como si fueran un espejo, como si fueran agua cristalina, te verías a ti misma, soñadora, sonriente, morena o tal vez pelirroja (¡cómo me gusta imaginarte!), tomándote en serio todo lo que en este libro es solo ilusión y fingimiento, técnica que pretendo desesperadamente dominar: tallo esmeraldas, incrusto zafiros en encajes de oro, pero ¿qué es la poesía y qué es solo lo anecdótico: el pegado de las asas y de las florituras en la copa dorada? ¿Cuánto del ancho

mundo, cuánto de las estrellas y cuánto del cerebro, de lo real y del sueño puedo recorrer? ¿Cuánto del infierno y cuánto del paraíso, cuánto deseo y cuánta pasión, cuánto de todo lo que ha sido escrito alguna vez con carcajadas y con lágrimas puedo volver a escribir yo, inclinado sobre estas hojas lleno de afecto?

Hércules se encaramó de nuevo a la espalda de Antropófago. Las mujeres, con los tacones rotos, cojeaban por el sendero que se perdía en el desfiladero de piedra caliza y granito. Las fresas maduras y las campanillas se derramaban en el borde del camino. Cuando la senda se ensanchó, vieron una clara pared de roca que la atravesaba, un muro que producía ecos crecientes y decrecientes: cuando el mono aulló, fue como si hubieran aullado diez.

—Los griegos aseguran que el eco es hechicero y oráculo —dijo Manoil—. Vamos a ver qué nos deparan el tiempo y el destino. Preguntemos por turnos.

Y todos gritaron, y la pared de roca les devolvió las palabras:

ZOE

Eco, ¿cuánto tiempo pasará
Hasta que yo oiga
Que solo el pueblo
Es soberano
Y que ocupa el poder?

Eco

A ver, a ver, a ver, a ver...

ZENAIDA

¿Viviré acaso
Hasta el día
En que mi amado mentiroso
Me ofrezca de nuevo
Su mano con perfumes?

Eco

Fumes, fumes, fumes, fumes...

LANGUEDOC

Eco, *la voilà*

País de *halva*,

¿Acaso me quedaré

Junto a una esposa

En esta patria próspera?

Eco

Espera, espera, espera, espera...

LEÓNIDAS

¿Cuándo podrá el hombre,

Dando la razón a Nietzsche,

Gracias a la ciencia

Y gracias a su esfuerzo

Aplazar la muerte?

Eco

Suerte, suerte, suerte, suerte...

MANOIL

Cuando apartemos

Al soberbio tirano

¿Quién degustará

Del poder el aguardiente?

Eco

Gente, gente, gente, gente...

Los sublevados se adentran en los espesos bosques, atraviesan lagos oscuros en balsas de clavos oxidados, aguas en las que los murciélagos mojan sus alas a la luz del día. De los remolinos manan vapores sulfurosos. Los viejos robles muestran barbas de liquen, de muérdago y de setas, pululan en el crepúsculo serpientes y víboras, y las sombras se extienden como muñones de manos ensangrentadas. Aparecen cuernos y colmillos de marfil entre frías brumas. Un silbido o un aullido te animan a atravesar la laguna Estigia, como cantan los Phoenix en *Cantafabule*.¹¹ Los cinco pasan junto a ermitas de anacoretas esqueléticos, tumbados con sus hábitos infectos bajo setas y hongos. Ven arañas tan grandes como la palma de la mano que corren a la caza de pájaros en lugar de moscas: tejen cuerdas en vez de hilos... Y de repente cae la noche, y de repente sale la luna, que eleva hacia el cielo ramas y chamarascas. El bosque negro retumba, embadurnándose con el granate de las vendas ensangrentadas de las nubes. Terrores fríos y borbotones de sudor hacen que los sublevados se arrimen unos a otros y los obligan a detenerse, cuando súbitamente una terrible visión abrumba a los cinco.

De la barranca quemada emanó de repente
Un terrible hedor a infierno.
Los fantasmas salen en procesión
Como monjas, bajo ramas de abeto.
El cielo se oscurece, las apariciones avanzan
En caballos enjaezados, también putrefactos.
Las costillas asoman por la piel, los intestinos
Cuelgan, los huesos chocan contra la silla.
Enormes avispas salen del borde de la luna
Y las estrellas queman como brasas.
Las tumbas se abren, y las osamentas
Se agrupan bajo una bandera horrible.
Los fantasmas vuelan por el aire,
Los abortos pelean,

Las coronas brillan sobre sus cabezas,
Los humilladeros empiezan a arder.
Viejas paralizadas con barrigas como sandías
A horcajadas sobre peinetas vuelan entre las nubes.
Relampaguea y truena; las ubres sangran,
Los tumores se extienden.
De repente brillan moradas una luna,
Una mano y una calavera.
Las mandrágoras se sumen en el sueño, las horas se
[detienen,
Los corros quedan vacíos.
Una bruja cabalgando un macho cabrío
Dice a voz en grito: «¡Sabbat!».
Los fantasmas se encogen, forcejean los fantoches
Y abren una puerta en el monte.
Ella abre una gruta oscura
Como la que se esconde en el vientre de las mujeres.
Ratones con alas cenicientas, topos húmedos
Y búhos apestosos salen de la tierra.
«¡Entrad!», gritó la hechicera
A los de fuera; cráneos sonrientes
Los empujan a la cueva con sus brazos descarnados,
Los arrojan de repente al laberinto.

Languedoc se interna el primero en la gruta, con el puñal entre los dientes, asombrado al ver unos carámbanos pálidos que cuelgan del techo, un encaje de insectos transparentes y ciegos... Zoe y Zenaida escupen para espantar el mal de ojo y se adentran en la caverna también. Las sigue Antropófago, con una antorcha en la mano que ilumina débilmente el recinto, y tras él Manoíl, sumergido en sus ensoñaciones, en busca de la flor azul, como el delicado Novalis. Caminan por el sendero tortuoso, entre cristalinas pozas de agua, bajo techos que despliegan eternamente su magia en lágrimas. Presos del hechizo, contemplan como niños cómo se abren las rosetas de mina en el sendero serpenteante. Eternas, creciendo en la oscuridad para ningún ojo, brillan ahora a la luz de la antorcha, cristal y encaje, solo un instante, para

desaparecer de nuevo en la impenetrable oscuridad. ¿Para quién es el color de ese suave mineral? ¿Para quién exhiben la turmalina, la malaquita y el yeso esas agujas transparentes, doradas como el ámbar o cuadradas, hexagonales, icosaédricas; esos prismas brillantes que relampaguean y se extienden secretamente en capas? Tal vez nadie se hubiera internado antes en esa cueva, ¿qué sentido tienen entonces los maravillosos pétalos que crecen en las paredes de arcilla? Hombre, piensa un poco: tú también brillas bajo el polvo de estrellas para luego, de vuelta a la oscuridad, ser devorado por la eternidad. Nuestras almas son tristes rosetas de mina, oscuras, encendidas para nadie y apagadas de nuevo para nadie, que derrochan en vano tanto trabajo y tanto esplendor.

El túnel sigue bajando, hace cada vez más calor, pero se ensancha poco a poco y se transforma en una sala. Sus paredes con espejos negros reflejan unos candelabros dorados que brillan como las estrellas. Bajo sus prismas de cuarzo se eleva un gran trono, tallado en un bloque de berilio. Sus detalles, de valor incalculable, reproducen leones de párpados ciegos que contemplan algo más allá de este mundo. En su respaldo turquesa está pintada en oro una serpiente que se muerde la cola, y sobre un cojín rojo descansa una reina desnuda, una mujer que la mente no se atreve siquiera a imaginar. Sus caderas de marfil parecen esculpidas por Praxíteles, y su cabello transparente es como el agua de un manantial que corre en cálidas oleadas sobre su delicado pecho, cubriéndolo y descubriéndolo como destapan las nubes a la luna. Esconde la mano izquierda entre los senos mientras sujeta en la palma de su mano derecha un glo-

CANTO SÉPTIMO

-BO DE CUARZO DE CUYA POSESIÓN NINGÚN MUNDO PUEDE ALARDEAR, y que irradia luces en otros mundos, pues los mundos, con sus astros, sus planetas y sus auroras, son el reflejo en la pared de ese globo inmortal. Mundos en mundos, contemplados desde las profundidades hasta las alturas, microcosmos y macrocosmos entre las valvas de esmalte de la pesada concha que es la mente, tienen en el centro, como una perla, el globo de cristal que se halla en la palma de la mano de la princesa Hyacint. Tal vez yo escriba *El Levante* solo por encontrar ese globo que en su día buscaron Leonardo y Gianbattista Vico, que sintieron cerca Góngora y Fulcanelli, y que se encuentra a medio camino entre los átomos y las estrellas. Tal vez yo también he sido escrito, con mi vida y con ese halo a mi alrededor que es el Mundo, por un autor que busca el huevo y no lo puede encontrar en un mundo gigantesco.

Los amantes de la libertad lo contemplan fascinados. Entonces Manoil avanza y, en el ocaso que juega voluptuosamente con imágenes y con susurros, pronuncia estas palabras:

—Reina de la noche, de las profundidades y del frescor, ¿qué Moira nos ha empujado a ver los soles negros bajo tus párpados que encienden un lóbrego fuego en nuestros pechos? Aquí estamos Antropófago, el caballero Languedoc, mi hermana Zenaida y Zoe, la mujer varonil. Todos bajamos la mirada ante un hechizo abrumador. Nosotros recorreremos el Levante, de isla en isla; el loco viento de la libertad hincha las velas de nuestras naves, que se despliegan en el ocaso como pétalos de nácar. Nosotros ponemos sangre y oro en el bastidor de los días. Sin embargo, tememos que nuestro sueño de amor entre semejantes no sea sino un capricho de la Historia, esa ramera. ¿Es el hombre una fiera o se parece a los dioses? ¿Puede la revolución por la que luchamos salvar al pueblo, liberarlo de sus pasiones? ¿O se trata tan solo de un sacrificio inútil y un derramamiento de sangre sin sentido?

La diosa Hyacint abrió la boca con ternura:

—Manoil, dices cosas que no alcanzo a entender. El mundo acaba y comienza en este cristal, y yo estoy lejos de murmuraciones y nostalgias. Yo inhalo tan solo el amargo perfume de la eternidad. ¿Qué significa este siglo

para mí? Un punto minúsculo que apenas se refleja en el cristal, en el ombligo del Kosmos. ¿Sufren los hombres? ¿Son oprimidos y humillados? También sufren los robles, sufrieron los trilobites, sufren las estrellas cuando se transforman en supernovas en el firmamento, sufren los peces en el agua, sufren los pangolines en los manglares, sufren los amaneceres cuando llega el mediodía, sufren la tierra, el agua, el aire y el fuego. Todo lo que parece existir está abrumado por el sufrimiento, pero, aunque la carne se marchite, en su interior hay luz, del mismo modo que del sufrimiento de la concha nace la alegría pura de la perla. Únicamente el globo de cristal no conoce el sufrimiento. No encontrarás la libertad en este mundo, donde todo está atrapado en una red. Manoil, si quieres ser el diestro centinela del mundo, libérate antes a ti mismo, y después a los oprimidos por la bota de los locos y de los infames. Sumérgete en la poesía y en el ensueño, conócete a ti mismo, pero no en el mundo, que es como una cerradura que cualquier llave puede abrir, sino en esta esfera donde descubrirás la flor del espíritu. No es pasajera, sino que se extiende hasta la inmortalidad, a Akasha, la copa cristalina. ¡Mírate en este globo y libérate!

Manoil avanzó hacia el trono de maravillosas esculturas mientras los demás se quedaron inmóviles como un grupo de piedra, recordaban a *Los burgueses* de Rodin... Tomó el globo de la mano del brazaletes de ónice, lo sujetó entre sus manos y lo contempló fijamente hasta que un fuego helado penetró a través de sus brazos. Su carne se transformó en cristal: podía adivinar a través de ella los riñones, relucientes como esmeraldas vivas, e incluso los huesos de coral, del mismo modo en que se ven los álamos al anochecer a través de una ventana abierta por el viento. La gruta y la reina se alejaron y se diluyeron como el mundo cuando lo miras con los ojos llenos de atropina. De repente, todo desaparece, solo su cuerpo desnudo lanza a su alrededor llamaradas heladas, como si fuese la corriente que agita el agua de los riachuelos, unas llamas que descomponen la carne en brillantes gotas de rocío sobre el esqueleto —el pistilo de la fabulosa orquídea que es el Levante—. Pero he aquí que los huesos empiezan a crecer, unas alas de cristal brotan desde las manos del esqueleto hasta el hombro; el radio y el cúbito quedan cubiertos. Un gigante alado se abre camino desde la gruta como a través de un vientre, arde con un fuego amarillo que lo impulsa hacia las estrellas. En la roca de la frente tiene incrustado un pesado globo de cristal. Su universo revienta por las costuras como una chaqueta demasiado ajustada y cae a su alrededor hecho

jirones. Las galaxias se apartan destruidas por las alas, los límites del mundo desaparecen en unos instantes, el tiempo y el espacio son los balbuceos de un niño, el ser y el no ser son glosolalias rancias, separadas del cuerpo del nadador a través de sí mismo. El bien y el mal, la oscuridad y la luz se aniquilan, y lo pequeño, lo grande, lo infinito y lo marginal se convierten en una misma cosa. El genio siguió aleteando. Volaba por todas partes al mismo tiempo, por dentro y por fuera, hasta llenar por completo la existencia con la luz oscura de sus enormes alas... El huevo de cristal es el lugar donde ellas duermen despiertas. Y súbitamente el huevo se resquebrajó con un estruendo apocalíptico. ¿Después de cuántos millones de años? No se sabe, el tiempo está eclipsado. Pero Manoil reaparece tal y como lo conocemos. Lo que ha vivido en el huevo de cuarzo no puede ser imaginado ni relatado. Ojo que se vuelve hacia el interior; tal vez solo así podría verter en un papel una pálida sombra de la tenebrosa experiencia del vivir con uno mismo, del morder el propio todo...

Manoil abrió los ojos: está sumergido entre lotos hasta la cintura, en un estanque cuya transparente onda verdosa centellea. En el crucero de la bóveda hay tres soles: amarillo, fresa y lila, así que todo lo que se ve lanza una sombra triple. Manoil salió a la orilla del lago de aguas verdes. Estaba desnudo como una estatua, tenía el pecho como de mármol, melenas como esculpidas a cincel, ojos ciegos como el sabio Homero o como el pobre Milton o como el padre de Ulises. Sus pies avanzan descalzos a través de un campo salpicado con miles de flores de hojas de zafiro y amatista, cuyas carnosas corolas rozan con labios suaves a unos pájaros pesados, mitad cristal y mitad plomo. En los sembrados cantan serpientes con crestas de gallo. Faunos de un palmo de altura que llevan dos flautas en la boca cantan, con ellas, a las ninfas de diez senos. Y sobre la dentadura de rocas que brotan del río hace la luna de puente, un tierno gajo de naranja. Todo fluye, todo se transforma a medida que surge: los peces se convierten en sol, el sol se convierte en fresa, la sombra se despega del suelo y cobra vida, en tanto que lo que arrojaba sombra estalla en miles de añicos brillantes a los que les crecen alas de libélula...

Manoil avanza entre los glomérulos blandos de los árboles, que, de pronto, se transforman en mujeres. Todas lo toquetean lascivas, pero entre sus muslos de piedra no hay nada, solo piedra pulida como el agua de los ríos. Cuando se dan la vuelta, en sus glúteos se abren dos párpados. Y de repente aparece un

arco iris en el aire del que cuajan, en el vacío, unas letras nítidas que parecen unas veces teñidas con esmalte de uñas, y otras veces bordadas. Sobre toda la región se extiende un arco:

I
C N
U A
L R
A I
H A

Las letras se transforman de inmediato en miles de estrellas coloridas y en pompas de jabón pintadas, nacaradas, que estallan en las largas garras de miles de pterodáctilos. Solo la H perdura entre nubes trémulas, pero también ella se convierte en una pompa de jabón, entretejida con manchas de luz roja, que se acerca al silencioso Manoil. El hombre toca, con un dedo como de piedra húmeda, el globo reluciente que tiene un paisaje dibujado en forma de media luna en el borde tembloroso, y este resuena como una campanilla. La pompa no se rompe, sino que envuelve a nuestro héroe y se eleva en el aire con él: parece un pollo vivo dentro del huevo. Manoil contempla, a través de la cáscara, unas vistas que aúnan de repente espejismo y fantasía. En ellas las nubes tienen esqueleto, las torres llevan vestidos bordados, las lunas lucen pestañas azules y largas como en Nerval, las alas de las hojas son venas, los ojos son vitrales, la cadera de las aguas perezosas es voluptuosa como en Novalis, el mismo cielo es un vientre, con el ombligo del sol en el centro, bajo la tierra de cristal crecen pétalos como en Tieck... Todo se refleja en extrañas anamorfosis sobre la pared de la pompa de jabón y se invierte luego en la pupila del héroe. Ponen hilos de color, como si fuera un bastidor, en la retina y, luego, los líquidos coloreados corren por los nervios nacarados hasta llegar al centro óptico, donde se combinan en formas curiosas y se proyectan más tarde sobre la pared interior del cráneo. Así aparece el sueño, pero en la gigantesca sala hay un único espectador que, acurrucado en la primera fila, forcejea impotente, paralítico, solo mirada, solo deseo y terror. Tiene un único ojo en la frente y unas alas le nacen de los hombros. Es el triste, eternamente

solo, espíritu tuyo y mío.

El globo de jabón desciende al olvido y a la oscuridad.

Se extiende un valle transparente justamente en el centro de este mundo, es una isla como de porcelana rodeada de conchas y juncos. En el centro hay una ciudadela excavada en pórvido. Elefantes sobre dos patas vigilan su escalera de esmeralda. Campanarios con relojes que marcan cada uno una hora diferente atraviesan el infinito arrojando unas sombras tristes, y en los muros se alzan pueblos de estatuas: ninguna es majestuosa, todas gritan en pleno delirio, todas se vuelven, tienden las manos quejumbrosas, se retuercen los dedos, se sacuden, se estiran. Algunas se han caído de sus pedestales y sollozan, otras se abrazan bajo cielos de ópalo...

El globo se posa lentamente ante la amplia escalera y, en medio de una luz turbia, estalla sin hacer ruido. Manoil se endereza y avanza, desnudo, por los escalones. La balaustrada, tallada en cuerno y en oro, le llega hasta el pecho, y los escalones emiten sonidos dulces al rozarlos su pie. En todos ellos hay peces con velos que nadan abriendo la boca. La escalera gira hasta llegar a la entrada. Sobre la puerta, Manoil leyó en unas frías letras de ámbar:

Soy la ciudadela elegida que pinta el Señor,
La omnipotente águila que vuela en el cielo.
Soy el reflejo del mundo, la belleza que refleja
Sus radiantes aguas en el cerebelo.

Soy un *baccio* de la suerte ventosa
Que la boca te da, mortífera, en el peplo y en el sueño;
Abismo abominable proferido por ángeles,
Pero un abismo voluptuoso.

No rodees la ciudadela, entra, Manoil,
En el templo que es en ti el refugio más profundo.
Risorge, interroga y piensa en las *stelle*

En este templo solemne.

Pregunta, la ciudadela te responderá,
El tormento de tu cerebelo derrochará
Coraggio, pues solo tú sabes, admirablemente,
Dónde se encuentra el serafín ventrílocuo.

Una vez arriba, en el último escalón, Manoil hace una pregunta que no parece brotar de su interior, sino que procede de lejos. No de la mente, sino de la sangre: «Gigantesco señor coronado del reino de las estatuas llorosas, dime qué es la poesía y por qué camino transitará en el futuro. ¡Sé profeta, muéstrame los sabios espíritus que se ocuparán del dulce tormento del sueño, en cumplimiento de la promesa del genio de Bolintin!». De repente una estatua desciende volando de su pedestal, ligera como las nubes aunque es de granito, y se torna transparente a medida que se acerca: a través del cristal se distinguen los omóplatos y los huesos ilíacos. Toma de la mano al poeta, un ser insignificante ante la inmensa puerta.

—No busques demasiado lejos, Manoil, una respuesta inútil. Ven conmigo, sígueme por estos pasillos excavados en turquesa, por estas largas estancias, por los intestinos minerales que llevan al futuro. Posa tu pie desnudo sobre las dulces losas de mármol que resuenan: *lir-liu-gean*.¹²

He aquí la primera de las grandes grutas, como una gigantesca taza invertida. La corona una cúpula de vidrieras encuadradas en marcos de plomo que arrojan al suelo manchas coloridas con extraños dibujos, y bajo esta cúpula se esconde un fantástico mecanismo: es la Poesía. Lo forman brillantes pistones de acero. Está también la Virgen con el niño en brazos, aunque el niño Jesús tiene la cabeza afeitada y dividida en cuadrados de colores y de su cuero cabelludo brotan electrodos. Hay también una mariposa que absorbe con su trompa a los amantes acurrucados bajo las mantas. Entre ejes con levas, palancas, bielas y tornillos duerme un hombre con pechos femeninos, cubierto de llagas y bubas, y de cada una de sus heridas sale un lucero. Junto a una caldera humeante trabaja una mujer de barro pero revestida de oro y púrpura. Una tarjeta perforada asoma de una de sus caderas y un prisma coloreado entre sus ojos refleja la sala. La mujer pisa el pedal de la máquina de coser y provoca que la mariposa aletee y que María acaricie al solitario, tierno y

torturado Mesías.

—Manoil, nos encontramos precisamente en el ojo de la mente, en lo más profundo de lo más profundo de lo más profundo del ser. El mecanismo poético con poleas e imágenes sostiene, en el otro extremo, una pluma que emborrona las decenas de hojas que *tú* crees haber pensado, pero fueron pensadas antes del diluvio, de los fósiles, de los coacervados, antes de que apareciera el sol y de que la eternidad produjera los brotes que son las estrellas, la flor que es la galaxia. Todos estamos ensartados como perlas en el hilo del globo de cuarzo que espera entre las válvulas cegadoras de este mecanismo, al que alimenta con el misterio de los mundos de mundo en mundo...

El fantástico mecanismo se perdía entre jirones de niebla y bruma.

En un tobillo de la Virgen se abría una puerta amplia. Manoil entró conducido por una ninfa y atravesó varias salas hasta llegar a una de techos altos, excavada en diamante. La adornaba una única estatua sobre un gigantesco pedestal. De los pies a la frente hay decenas y decenas de metros, y ella sujeta con la mano los pliegues de su peplo de mármol.

—Es el primero de los siete corifeos, el más joven, el más noble de los amantes de la diosa Venus y de las musas. ¡Oh, habla, estatua de ojos negros y serenos!

El dulce príncipe de la noche y de la poesía cobró vida:

¿Por qué has huido de mi sombra?
¿Por qué no escuchas mi llamada
Para venir al menos un instante
Al bosque antiguo y silencioso?

Para que el destello suave del agua
Resbale por tus párpados...
Para que al reino triste del sueño
Encuentres la entrada.
Cierra suavemente tus párpados
Bajo las ramas que murmuran
Para escuchar tan solo cómo se deslizan las estrellas
Sobre los extensos bosques.

Para que se muestre ante tu rostro dormido
Un hada de melenas rubias;
Su rostro oculto del mundo
Bajo un velo de muchos pliegues.

Pero sus ojos de largas pestañas
Son fríos como el hielo.
Retiras el velo de su cabeza
Para contemplar su rostro.

Y tu corazón se estremece enloquecido
Y el llanto te ahoga:
Pues detrás del velo tupido
Te ves a ti mismo...

El fabuloso ángel calla y se vuelve de nuevo de piedra:
—Dejemos ahora al amigo de los bosques encerrado en su propio sueño, y sigamos avanzando por estas galerías como a través de los tubos curvos de una gran destilería en la que se sublima la poesía y donde puedes beber en copas cristalinas los sonidos de la lira. Mira, otra sala que se ensancha y otra bóveda que se eleva. Aquí encontramos cuatro estatuas gigantescas entre unas paredes de hielo pobladas de arabescos. La primera estatua es siempre distinta: unas veces es de bronce, otras de barro; unas veces arde como una antorcha, ahora es solo ceniza. Elabora filtros amorosos con veneno y perlas con moho:

¿Por qué no estoy solo e infeliz?
Tú has hecho conmigo una ermita, Padre,
Excavada en mi cadáver,
Y te alzo en peñascos las santas cruces.
Contigo como sacerdote en el altar
Me envolvía en la bendición
Solo sobre la roca, entre las estrellas,
Entregándote mi infelicidad como ofrenda.

Estaba seco a tu lado,
Sin un solo brote, sin un solo pájaro,
Pues sabía, Padre, que es Tu voluntad.

¡Señor, ventisca invencible de mi vida!
Yo vendí la luz de tus estrellas
Y me volví un sinvergüenza:
Mentí y saqueé.
Rompí los iconos
Y arranqué con el puñal las perlas antiguas
De las encías de plata
De la crismera con bellas incrustaciones.

Anoche, tu miserable amado
Dejó entrar a una mujer
Que portaba en brazos unos ídolos, Astarté y Bali;
Venía de los pantanos y los barrancos,
Con los pezones pintados.
Y se acostó con ella
Precisamente sobre Tu sagrado altar.
Ahora, la ermita está llena de flores,
De pinzones coloridos,
De cielos apacibles.

¡Señor, arroja un rayo sobre mi cabeza!

Y la estatua se petrificó. Pero la que estaba a su lado, perdida en planos, heptágonos y luces, con un ejemplar de *Craii...*¹³ en la mano derecha, que brilla como un arco iris, y en la izquierda, con evidente clima, Edgar Allan Poe, cobra vida, y el ojo verde abierto en el triángulo divino destila el sueño del hialino, del misterioso Nastratin Hogeá ¹⁴ hacia las mezquitas retorcidas, hacia los lánguidos turcos... ¡Mis respetos, eminencia, me inclino hoy ante ti, geómetra de azúcar candeal! De tus islas Antillas y de la novia Isarlâk han partido mis hojas, ya sean buenas o malas. Vamos, habla en frías sílabas de coral mientras yo chacoloteo mi pandereta y murmuro: *pa, vu, ga, di...*

Territorio nombrado, grupo simple, landa falsa,
Vuelto hacia el sol pontifical.
El transparente Orión corta los hemisferios
Del evidente torso trazado con compás,

Y allana en la fría Helgolandia
Las lúnulas en un plano estéril, más claro.
¡Milagro! La santa no arde ya de fiebre.
La marea de la luna crece hacia Mercurio.
¿Un triunfo aquí? En el único espíritu, Orión
Se ha mellado en el valle divulgado.
Triunfo invertido, como la órbita de los planetas;
Receso, pero paraíso y no nupcia.

El que pronunció estas palabras se transformó a continuación en un bloque de hielo transparente como el cristal, y otra estatua retomó el don de la palabra. Es casi un esqueleto, envuelto en las arrugas arrancadas de una toga burda. Los huesos de su rostro afloran triangulares a través de la piel, los cañones de la barba crecen rebeldes directamente en la mandíbula, y los ojos... no son los ojos de una persona que viva en la Tierra. Vislumbras el aura de la tisis en su rostro afilado. Ves el pesado fardo de la vida como el pinchazo que sientes en los huesos al tambalearte de madrugada por las calles, en medio de la lluvia, borracho, hundido en ti mismo y en el barro exterior. La aparición grazna su melopea con dificultad:

Es de noche y nieva sin cesar...
La nieve cae sobre la nieve
Y, helado, apenas puedo avanzar,
Y apenas recuerdo el camino a casa.

Está oscuro. Ha ladrado un perro.
Ya no albergo ninguna esperanza.
Apoyado en un poste, un soldado
Enciende un cigarrillo, solitario.

Es de noche y nieva sin cesar...
Ya no vislumbro camino alguno...
¡Qué lejana me parece la vida!
¡Qué sencillo es todo ahora!

Unas carcajadas satánicas resuenan entre las paredes de la sala petrificada.
—Manoil, vayamos adonde el cuarto eremita, que hasta ahora ha permanecido con los ojos clavados en el suelo. Entre los dedos sujeta una flor que disemina el fuego de sus pesados pétalos a los cuatro vientos, pues ha dado fruto, y una manzana se forma en la palma de la mano del dulce poeta, que escucha cómo la luz de la luna resbala por la piel del fruto y cómo en la carne de la manzana la semilla suspira en su admirable hechizo, presintiendo la raíz.

El espíritu comenzó a hablar, arrojando su sombra sobre las brillantes columnas violetas:

Me he retirado a una cueva
Y cuento las estrellas fugaces.
Señor, ¿adónde has ido?
El cielo está vacío sin ti,
La piedra es estéril, los grillos cantan, los lagos están
[secos
Como los párpados de los viejos.
Los molinos lanzan sombras de ángeles,
Sombras rojas, sin esperanza.
Elohim, ¿dónde sangras?

Los ciervos de los bosques rumanos han perdido
Por senderos de hojarasca cuernos y lágrimas.
Tengo la boca quemada.
Si no hubiera nacido jamás,
Tal vez sufriría menos tu ausencia,
Y tal vez habría amado la noche serena.

Y cuando, con los cabellos llenos de estrellas fugaces,
Me adentro en los senderos del sueño,
Elohim, te sigo buscando.
Entonces oigo tus pasos y los cuento
Y me parece
Que una luz inmensa viene a mi cueva
Y que un pájaro mágico se queda dormido sobre mi
[hombro.

El bardo calla y se transforma en un monte cubierto de hierba, con campanillas y fresas dispersas por las colinas soleadas. Pero el ángel continúa:

—Estos cuatro, Manoil, son los maestros de la poesía del siglo xx. Solo hay dos poetas más que, a finales de este siglo, aparecieron en los grandes atolones de una poesía diferente, y que, impetuosos, se atrevieron a adentrarse en otros mundos poéticos, como los piratas que se arrojan desde las jarcias a un galeón, en busca del botín. ¿Ves la puertita que se abre en el tobillo de la primera estatua de la sala? Entremos por ahí a las arterias de mármol que se confunden, se entrecruzan, suben y bajan, y en cuyas paredes, dentro de unas hornacinas, se esconden quimeras de piedra. Otra bóveda se alza al fondo, ornamentada con un decorado gigantesco.

Sobre un pedestal, solitario, esculpido en perla mate, hay un coloso de ojos azules y boca triste que mira a su alrededor tímido y extraviado. Un jersey de lana ciñe

su pecho. Unos mechones canosos caen sobre su frente. (Ah, querido poeta, vi tus párpados y estreché tus manos, y hablamos, pero no te conocí. Yo evaluaba cuánto de oro y cuánto de escoria hay en tu poesía, sin entender entonces que, si hay una sola veta de oro en toda una montaña, oculta en su piedra antigua, toda la montaña es de oro y es un portento de la naturaleza. Ahora lo lamento y me avergüenzo de mí mismo.) Vamos, empieza tu poema con tu voz arrastrada en la que luchan, en cada palabra, el *sentir* y el *entender*, y donde el *ser* está asaeteado, como un dragón, por el *erando*. La sangre preñada hace nacer, sorprendida, el pensamiento:

De repente me ha entrado la muerte

Como a otros les entra el sueño,
Y tal y como a ellos les pesan los párpados
Así me pesa a mí el corazón.
Y el corazón se vuelve tan pesado
Que se me escapa de entre las costillas
Como si se me escapara de entre los dedos.

Y justo entonces viene el ángel.
—Pero ¿qué has hecho con tu corazón?
¿Qué has hecho con tu corazón?
Sus alas son carámbanos de hielo.
En las cejas tiene carámbanos de hielo.
El manto que cubre sus hombros de carámbanos está
[tejido.

—Se lo has echado a los cerdos para que se lo coman,
Se lo has dado a los conejos para que lo roan,
Se lo has entregado a los topos para que excaven túneles
[en él.

Tienes la sangre llena de topos, hombre,
¿Acaso no ves que tu sangre está llena de topos?

Yo permanecía ante él con las costillas abiertas
Y él remaba sin cesar con sus alas de carámbanos.
Remaba, remaba, hasta que
Golpeó la luna con sus alas
Y la hizo caer;
La pisoteó
Hasta que
Estropeó el sol y los planetas,
Hasta que arruinó los sentimientos.

—No, no —respondí
Yo balbuciente, con mis costillas abiertas.

Pero él ya había volcado con el ala
Y había aplastado con el pie todas las palabras.
—Es otoño —dijo el ángel
Remando, remando...

Manoil había dejado caer la cabeza hacia atrás para poder ver los labios, tallados en turquesa, de los que brotaban las palabras; estas se transformaban en polvo cuando chocaban contra las paredes de la estancia. El pálido serafín lo arrastra consigo a duras penas.

—Vamos, cógeme en brazos y volemós juntos bajo esta cúpula hasta el último recinto, muy alto, muy abovedado, donde te hablará la última estatua. Pero a esta no podrás mirarla. Pues al ser no le es dado ver a aquel que le dio nombre y que concibió a su alrededor un siglo y un mundo enteros. Por ese motivo cubriré tus párpados con mi mano de piedra y viento. Pero escucha, no te pierdas una sola palabra, pues es el último gran poeta del próximo siglo, y con él llegamos a la frontera. Lo que hay más allá, al comienzo del nuevo milenio, no lo saben ni Dios ni los ángeles ni los genios. Mira, ya estamos a los pies de la estatua de cristal puro. ¡Vamos, habla, dulce amigo, abre tu boca!

«Flor de los mundos, ola verde de piedras preciosas festonada, mares que surcan veleros de oro cargados de pimienta y canela como peines que recorren cabellos perfumados, gota de rocío en la que se confunden las nubes y el cielo, ¡oh, Levante, donde el céfiro hincha las mejillas y sopla sobre la inmensidad de las aguas, qué sentimientos tan poderosos avivas en mi pecho! Oh, Levante, dichoso Levante, ¿cómo es que no sientes mi turbación, mi cólera? ¿Cómo es que tu ojo de brillos ambarinos no ve la noche que colma mi pecho, la congoja que invade mi mente desde que desperté de mi letargo y comprendí que soy rumano? ¿Por qué no tendré miles de ojos, como Argos, para poder llorar con miles de lágrimas el terrible estado de mi pueblo, prisionero de los lobos y de las alimañas que desgarran el seno de Valaquia con sus garras afiladas?»

—¡Pero si este conoce mis pensamientos! —dice asombrado Manoil. El genio agita las alas con más fuerza y se eleva con él hasta la cúpula azur, que se hace añicos a su paso. Arriba está el cielo negro, duro y muerto, repujado con miles de estrellas. En la isla, la ciudadela se distingue ahora pequeña,

repleta de estatuas patéticas en las cornisas y las arcadas, hasta que se convierte en un punto del caos. Fundido con Manoil, el fantástico ángel vuela con sus alas de fuego hacia sí mismo y hacia afuera, al ser y al no ser, a través de una realidad vaga y a través de un sueño suprarreal, hasta que se reencuentran en medio del laberinto, cara a cara con la fantástica, la mágica Hyacint.

El brillo del pesado y límpido globo de cristal de su mano se va extinguiendo, pero su débil fulgor ilumina tanto a la reina blanca como a los sublevados, que se habían agrupado temerosos: Zoe y Antropófago, Zenaida y Brillant. Manoil se estremeció como si despertara del sueño o de la muerte, y le tiende el globo, sin decir una palabra, a la diosa de las artes secretas de la Ensoñación y la Inmortalidad. Todos se inclinan ante ella y, a continuación, parten, pasando apresurados entre gemas y cristales para volver cuanto antes a la luz del sol. Cuando salieron de la cueva de debajo del peñasco rompía ya el alba al otro lado de las colinas y de los campos, y el mar mezclaba a su alrededor fuegos blancos y azules como frías flores de espuma en millones de jarrones.

Los sublevados permanecieron dos semanas en la isla en forma de letra para descansar y para remendar con seda el desgarrón del zepelín. Las aletas de los tiburones dan vueltas en el golfo azul.

CANTO OCTAVO

ENTRETANTO, LAS BARCAZAS DE LOS PIRATAS, con las bodegas abarrotadas de tesoros —apretujados en cofres putrefactos— procedentes de los saqueos, seguían su camino, rodeados de caballas que asomaban la cabeza entre las olas. Junto a ellos, por los puentes de madera bien bruñidos, se pasean y juegan a las tabas los *palicari* y los *sans-culottes* de Zenaida, dispuestos a dar su vida por la patria. En todo el Levante flota un aroma a cecina tierna...

En el mástil, un grumete escruta con el catalejo los cuatro vientos, pero no divisa ni barcas ni tierra: el eterno mar azul se extiende en su lecho de espuma como la hetaira rubia, grande y voluptuosa que se le apareció a Rubens en algún sueño. Golpeteo de escotillas; *kir* Yogurta aburrido. A su alrededor los piratas se encaraman a las jarcias, sacan brillo a los cañones de las armas, enumeran las golondrinas que surcan el cielo y cuentan los *icosari* que llevan en las bolsas, o besan lánguidamente los iconos y le confiesan sus pecados a san Juan Nepomuceno: de pequeños contaban mentiras. Alguno se disfraza de fante y se viste de mujer: mira cómo contonea las caderas y cómo mueve el trasero mientras el fanfarrón de Lambros toca el tambor. Y así transcurren los días y las noches de estrellas luminosas hasta que los vagabundos divisen alguna tierra lejana.

El sol se pone. El búlgaro, en la colina, conduce su unidad móvil. De repente, detiene a los bueyes con un «¡soooo!» y se apresura a cubrir con un toldo las patatas, las judías y las granadas, pues en la orilla han atracado unos caiques y de ellos desembarcan los ladrones. Yogurta el pelirrojo dirige a los iscarotes, una bandada desenfrenada, a través del maíz, de los sembrados, hasta que llegan al lindero de un extenso bosque. Allí plantan las tiendas, beben, comen y cantan, se sientan en círculo y clavan los cuchillos en el suelo. Las fogatas se elevan hacia las altas e incorruptas estrellas, que nada saben de los deseos, de las pasiones ni de las guerras, ni de esos minúsculos seres que se llaman hombres y que viven esperanzados bajo el azur celestial. Ay, salteadores, que asáis trozos de tocino en la hoguera, la manteca os chorrea por el pecho y

mancha vuestros iconos, ¿cuándo vais a elevar la mirada hacia las estrellas? ¿Cuándo nacerá algún pensamiento en vuestras cabezas, que llevan siempre, como las ovejas, los ojos clavados en el suelo? ¿Cuándo os llegará desde el cielo la noticia de que Jesús se sacrificó también por vosotros?

La horda duerme ahora, cada uno permanece donde hasta hace poco estaba bebiendo el vino, perturbando con su ronquido el verso alejandrino que cincelo desde hace tiempo con la aspiración de hacerme un hueco en el Parnaso o en el Olimpo. Tal y como los carpinteros liján en la orilla la madera, así como pegan los tablones con tuétano, los pintan con barniz y los unen con clavos largos para construir el velero, apoyado de lado en unos postes de cedro e impregnado con petróleo, listo en sus tres cuartas partes pero con el costillar todavía visible, así también construyo yo mi poema: lo releo y lo reviso una y otra vez, relleno con estopa las grietas, derrito alquitrán en los calderos, hago agujeros con un taladro, tallo los cabrestantes para que, una vez botado, no entre una gota de agua. Crítico, tú que siempre tienes en las manos el machete y la vara, piensa en todo esto; tú, que has querido ser un autor inmortal, alabado en cantares, pero que no has podido depositar en el agua fría, plateada, de la Inspiración ni siquiera unos barquitos de papel: ¡si maldices mi epopeya, solo te maldecirás a ti mismo!

La noche conduce tranquilamente sus rebaños de estrellas. Los piratas duermen, duermen también los *palicari* acariciando las pistolas de su cinturón, las bolsitas de pólvora y las pepitas de oro, y soñando, con una sonrisa maliciosa, cómo harán salir de su madriguera al tirano, al Samoderseu. No saben que a tan solo cuatrocientos metros de ellos duerme la infantería turca, soldados armados hasta los dientes, enviados por el pachá de Vidin para capturar vivos y empalar a los intrépidos servidores de Eteria. Duermen los centinelas apoyados en largas varas, los jinetes sobre las sillas de los caballos y los peones, sobre los troncos. Los miserables otomanos sueñan con huríes rubicundas y con mozalbetes rollizos (compruébalo también en Panait Istrati). ¡Turcos!, más temidos que la peste, que las bubas y el carbunco, que en invierno revientan a los bebés en los pueblos y arrojan haces de paja ardiendo a las chozas, que transforman las sagradas iglesias en mezquitas; los terribles turcos con sus cimitarras, esos turcos que no soportan el cerdo ni el vino, como no soportan nada de lo que hace feliz a un cristiano. Con bombachos y turbantes, con propinas y sobornos, han convertido Valaquia en una especie de Bangladesh. Las chiquillas rumanas mueren en harenes indecentes, en los

campos se ven esqueletos de vacas muertas, mientras el vaivoda ordeña el país para satisfacer al sultán; queso, miel y rebaños emprenden el camino del codicioso caravasar que nunca se colma lo suficiente. Ay, nuestro pobre país, ¿queda aún fruta en los silos? ¿Les queda sangre a los rumanos, que trabajan sin descanso? ¡Tal vez algún vecino acepte también ese resto de sangre, vamos, véndela rápido! Ay, a dónde has llegado...

Morfeo ha extendido su sombra sobre los dos campamentos. Pero el ojo cerrado hacia fuera de cada jenízaro, así como el de los heroicos griegos que claman por la libertad, se abre hacia adentro: ahí cada individuo se ve despierto, listo para la batalla, ceñido con un cinturón rojo del que cuelgan el puñal, las pistolas y la pólvora que portan en el interior de un cuerno de vaca repujado en plata; cada uno lleva además un botiquín pintado de blanco, sobre el que se dibuja una cruz o una media luna roja. Todos tienen unas alas de ángel plegadas en la espalda.

Los primeros en liberarse de sus cuerpos dormidos son los turcos: visten mantos color azafrán que brillan como la piritita, los rayos bailan en el filo de sus cimitarras. Pero muchos de ellos, atiborrados de *halva*, caen de nuevo al suelo. Yogurta también se incorpora, batiendo sus seis alas moteadas de perlas. Llama a rebato. Los ladrones alados levantan —una horda enloquecida— el vuelo, dejando a su paso, sobre el valle, una nevada de plumas como de ganso. Al que quería lanzar un juramento se le atascaba la maldición en la garganta y, en su lugar, le brotaba del morro un «¡hosanna!»... Las huestes se encontraron en el centro mismo del valle, sobre un pueblo de búlgaros que se habían acostado como las gallinas, pero que se habían echado a la calle por el estruendo procedente de las alturas. Los aldeanos salen en camisón, contemplan el cielo esmaltado, se santiguan y escupen, pues vislumbran a unos arcángeles que luchan y se embisten entre las estrellas. Empieza a nevar sobre el pueblo, algún que otro ángel cae en un pesebre o en una higuera cargada de frutos y forcejea en ella cubierto de sangre, con un hombro desgarrado. Los campesinos descubrieron que unos eran infieles y otros fieles gracias a los botiquines que los traslúcidos, adormecidos y precipitados ángeles llevaban prendidos al cinturón. Si el caído tiene una cruz en el botiquín, los aldeanos lo levantan del barro y le vendan el ala herida, pero si ven la media luna, los inunda la ira: con hachas y hoces destripan al soldado. La batalla duró toda la noche. La victoria se inclinaba, como el fiel de la balanza, unas veces hacia la banda de los cristianos, otras hacia la de los que rezan mirando a La Meca

sobre una alfombrilla. Los bomberos del ayuntamiento acudieron provistos de bidones y mangueras para apagar las llamas que brotaron en el pueblo debido al estruendo de los mosquetes y al brillo de las cimitarras. Solo cuando el alba se derrama como una pestaña de luz sobre el pueblo, los paganos son dispersados como cascabillo y los espíritus cristianos vuelven victoriosos a sus cuerpos, que se encuentran desparramados bajo las mesas, junto a las barricadas o los cántaros.

Cuando despiertan no recuerdan nada, a algunos les duelen las costillas, unos cojean, otros notan pinchazos en la nuca como si en algún momento les hubieran cortado la cabeza. Se levantan y caminan canturreando entre tomates y pimientos. Pero no llevaban siquiera una hora de marcha cuando descubren ante ellos, sorprendidos, fortificaciones y tiendas deslumbrantes, aunque no encuentran a nadie por los senderos del campamento, completamente desierto. Cuando avanzan entre las tiendas de seda y satén, se quedan atónitos: solamente hay cadáveres por todas partes. Un solo turco, un *hodja* un tanto barbilampiño, es sacado con vida de debajo de un toldo.

—¿Qué es lo que ha pasado aquí, hombre? —le pregunta Yogurta con aspereza.

—¡Oh, alabado sea Dios! Te lo contaré ahora mismo, pero ten piedad de mí. Los que ves aquí han muerto esta misma noche, mientras dormían, como por ensalmo. Creo que ofendieron a nuestro señor Alá.

—¿Y tú por qué estás vivo? ¿Acaso eres distinto a los demás?

—No te enfades, oh, tú, sol del desierto. Yo ayer me tomé un café y no he podido pegar ojo a pesar de todas las vueltas que he dado en la cama. Alá no castiga nunca a aquel que ayuna y respeta el Corán, ¡alabado sea su nombre! —y el turco hizo una reverencia y tocó el suelo.

—¡Perro! —gritó el pirata—. Tienes cara de muecín.

—Pachá de los siete pueblos, yo soy Nastratin Hogeá, y vivo humildemente en este mundo gracias a los acertijos y a los chistes que nacen en mi cabeza. Si me lo permites, te contaré una historia mientras tomamos café y fumamos una pipa. ¡Pero no te enfades!

Pues, como dijo aquel, la ira estropea a la humanidad,

Y

Se enfadó como el vaquerizo con su pueblo.

Pero tú
Ponte como quieras, mas juzga con justicia
Y no hagas como el gitano aquel
Que, al verse emperador,
Ahorcó primero a su padre,
Para que no dijera la gente
Que, además de ser tonto, se caga en los pantalones;
Que, ya se sabe,
El necio, hasta no ser orgulloso,
No parece lo bastante tonto,
Pues, que me perdonen tus honrados amigos,
Dime con quién andas
Y te diré quién eres,
Y
Quien a bueyes se arrima cuernos le salen.
Pero, qué quieres que haga yo,
Hazte amigo del diablo hasta cruzar el puente,
Pues
Más cerca están los dientes que los parientes;
Y
Antes que con el sabio en la brea,
Con el loco en el cielo.
Así pues, queridos,
Dejadme bajo la cama, dejadme en la cama,
Y os ruego que me perdonéis la vida para que no diga la
[gente
Que de la borrachera te espabilas,
Pero de la estupidez no.

Los piratas se quedaron de piedra ante tanta sabiduría. Yogurta se inclinó ante él como ante un prodigio, y dijo:

—Oh, Nastratin, bendita sea tu madre y la religión que tanto te ha enseñado. Pero yo quiero saber cuáles son tus verdaderos pensamientos: dime qué siente el navegante en medio del bramido de las olas cuando el velero se hace añicos

y se hunde. ¿No se le mojan los pantalones antes de entrar en el mar? ¿Qué sientes cuando planea, como un buitre, la cimitarra sobre tu enjuta cabeza envuelta en un turbante? ¿Puede la sabiduría enfrentarse al poder? ¿No callan acaso todas las voces cuando el tirano pronuncia su deseo? ¿Queda acaso dignidad en las almas oprimidas?

—Gran Yogurta, permíteme que te responda con humildad. Muchos son señores hoy, pocos lo serán mañana. El pensador es modesto y apenas tiene qué comer, pero su pensamiento abarca todo lo largo y lo ancho de este mundo. Basta con pasar la página del libro de la historia para ver que el rey desaparece y encontrar, en la siguiente página, otro rey que también se cree grande, pero que se perderá enseguida en el olvido o en la maldición, mientras que el sabio siempre permanecerá en el libro, pues él lo ha escrito, con esfuerzo, de cuclillas. Valiente Yogurta, te contaré una historia alegórica si tú y tus *palicari* guardáis silencio (eso mismo imploro yo a mi auditorio):

EL ASNO Y EL MERCADER

En cierta ocasión, un mercader,
Llevado por sus asuntos,
Llegó a Estambul,
Donde las casas no tienen cercas,
Sino unos muros gruesos,
Para asombro de los transeúntes.
Cuando llegó
Y descargó el fardo de mercancías,
Se presentó al instante un *aga*
Que empezó a amenazarlo:
—Miserable mercader,
¿Por qué has descargado el hato?
¿No ves lo que pone aquí?
(Y empezó a leer:)
Todo vendedor
Que venga al mercado
Tiene que dirigirse al *aga*
Para solicitar, de inmediato,

Un puesto en los tenderetes de la plaza.
¿Me has oído, cabeza de perro?
¡No mereces ser considerado un hombre!
El mercader, después de escucharle,
Respondió de esta manera:
—Yo no puedo
Leer en lengua turca,
Por mucho que intente
Comprender las letras.
El *aga* no lo escuchó
Y, jurando en su lengua,
Arrastró al mercader
Adonde el cadí, para juzgarlo.
El cadí resultó
Ser un asno,
Sentado arrogante en su trono
Mientras movía las orejas.
—¿Cuál es la acusación? —preguntó.
Y el *aga* se apresuró a responderle.
—¡Bien! Lo veo claro.
Tú, barbudo, ¿qué tienes que objetar?
El comerciante, un tanto sorprendido
Con el asno juez,
Se inclinó sin embargo con humildad
Y respondió,
Como un niño,
Que no sabe
Leer las letras
Y que no se ha enterado
De que no tiene permiso
Para descargar el morral.
—He comprendido tus palabras.
Eh, Iusuf y Mustafa,
Lleváoslo de inmediato

Y dadle cincuenta latigazos
Por descargar la alforja.
Otros cincuenta
Por no saber leer
Ni comprender las letras.
Puesto que es infiel,
Le dais cincuenta latigazos más en el trasero.
Ante semejante sentencia
El mercader empezó a gritar:
—Escucha, acémila,
¿Te has visto aupado al poder?
Mejor si te vas al campo
Para rebuznar: ¡hi-haa, hi-haa!
A un orejudo como tú
No le cuadra ser juez.
Pero ¿qué ven tus ojos? El *aga*
Desenfundó la cimitarra
Y echó al asno
Con cajas destempladas.
Luego, con una sonrisa bajo el bigote,
Le dijo amable al comerciante:
—*Efendi*, te pido disculpas
Por mi pequeña broma.
Pero debes saber que si hubieras escuchado
Y respetado el juicio
Te habría dado, sin reparo,
Todos esos azotes en el trasero,
Pues aquel que se inclina
Ante cualquier asno que ostenta el poder
Merece ser azotado
Y honrado con latigazos.

Y así habló el sabio Nastratin con parábolas, rodeado de mercenarios sentados en grupos sobre la hierba, hasta que la noche desplegó sus rosas

sobre los campos. Uno se hurga en la nariz, otro se rasca la papada como un tonto, pero el pensamiento se hace un hueco en cada cerebro y el juicio se ilumina. El hombre no es un animal que se limita a dormir y a llenarse las tripas, sino que atesora —como un diamante bajo el cráneo— la pasión por conocer, por comprender todo lo que hay bajo el sol. Y he aquí que la noche se enciende, el cielo está lleno de asfódelos y, bajo las nubes de cendales plateados, se ven dos lunas: una amarilla arriba, otra lejos, sobre una mezquita, como una cimitarra que hubiera matado a algún dragón en cualquier alma: tú mismo eres el dragón, nacido del sueño y de la fantasía...

¡Lector o lectora (viejo canoso o señorita) que me lees esta noche a la luz del candil, deseando descubrir el misterio del gran Antropófago, de Languedoc y de todos los demás, si supieras cuánto te aprecio...! Créeme, no sé por qué lucho por acabar este poema, esta epopeya mía de *halva* que he puesto en tus manos, señor o señora, cuando tal vez no sea sino una ilusión: no me reporta gloria, dinero ni satisfacción y no sé, no sé, créeme, si tiene algún sentido. Me esfuerzo por excavar un templo en una roca de *halva*, ponerle caramelitos y trocitos de nuez como si fuera *colivă*, anhelando sin embargo que sea un palacio. Ten piedad, graciosa mía, y toma de esta historia solo lo que te guste. La mañana es transparente como la miel. Los *palicari* se levantan rápidamente y se ponen en camino, maldiciendo las sandalias que no quieren entrar en el pie y ciñéndose al talle un cinturón de veinte palmos. Los iracundos revolucionarios avanzan entre campos de maíz. Hacia el mediodía comienzan a oír martilleos de yunque, relinchos de caballos, aullidos, juramentos y cánticos, y ven a lo lejos fumarolas que ascienden hacia el cielo rectas como cuerdas.

—¡Son gitanos! —gritaron algunos, llevándose la mano a la bolsa con inquietud.

Pero la mayoría se alegró, pues pensaban en las gitanas, que contonean sus cobrizas caderas, Radas y Stancas ¹⁵ de faldas fruncidas, con las vergüenzas desnudas bajo los volantes.

—¡Vamos a dar una vuelta por el campamento! —propuso Yogurta, atrapando un piojo de su pecho y aplastándolo con sus sucias uñas—. Tal vez encontremos algo de queso y *mămăligă*... Les preguntaremos por el *bulibaşa*, el rey de los gitanos.

Y los *palicari* se adentraron en el valle verde, envuelto en una bruma

ahumada que se confundía con las nubes blancas de un cielo amarillento, como si lo contemplaras a través del ámbar. En una de las tiendas los avista de lejos un herrero. No describiré el campamento de los gitanos, pues es de sobra conocido por todos gracias a los libros o a sus propios recuerdos: niños desnudos, gitanas con los pechos al aire, etc. También estuvieron de moda los gitanos entre nosotros, en una película dirigida por Loteanu (música de Eugen Doga). Cuando divisaron al cruel ejército armado con puñales en los cinturones, los gitanos se tiraron al suelo: se revolcaban en el polvo gritando, dándose bofetones y arrancándose mechones de pelo. También soltaron algún que otro azote al trasero de las mujeres, haciendo sonar las monedas de sus trenzas ungidas con manteca.

—Ghiorghios, tú conoces la lengua del pueblo gitano, tradúcenos lo que dice este gentío que se revuelca en el barro.

—Se dan puñetazos en el pecho: «Ay, ¡nos habéis confundido con otros! Tened piedad de nosotros. Besamos vuestros pies, no nos matéis, que os fabricaremos buenas cucharas de madera y ejes para las ruedas!».

—Diles que se pongan de pie inmediatamente, que no les haremos daño si nos adivinan gratis el futuro en las caracolas. ¡Pero si alguno echa mano a alguna de nuestras bolsas, lo empalo vivo! Y pregúntales si tienen leche de las ubres de las yeguas y si conocen algún baile que pueda alegrarnos la vista.

Los plateros se pusieron en pie al instante, y algunos empezaron a cantar a voz en grito, mientras otros tocaban los panderos:

—¡Ven, emperador, a nuestro campamento, viva tu padre; ven, y verás cómo saben los gitanos recibir a sus huéspedes! —gritaban los cíngaros con pipas de coral entre los labios. Las gitanas, de dos en dos o de tres en tres, se colgaron del brazo de cada uno de los valientes, que no se cansaban de mirar sus tetas pintarrajeadas. Las mujeres, con las mejillas arreboladas, lucen al cuello collares de conchas teñidas y turquesas. Se llevan a los piratas adonde el *bulibaşa*, sin dejar de canturrear:

*Jagardea, gardea,
Geani no mura...*

La tienda del patriarca es grande, rayada, de muselina, está forrada con el satén más suave y más fino. Un gitano de pecho de toro vigila la entrada con una maza. Todos se tranquilizan y esperan con la mirada gacha.

Como en el amanecer de primavera sale el sol que besa con labios rojizos las corolas de las flores, como salen las palabras amorosas de un corazón enamorado, así salió el jefe de su tienda. Bajo el manto que le llega hasta los talones, viste una camisa de seda violeta, y está orgulloso de sus babuchas de piel fina, morada; en su cabeza bien afeitada luce un coqueto fez de fieltro. Todas las mujeres suspiran por su nariz aguileña. Lleva dos o tres anillos en cada dedo, en sus orejas brillan diamantes, largos filos de acero aguardan fieros en su cinturón: tienen empuñaduras de hueso, al igual que las pistolas de cañones repujados y gatillos dorados. Sería de esperar que su cara fuera negra como el hierro colado. Te engañarías: su tez es tan blanca como si todos los días se lavara el rostro con leche, y sus mejillas parecen llevar colorete. Unos ojos despiertos, de buitre, brillan bajo sus cejas tupidas. Solo una mancha de cuatro puntas, junto al pendiente, marca el rostro del joven como una estrella oscura.

A Yogurta se le desencaja el único ojo que le queda hasta que se le sale de la cabeza, como a los caracoles. Tiembla como una hoja:

—¡No es posible! ¿Estoy soñando? ¡Clávame un poco el puñal, Spiridon! ¡Más suave, canalla miserable! Ay, ¿estoy despierto? ¡Ay, hijo mío, eres Zotalis! ¿No eres tú?

—¡Dado! —gritó el *bulibaşa*, enredándose entre las cuerdas de la tienda al querer arrojarse al pecho de Yogurta, que se había hinchado, peludo, hasta reventar la pelliza.

Asombrados ante un acontecimiento semejante, de esos que suceden solo en los romances, los *palicari* y los chatarreros se dispusieron a celebrarlo y a bailar hasta que la noche los engulló en su concha de cristal.

—Amado hijo Zotalis —susurró el griego intrépido, mientras descansaban ambos entre pesados cojines, tomando café y degustando ricos bocados. Entretanto unas gitanas rellenitas bailaban ante ellos la danza del vientre—. Querido hijo, ha llegado la hora de confesarme ante ti: sí, he matados a niños en la cuna; sí, he bebido aguardiente, he hundido multitud de barcas y he arrojado iconos a las porqueras. Todas las joyas de oro con incrustaciones de perlas, los jarrones acanalados, finos, de ónice y plata, las estolas con escenas de las Sagradas Escrituras, las piedras preciosas, los brillantes, las especias y el jacinto, las esclavas jóvenes, las doncellas de tan solo once años destinadas a vivir tras las rejas del serrallo de algún pachá, el mirto, el café verde de Moka, el dorado tabaco de pipa, las estampas lúbricas pintadas por los

japoneses, y qué telas inglesas, y qué tés de Kitai... Todo, todos esos tesoros por los que saqué y maté, fueron rápidamente cambiados en liras y en pesadas guineas para poder mantenerte en la universidad, para que Inglaterra te diera todo lo que yo, un infeliz, no he tenido nunca. Porque yo no sé ni el padrenuestro, solo sé estrangular y matar.

»¿Y qué oyen mis oídos? En lugar de aplicar tu mente al conocimiento de las diferentes ciencias, de dejar a todos maravillados en los seminarios utilizando complicadas palabras y eclipsar así en el Levante la gloria del maestro Cacavelas, te has enrolado con estos que van de aquí para allá (egipcios, faraones, cobrizos) y te has envilecido con ellos. ¿Así me recompensas por todos mis esfuerzos?

—*Dado*, debes saber que me incliné por la ciencia, pero la encontré vacía. Ella no te enseña qué debes hacer en el campo o en la calle. Los filósofos dicen que ahí fuera no existe nada. Los doctores, ante un cuerpo, balbucean tristes sus latinajos. Darwin, papá Darwin, dice que venimos del mono. Los geómetras dibujan círculos mientras que por las calles vagabundean mendigos humildes, desnudos, que no tienen qué llevarse a la boca, ves familias de trabajadores destruidas por la bebida y, si contemplas el mundo, encuentras injusticia por todas partes: naciones sometidas y un déspota al frente de cada una de ellas. ¿Qué pueden hacer los esclavos de este mundo con unas tablas en las que los senos y los cosenos son tan incontables como las estrellas? ¿Qué saben ellos de precesiones? Los perihelios y el equinoccio no les traen el mendrugo de pan. Esa es la terrible paradoja de este mundo.

»Por eso prendí fuego a los vacuos libros. Siguiendo las huellas de Byron, viajé con caravanas de cristianos que iban hasta Jerusalén. Me encontré por el camino con esta tribu de gitanos y, como en el Cantar de los Cantares, me encapriché de una joven más bella que la luna, de pechos como corzos gemelos. Me anudé un pañuelo en torno a la cabeza y, mira, me hice gitano, porque aquí la vida es feliz, libre como un águila.

—De acuerdo, eres gitano, pero ¿cómo has llegado a ser *bulibaşa*? Eso no logro entenderlo.

—Oh, con astucia, *dado*, pues de tal palo tal astilla. Al amanecer, hace más o menos un mes, salté del colchón de paja gritando con toda mi alma. Todos los chatarreros se levantaron como si sonaran las trompetas del cuartel, y me rodearon. Yo desvelé: «He tenido un sueño de esos que Dios envía desde el cielo en el que se me ordenaba ¡que nadie volviera a llamarme Zotalis! Que

caiga muerto ahora mismo si no es verdad. (Pero yo les encasqueté solo mentiras y falsedades.) Escuchadme, gitanos. Resulta que estando yo en un duermevela, se abrió el cielo y vi un ángel plantado ante mí tal y como os veo y tal y como me veis. Caminaba descalzo por el campo, entre las cagarrutas de las cabras. “Me envía san Pedro para agarrarte del pelo, para mostrarte desde los cielos este mundo maravilloso, y para que puedas elegir un país al que conducir a la tribu y, si así lo deseas, instalarte allí con todos tus gitanos.” Dichas estas palabras, me agarró y me elevó hasta lo más alto, hasta la bóveda celeste, y desde allí vi a Jesús arrastrando su cruz y a José jugando a las cartas con María. El propio san Pedro, en una nube, apostaba a las tabas y, como era muy hábil, lanzaba los huesitos bastante bien.

»Al mirar hacia abajo, contemplé los incalculables tesoros de este mundo. En el Nepal de los maharajás resucita Ramayana. Sus elefantes portan sables en sus largos colmillos de marfil. El zar eleva retorcidas torrecillas. En París, en el Bal Mabille, los jóvenes vagan ociosos y cínicos por los burdeles. En Holanda, las vacas, que a duras penas consiguen arrastrar sus pesadas ubres entre las patas, pastan tulipanes. El escocés, con las rodillas desnudas, caza zorros por los bosques con sus perros mientras hace sonar el cuerno. El Nuevo Mundo derrama jade y oro en Portugal. Pero más maravillosa que todos los países de la esfera terrestre es la feliz Valaquia, es la pródiga Valaquia:

Allí las casas son de carne de cerdo,
Con puertas de lonchas de queso.
Los lagos son de salsa de ajo y salmuera
Y las orillas son de *sarmale*.
¡Es cierto! Al ver todo esto
Crees que son solo historias.

Como un pólipo de cien manos
Los carniceros cortan las costillas,
Desuellan la piel, cercenan las cabezas,
Del amanecer al anochecer.
Por Pascua a nadie le falta el cordero,
Ni por Navidad el cochinillo asado.
El café fluye sin parar:

Todo el que quieras, soluble o natural.
Las locomotoras tienen bielas de cera
Y manivelas como embutidos.
Todas las callejuelas del pueblo
Están empedradas con queso ahumado.
Los tranvías circulan sobre dos salchichas
Y se unen a los cables con espaguetis.
Los niños, por San Nicolás,
Encuentran Toblerone en las botitas,
Naranjas, higos, pomelos
Y todo lo que pidan.

El vino corre espumoso por los canales, en la calle,
Y ves lagos de vodka por todas partes.
El coñac francés
Se saca de los pozos de los patios.
Solo algo resulta sorprendente:
No hay champán por ningún sitio.

Las patatas y las judías son rechazadas,
Incluso por los pobres, con indignación,
Pues se atiborran de trozos de carne
Y de liebres con aceitunas.
Ya no les gustan los pollos dorados,
Y tuercen el morro ante el pescado frito.

¡Qué más puedo decir! Hay estatuas de mantequilla,
Iglesias de mazapán,
Y todos los pararrayos de la ciudad
Tienen en la punta caramelos envueltos en papel de
[aluminio].
En el borde de las calles la acequia rebosa
Pepsi y Coca-Cola.
Cuando muere alguien, lo colocan

En un féretro de jamón cocido.
El cura reza el responso
Y los familiares olisquean el fuerte
Aroma a salazón,
Pues la cruz es de cecina».

»De esta manera, *dado*, yo he embaucado a los gitanos como si fueran unos críos, y he conseguido que todos me sigan encandilados. Ahora me veneran y atienden mis palabras.

—¡Hijo —dijo Yogurta—, si tienes un corazón audaz (entretanto una gitana gorda les había traído unos *baclava*), de ser un pobre *bulibaşa* te convertiré en un auténtico *beizadea*!

Y le relató brevemente la historia de Manoil, mientras se acariciaba el ancho cinturón de piel de lagarto.

—Debes saber, queridísimo Zotalis, que vivimos una única vez en el miserable sueño despierto del mundo. El joven que solo alberga ideales en su ingenua cabeza se inmola por su país. Hay que sacar siempre provecho de su fervor: él sufre en prisión, nosotros comemos *baclava*. Él comienza la revolución y con nobles sentimientos subleva al pueblo para derrocar al tirano, para permitir que triunfen la libertad y la razón. Pero luego nosotros cogemos el látigo y hacemos la ley: nosotros, esos a los que la conciencia no les perturba en absoluto; nosotros, que sabemos que este mundo es solo taberna y burdel, que tienes que coger todo lo que puedas y llegar a lo más alto... Eso es todo. Por supuesto, proferirás grandilocuentes palabras y te llamarás a ti mismo revolucionario, pues no te cuesta nada pelear a puñetazo limpio si quieres vivir bien. Después de la muerte solo hay polvo.

—*Dado* —replicó Zotalis con mirada sabia—, el diablo es tan solo la diferencia entre las palabras y los hechos. Si piensas así, es evidente que te has vendido al diablo. Yo me uno a ti, pero sabiendo muy bien lo que hago. Lo que para ti es el diablo, para mí es Maquiavelo. El mundo no es ni una taberna ni un burdel, sino un tablero de ajedrez en el que el sabio sabe mover las piezas de marfil para acabar rodeando al rey del otro y ganarle la partida. Yo manipulo las cuerdas políticas sin pasión, solo a través de la ciencia. La acción es Dios para mí.

—¡Choca esos cinco, Zotalis! ¡Te reconozco, eres digno hijo de tu padre!

... Y parten; avanza el campamento gitano por la Bulgaria turca dejando a su paso arneses de carromatos, el cielo maquillado con humaredas y el tufo de los osos con una argolla en la nariz. Se pierden entre las colinas de cuentas de cristal y de cobre, llegan por senderos de canela hasta el Danubio, bajo cielos de sangre, cera y petróleo encendido...

Uf, he conseguido rematar también este canto. Estoy horriblemente cansado. ¿Tendrá que pasar un año hasta verlos todos terminados? ¿Permanecerá la maqueta de mi esbelto velero, pintado con un pincel, dentro de una botella ahumada? ¿Para qué? Dos años de mi vida con este juguete... A veces me parece inútil, otras veces lo echo de menos y leo fragmentos al azar... No sé, no sé qué decir. Estamos a 1 de abril de 1988. No brilla el sol ahí fuera. Escribo a máquina en la cocina.

La cocina funciona a todo gas, con todos los quemadores abiertos.

CANTO NOVENO

¡A LA RICA BRAGA!¹⁶ ¡Sésamo! ¡Sorbetes! ¡Delicias de pistacho! ¡Hojaldres que rezuman miel! ¡Azúcar candeal e higos a un céntimo el puñado! Eh, *efendi*, ¿quieres una hurí de trasero gordo? ¿Quieres una esposa? ¿O necesitas una barcaza con las velas extendidas para transportar madera sobre el palacio de las aguas, donde el delfín es el centinela y los jueces, los esturiones? ¿Vas a celebrar una fiesta? Cogeré mi pandero y te cantaré toda la noche: *pa, vu, ga, di*.

¡Giurgiu! Tú, corro de setas que crece en un estercolero, donde la podredumbre y el marjal brillan como el oro, donde los cuellos de las mezquitas se estiran como los cuernos de la luna enroscándose en las torres de las iglesias, donde turcos morenos hacen negocios con moldavos rubios, cambiando afeites y ropas caras por carneros de gruesas colas. Tú estás dentro de mí, dulce y agotado paraíso, tal vez te haya visto con los ojos del nombre de soltera de mi madre: se apellidaba Badislav... Turcos, búlgaros y tártaros derraman sobre mí virtudes y vicios. Por la mañana temprano, los oltenos acarrear a hombros vasijas de crema agria y bloques de mantequilla, y los armenios de Trebisonda ya han llevado al mercado recipientes de cobre repujado. El caviar fresco brilla en los tenderetes dentro de unos tarros grasientos. Las campanas de las iglesias ortodoxas repican a rebato, los cordones de las bolsas se abren y se cierran en el tugurio del cambista, donde *lei, zecchinos*, pistolas y *carboavas*¹⁷ se esparcen sobre las facturas, en los platillos de las balanzas.

La triple turba con la que os he aburrido en el canto anterior (los *palicari* verdosos, los ladrones encorvados de Yogurta y los gitanos de Zotalis) se hacinaba en las callejuelas, caminando con dificultad, pues eran hombres fornidos, entre las paredes de adobe pintadas de rosa y azur.

... Nubes retorcidas como pirulís se curvan en un cielo puro...

De repente, en medio de estas, una vejiga despliega franjas de seda y sombras pardas sobre las cruces y las medialunas, y los vecinos empiezan a gritar a pleno pulmón. Manoil distingue a través de la luneta los dientes

podridos en el interior de las bocas rojas y los ojos abiertos como platos de todo el pueblo. Todos querían comprender qué mecanismo permitía a aquella vejiga gigante flotar en el vacío, eclipsando al sol, como el pendiente que una mujer elegante se prende en el lóbulo de la oreja. Los pescados quedan abandonados en los tenderetes, al muecín de la mezquita se le ha atascado la sura en la garganta, pues todos, grandes y pequeños, salen corriendo, perdiendo incluso las babuchas, para ver cómo los dioses de una rarísima, maravillosa semilla, hacen girar el balón entre sus largos dedos... Languedoc, con un puñal, cortaba en la cabina una sandía y mordía una rodaja jugosa, mientras el monito Hércules roía un tubérculo. Zoe y Zenaida hacían solitarios en el fondo de la barquilla de mimbre. Los vestidos, en otra época voluptuosos, colgaban ahora hechos jirones, como un cuerpo convertido en harapos al final de la vida. Leónidas, cuya barba rebasaba el borde de la cesta y colgaba como una banderola, hacía girar con una llave francesa el tornillo de una maquinaria de la que sobresalían arcos, bulones, cremalleras lubricadas, llaves, así como una lente en la que se adivinaba el arco iris...

El zepelín se acercó despacio al pueblo, navegando en el vacío. Ya está sobre la plaza, enfrente de la mezquita. A los clientes, a los vendedores vestidos de cachemir o de sayal, se les caían las pipas de la boca. Una embarazada que estaba sufriendo los dolores del parto soltó al bebé allí mismo (esto es según *Los hermanos Jderi*).¹⁸ Rápidamente, los ladrones de Yogurta forman un muro con sus fornidos pechos —llevan sirenas tatuadas en torno a los pezones— y la nave aérea echa el ancla en la plaza en la que ya no quedaba ni rastro de gente. Antropófago colocó en un trípode el mecanismo que había acarreado hasta entonces en brazos como si fuera una oca. De repente, de la lentilla del artilugio brotó un rayo fino que recortó en esta epopeya la página del globo, como si fuera una foto rectangular. Por un instante, en el cuadrado así abierto en *El Levante* aparecí precisamente yo, escribiendo el noveno canto en la máquina de escribir: figura alargada, rostro tembloroso; ojos que, obsesionados por su naturaleza, se vuelven siempre hacia sí mismos. Pero Leónidas cosió al momento el desgarrón con un poco de hilo, y los ladrones, los *palicari* y los gitanos, haciendo un terrible esfuerzo, acarrearón la fotografía del globo hasta un sembrado en las afueras de la ciudad de Giurgiu. De este modo sus habitantes pensaron que todo había sido un sueño, pues creyeron que el dirigible había sido tan solo un fantasma

borroso, y volvieron todos a ocuparse de sus asuntos.

¿Quedó algún recuerdo de este suceso?, me preguntas. Sí, pues la casualidad hizo que el señor Tripanosoma, un poeta que elevaba siempre al vaivoda encendidas alabanzas y que se inclinaba humildemente ante sus pies, dirigiéndose siempre a él como «Orgullo de nuestro noble pueblo», se encontrara entonces en Giurgiu, invitado por uno de los gremios para leerles a los jornaleros de los muelles y a los pinches de las lonjas de pescado unos versos sobre un nacimiento en un pesebre (los prebostes cumplían también así un punto de la programación cultural). Al ver la vejiga desplazándose lentamente por el cielo, el poeta mojó la pluma en el tintero de su cinturón y compuso un soneto allí mismo:

ANTE LA SORPRENDENTE APARICIÓN,
LA VEJIGA SURGIDA SOBRE EL PRINCIPADO
DE GIURGIU EN EL AÑO 18...

En tiempos de los romanos, cuando Numa Pompilio,
Rey hechicero, lleno de sabiduría,
Se perdió por caminos que no conocía
Ni el cordero de Cristo, que glorifica a su madre,

Aparecieron en el cielo unos círculos de luz,
Como relata Plinio el Viejo,
Que conocía también las piedras preciosas y la col
Y escribió sobre todo ello en la *Historia de la Naturaleza*.

¡Oh tiempos, oh costumbres! He aquí que también hoy
Los pueblos reciben señales del cielo
De donde la Providencia ve solo

Maldades. Pero vosotros, loados boyardos,
No temáis: sois el orgullo del mundo
Y Dios no os ataca nunca.

Lector, cuando lees mi epopeya aparecen en tu fantasía escenas como

vidrieras. Yo no puedo describirte cómo se abrazaron Manoil y Zotalis al reencontrarse: la pluma es un trapo, el sentimiento está por encima de ella. Nastratin, por su parte, fue también aceptado jubilosamente en la revolución, pues, a pesar de ser turco, está en contra de la tiranía y de la maldad, y su espíritu es el de un ciudadano del universo. Todos se sientan en torno a las hogueras, contemplan los bailes, escuchan los cánticos, arrancan a hurtadillas trozos de cabritos asados en espetones... Luego disfrutaron del sueño, juntos, a la sombra del globo.

Manoil, espíritu noble, solo tú te has apartado, solo tú estás despierto, efigie inmortal de la Libertad y de la Poesía, que son lo mismo, eternamente. Tu columna vertebral es el eje del mundo, el árbol santo. Eres el eterno sacrificio, pero, tras este sacrificio, los que te han escarnecido con saña te elevarán a los altares e inclinarán con avidez su carne, sus cartílagos y su sangre ante tu espíritu. Pero tampoco tú, Manoil, con tu frente alta y tus ojos cristalinos, con tu nariz temblorosa, eres otra cosa que un sueño, como todos los demás; una rosa abierta, con mimo y voluptuosidad, en mi mente. Te sientes libre en el valle, junto al fuego; sostienes en la mano la flor de la tarde, que se dobla sobre las iglesias y las mezquitas, cubriéndolas con ribetes de pétalos y estambres entre los que se han escapado las estrellas: mecanismos de cristal que se balancean en el viento produciendo un tintineo melancólico. Pero también tú eres tan solo un personaje de papel y de vacío. Te puedo matar ahora mismo, puedo convertirte en traidor y en Judas, en rey o en el monje de una ermita. Mira, te cojo en mis manos, te levanto como a un muñeco, escribo otras líneas en la palma de tu mano con una pluma diestra: puedo incluso arrancarte del papel de mi máquina de escribir. Ahora asomas el cuerpo hasta la cintura fuera de la fábrica de sueños y, como alguien que despertara bruscamente, miras a tu alrededor parpadeando: una cocina pequeña se perfila ante tu mirada. La taza de café sobre la mesa, los platos sucios en el fregadero y, clavando su mirada en tus ojos negros, un hombre con un anillo posa los dedos sobre un teclado ceniciento. Has subido ahora un escalón de los miles de escalones del mundo. ¿Qué es la Poesía? ¿Qué es la Libertad si el mundo tiene miles de olas de crestas espumosas, si los creadores y las criaturas forman una cadena infinita?

Pero ¿qué demonios estás haciendo? ¡Suéltame, mira, me has rasgado la manga! ¡Déjame, respeta el pacto, qué diantres! ¿Qué es lo que quieres? ¡Vamos, suéltame la mano! ¡Suéltame los dedos de una vez! ¡Me has hecho

daño en el labio! ¡Tú no eres de este mundo, no tienes nada que hacer aquí!
¡Tú tienes otro grado de realidad, por Dios, y sin embargo, qué manos tan fuertes! Ay, poeta, soñador, Señor, por qué me habré puesto a escribir esta historia, en qué estaría yo pensando, cuando todos están locos por la actualidad, cuando se escribe poesía de la realidad, la poesía que baja a la calle, cuando —¡uf, me ahogas!— todo el mundo se ha cansado de metáforas, de imágenes, del estilo recargado, de adornos, filigranas, arañas, diablos, solo me hacía falta una epopeya oriental que me tenga paralizado dos años y que — ¡crac! ¡Cretino, era una taza cara, sesenta *lei*, oh..., hum..., porcelana fina, para que te enteres!—, sí, que me reportará, si se publica algún día, solo comentarios irónicos... Ajá, yo también te he agarrado del pelo, espera, no te muevas, qué diantre, vamos a ponernos de acuerdo, uf, Pirandello, y *Nibola* o *Nevola* o como se diga, en fin, *Niebla*, uf, mira cómo está sumergido en la epopeya hasta la cintura, como un portero de waterpolo, chapoteando en el agua, y entretanto yo tengo que decir algo inteligente sobre el posmodernismo... ¡Ihab Hassan, iha, i-ha! ¡Ese es Nichita, no, no! ¡NO, NO, NOOOOO! ¡Cristinaaaaaaaaaa, Cristinaaaaaaaaaaaaaaaaaa! ¡He probado un trozo de *El Levante*, déjame, demonio! ¡Manoil! ¡Puaj! ¡Qué sabor..., *colivă*..., *halva*..., adivina! ¡*Salep*! ¡Noo...! ¡Pistacho! Noooo... levante levante levante levante levante... ¡Quita la mano de la silla, que sepas que te estoy tocando! ¡Cuánto te quiero! ¡Con el mazo del mortero! ¡Espera! ¡Espera! ¡Aaaaah! ¡Cri! ¡Cristinaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaa! ¡Espera! Me has matado, déjame un momento, solo cinco minutos. Un armisticio. Después, Dios dirá. Solo para escribir esto:

YO, MIRCEA CĂRTĂRESCU, HE ESCRITO
E L L E V A N T E
EN UN MOMENTO DIFÍCIL DE MI VIDA,
A LA EDAD DE TREINTA Y UN AÑOS,
CUANDO, SIN CREER YA EN LA POESÍA
(TODA MI VIDA HASTA ENTONCES) NI EN
LA REALIDAD DEL MUNDO NI EN MI
DESTINO EN ESTE MUNDO, HE DECIDIDO
OCUPAR MI TIEMPO INCUBANDO UNA ILUSIÓN.

Y ahora ahora dioniso las líneas con telarañas y la
araña cegador cegador y olas olas olas olas olas olas olas
olas olas olas olas olas olas olas olas olas socorro olas
olas socorro olas olas olas olas olas olas olas soco-
rro socorro olas olas olas olas olas olas olas olas olas
olas olas olas olas olas olas olas olas olas olas olas olas
olas olas olas olas olas olas olas olas olas olas olas olas
olas olas olas olas olas olas olas olas olas olas olas quásares o-
las olas
olas olas olas olas olas olas olas olas olas olas supergalaxias
radiogalaxias olas olas olas olas olas olas
olas olas olas olas olas olas
galaxias galaxias galaxias galaxias estrellas
galaxias galaxias galaxias galaxias
estrellas estrellas estrellas galaxias
estrellas estrellas
estrellas estrellas estrellas estrellas
estrellas estrellas estrellas estrellas
estrellas estrellas estrellas estrellas
estrellas estrellas estrellas
estrellas estrellas
estrellas

Y en la profundidad más profunda de las estrellas me he despertado debajo del globo de seda junto a Manoil, que se embute las chorreras de la camisa bajo el chaleco y se frota un moretón que le ha salido debajo del ojo. Llevo poca ropa, solo unos pantalones vaqueros y mi jersey de rayas blancas sobre un fondo morado. Pero me caliento los dedos en el fuego de las ramitas secas. A mi alrededor los piratas roncan, más fuerte de lo que me imaginaba, junto a las gitanas que tienen los muslos desnudos bajo sus faldas fruncidas, en busca de diversión. Enseguida veo a Yogurta, ese que ya de niño aprendió solo a maldecir y a robar, a Leónidas roncando junto a Zoe, las estrellas orlan su barba con un encaje de plata y, finalmente, un poco más lejos, acariciándose con ardor, uniendo sus dulces labios y jurándose fidelidad bajo la protección de Cupido, ese chiquillo misterioso, a Languedoc y a Zenaida sobre una pila de heno. Todos existen, todos respiran, ninguno de ellos sospecha que vive en la prisión de la profundidad de un folio. Me pregunto qué cuerpo enorme estará sentado ahora a la mesa ocupando mi lugar, escribiendo a máquina en la cocina. Tal vez a partir de ahora la máquina de escribir teclee ella sola para que estas páginas no queden incompletas y desoladoras. Puede que, igualmente, la epopeya escriba por sí misma su final, que cobre vida propia, como las colas desgajadas de la lagartija. La cuestión es que me he convertido en un personaje insignificante de la historia, como un escarabajo atrapado en una bolita de resina. Manoil me despierta de un sueño profundo:

—Mircea, mira el cielo: ¡qué dragón de trinitrotolueno! Mira los millones de estrellas entre las hojas del carpe: son noches extendidas sobre noches, extendidas sobre noches, son noches en noches en noches a través de noches, un remolino de constelaciones, un *clínamen* de llamas. Estrellas que nacen y estrellas que se acoplan, estrellas que mueren y estrellas que piensan, bailan, lloran, naciones de estrellas que conquistan naciones de estrellas las pasan por el filo del sable, pues la bóveda celeste refleja en su estrellada infinitud toda la vida y toda la muerte, como los aros entrelazados que se le aparecieron al profeta Ezequiel en Cedrón. ¡Todo esto en la noche de las noches, alfombra preciosa y florida!

Bajo la arcada de los astros, Manoil y yo, minúsculos, vivos, pero nacidos de las letras trazadas en el libro, trenzamos nuestros dedos para caminar despacio entre los que duermen bajo la lluvia de estrellas, bajo su luz y resplandor. Llegamos a un lago de aguas que gorjean latiendo lentamente, reflejando entre sus pestañas una infinidad de llamas, provocando la

meditación de todas las almas, de todas las mentes. Un poema nació de mi sueño. Aquí está, lo escribo para ti:

Desciendo los escalones cenicientos de la escalera helada
Entre ramas de abeto y rosas que en el ocaso llameante
Desgarran el velo del atardecer con sus duras espinas
Y extienden heridas silenciosas en el cielo con vagas líneas
De púrpura y oro, de nubes que fluyen
En una penumbra rojiza como las ubres, en verano,
Del escaramujo que se columpia en su rabito seco.
Duerme el lago como el ojo de una mujer, voluptuoso
Y castaño, donde los peces que nadan temblorosos
Brillan con sus cálidas escamas de ámbar y trazan anillos
[en las ondas.

La luna repuja con rubíes el empedrado de cristales.
Los sauces que huelen a algas sacan las raíces a la orilla.
Las nubes arrojan fuego inquieto y sangre en los nenúfares
Como en crudas, rosas y blandas copas.
Los bancos se cubren, entre las hojas muertas, de luces.

Cisnes perezosos dejan una línea de fuego en las ondas
Y se sumergen en las sombras oscuras del ocaso,
Donde protegen la cabeza bajo alas de plumas duras
Y espesas, hasta que les invade el sueño
Y permanecen inmóviles, atrapados en sueños fluidos.
¿Yo? El sufrimiento me adoptó como hijo secreto
Y la nostalgia por los tiempos remotos
Me expulsó del centro de un mundo podrido y lloroso.
Estoy solo en la orilla envuelto en el gran manto
Del frescor y de la niebla en el zumbido sombrío de la
[cremallera de los vaqueros.

¿El mundo, dices? Pero ¿qué es el mundo? Alma gemela,
¿Has pensado alguna vez en el minúsculo globo de tierra

En el que, desde Mosul hasta Leipzig, de Alaska a Yemen,
Levantamos sus túmulos millones de hombres
Empujados a la muerte solo por haber nacido?

Solo porque una Mártir iluminada por el sufrimiento
Dio vida, en un lecho lleno de sangre, a un hijo
Con un diamante en el cráneo, bajo una capa de
[arterias,
Toda la humanidad, de error en error,
Se evapora como una cascada que se pierde en el desierto.

Pues la mente es una mezcla de contrarios sin remedio,
De cinismo y pena, de estupidez y de genio.
Existe un único hombre, que endereza los siglos
[destrozados.
Son del mismo signo el famoso Homero y Rimbaud,
Y gemelas son la cuadriga y la nave espacial que se alzan
[en el vacío.

Está nuestro globo rodeado por mundos diferentes,
Por cometas juguetones e incontables planetas.
Fuegos-fuegos, sobre pueblos y bosques, mudas estrellas
Iluminan, tenues y secretas, conducen por sus caminos
A los valientes navegantes, a los pescadores diligentes.
Pero ¿cuándo has contemplado tú las estrellas, urbanita
[de rostro pálido?
¿Cuántas veces has querido sorber la ataraxia de su seno?
Atormentado por alguna idea, ¿has comenzado alguna
[vez la lucha?
En el espejo de plata has contemplado tu imagen
[torcida
Y has fabricado contigo mismo los barrotes de tu cárcel.

¿Quiénes somos? No se sabe. ¿Qué hemos sido? Solo

[ilusión.
La vida pasa como la brisa entre las ramas del manzano,
Como el centelleo provocado por un átomo en una
[pantalla.
Trabajos y cañerías, receptores y batidoras,
Y de vez en cuando una mujer en brazos;
Después un gusano codicioso —ese es el destino del
[hombre—.

Dirás, triste doncella que lees mis versos,
Que el mundo me ha herido y que por eso lo veo tan
[cruel,
Que en el mundo también brilla el sol, que en los
[cementorios
Graciosas flores abren las corolas bajo un cielo sereno,
Que en el mundo cantan los ángeles y que solo yo no los
[oigo.

Pero ¿qué sabes tú, niña? Tus ojos bajo la luna llena
Solo las corolas frías, de plata marchita, de un lirio
Han acariciado con sus largas pestañas. Incluso tú eres
[solo tierra:
Bajo tu camiseta de Shakin' Stevens y bajo tu seno
[luminoso
Tu horrible esqueleto triunfa sobre ti.

Yo también creí una vez en el amor. Escribí un libro
Que puedes encontrar en el fichero de la B.C.U.¹⁹
Pero bajo la transparencia de la carne vi la muerte
[atroz,
Y bajo susurros y desmayos la vileza de un destino
Que cumple solo sus propios fines.

¿Dices amor? Dices procrear. ¿Pasión? Instinto que quiere

Vernos marcados, como reos, con el hierro candente.
Perdidos sin salida en el reino de escaparates
Y de intestinos retorcidos y de sabor a lejía,
Somos atraídos por nuestro propio rostro hacia las
[mujeres.

Ay, nada de los temidos arcanos nos despierta.
Ay, nuestra mente teje una pesada alfombra.
Ay, nada es real: cintas magnetofónicas
Que borras cuando quieres, imágenes en extrañas
[pantallas
Que celebran en la tierra la flor marchita de la vanidad.

¿Crees ser? Pues mira, dejas de ser antes de acabar la
[idea.

Espléndidas civilizaciones han vuelto a la nada.
Las estrellas más brillantes se disuelven al final.
No oyes con los oídos y no ves con los ojos
Nada que no sea ilusión y sueño insípido.

Ni la divina poesía, candela que da brillo
Al mundo, otro montón de basura, de maquillaje
[grasiento y rancio
De tubos de camiones, de contenedores, de cables,
Puede llenar la copa de la vida con esperanza y amor.
Nadie inclina la frente ante el canto de un bardo.

Las estrellas se han encendido en el cielo, titilando como
[diamantes,
Y su imagen tiembla en el lago silencioso, de ámbar.
Duermen en los juncos susurrantes las amantes de los
[sueños,
Los cisnes se balancean bajo los elegantes sauces
Y las medias lunas se ven al fondo del decorado.

Señor, dame solo esto: capacidad de resistir hasta el
[final

La magia y el suplicio de la vida, sin asustarme.

Haz que me lleve a los labios la rosa de barro

Y que en el último instante

Te devuelva íntegra la copa que me diste, la

[Desesperación sin límites.

Manoil, al romper el día, me presenta a todos: a los ladrones que se lavan los sobacos en barriles, a los gitanos que se rascan y a los nobles héroes:

—Este es *efendi* Autor, mercader de los países helados. Trae una carta del Sueco al insigne Othon para que levante en armas a los países orientales y subleve a los cristianos, pues él le enviará un refuerzo de diez mil arcabuces de cañones recortados. ¿No sois capaces de mirarle a la cara? No os asustéis: tampoco la novia puede contemplar al principio al novio, pero aprende con el tiempo.

—Joven —intervino Zoe—, vistes de forma más extraña que Robinson, y tu llegada ha sido como la suya. Pero no te culpo por ello. Dime una cosa, ¿en tu país hay tiranía o libertad? ¿Puede el perseguido levantar la voz en medio de su desgracia o si lo hace lo apresan de inmediato y lo llevan adonde el alguacil, para que lo encierren en el calabozo y se reforme, y pague el atrevimiento con su libertad y con sus dientes destrozados?

—Ay, distinguida señora —empecé con voz temblorosa, pero un estruendo y el brillo de unas estolas me dejaron sin palabras. Y de repente vi que la llanura se había cubierto por una muchedumbre.

A caballo, a pie, con pendones, con incensarios, con dioses, llegaban negros acarreando ídolos que hacían muecas en rojo y en verde, indios gordos como Buda que mostraban bajo el baldaquín una vaga sonrisa y un párpado cerrado. Eran zulúes tatuados, maoríes, japoneses que volaban cometas de seda bajo unas nubes retorcidas como kimonos en torno a un talle delicado. Las gentes de Israel bailaban lentamente con la Torá en los brazos. Cristianos de Lima acudían con copas de chocolate —para ellos Cristo y Quetzalcoatl eran el mismo dios—, seguidos de chamanes bororo emparentados según las reglas estructurales descritas por Levi-Strauss. Venían musulmanes en camello y

franciscanos en burro, y una multitud de ortodoxos con barbas hasta la cintura, iconos pintados y nimbados con pan de oro. Luego llegaron los camboyanos, que adoran a los dragones: traían jarrones esmaltados, delicados como pavos reales. También vienen los anacoretas que llevan al cuello crucifijos atados con una cuerda, grupos y más grupos diseminados por el valle, esqueléticos y peludos. Tras ellos, obispos vestidos con hilo de oro y mitras con incrustaciones de esmeraldas tan grandes como huevos. Cismas y sectas se mezclan en los senderos cubiertos de rocío. Los indios pies negros les pasan ceremoniosamente la pipa a los pastores, que exhalan el humo por las fosas nasales mientras un derviche se atraviesa el rostro con un estilete. Toda la llanura huele a hachís y a incienso. Se elevan al cielo salmodias gregorianas, pesados gongs de las pagodas, salmos y ritmos hawaianos, odas e himnos.

Todos se detienen ante nosotros vestidos de arpillera y seda. Depositán las ofrendas en el suelo, y un viejo que separa las pestañas blancas con el bordón, pues le llegan hasta los talones, dice (traduzco a continuación sus palabras para que podáis comprenderlas):

Te he buscado por todas partes. Entre el llanto del niño
Recién salido del útero y el velo
Del ojo del que debe morir.
He sentido que esto no es todo.
¿Por qué nos atormentas? ¿Por qué la luz de las estrellas
Y el brillo del ala de la mariquita
Nos hacen intuirte?
¿Por qué apareces fugitivo
En el aroma de las hojas de hinojo?
Siempre sospecha, presentimiento, siempre en el subtexto,
[siempre subliminal,
Siempre en el corazón, en el fondo del corazón,
Siempre advertido en la química de la célula, en el
[crecimiento del embrión,
En el remolino de las lenguas de fuego...
Nunca visto, oído, olido, saboreado, palpado.

Al pensarte, te pienso mal. Cuando sientes

La fetidez del cerebro, te alejas. Nadie, nunca,
Te ha pensado bien. Pues tú estás más allá
De la membrana de mi cerebro
Y de mi piel,
Y de la piel que viste el mundo. Tú eres quizá un mundo
[hombre
Que acaricia los pechos de mi mundo, que besa sus ojos.
Tú estrechas quizá nuestro mundo entre tus brazos
Y tal vez penetras en su vientre,
Y tal vez yo sea el que va a nacer.
Yo te quiero como a un padre perdido,
Como el huérfano que contempla la foto de su padre.

Lentamente, recupero el equilibrio.
Enseguida acabará nuestro diálogo.
Te doy las gracias por la muerte y la putrefacción
Y por este punzante olor a fresa,
Así como por el aspecto áspero del revoque.
He visto el mundo.
Entre la muerte y la vida,
En esta escala he paseado mi cuerpo.
Conozco las venitas del pétalo de la flor de la fucsia,
Conozco la tortura de los celos,
Conozco el vientre amarillo de la avispa.

El viejo calló y las pestañas cayeron sobre sus ojos. «Ni en el Talmud ni en los conjuros, ni en el Corán ni en los Salmos se encuentra Aquel que te concede el destino y te señala qué puedes decir: todo es un embrollo de letras, parodia, escritura. Si un amor desgraciado te desgarrar, es tan solo una figura retórica, un adorno que Dios pone en las páginas del libro para quién sabe qué simetría del relato. Si eres un sabio que jura por Torricelli y Newton, te pierdes en las ilusorias leyes del sueño con las que el Autor embellece su obra: él, que puede urdir un mundo al revés donde la causa siga al efecto. Si eres teólogo, te toma el pelo todavía más: te arrastra con los ídolos, te inclina ante los iconos, inventa oraciones, mezcla mitos y ritos en un yugo que aplasta

tu cuello, apartándote de la luz, pues no hay espejismo en el que no haya creído el hombre...» Todo esto habría querido decirles a los que se inclinaban, exaltados, ante mis pies (pues de repente habían percibido, con su delicado olfato, a Dios, y habían acudido a mí desde todos los rincones del Levante). Me di cuenta de inmediato y quise hacer un milagro.

Tendí mi mano hacia ellos y al instante la muchedumbre aturdida se fundió en el vacío, como los fantasmas de los que se defendió san Antonio con el signo de la Cruz.

CANTO DÉCIMO

FANTASÍA, FANTASÍA... ¡Forma que encierras la falta de forma, susurro que susurra el silencio en el que brilla el cloroformo como el vino que rebosa del Santo Grial! ¡Funeral disfrazado con colores de carnaval! ¡Sueño preciso como una regla de cristal y, sin embargo, blando, como si la regla se hubiera fundido y la escuadra hubiera perdido el ángulo recto bajo un sol que transforma el infinito en una gota de agua, globo de cuarzo y huevo de otros universos, cronotopo! Mi carcajada, tú eres *El Levante*. Tristeza e inquietud, vosotras sois la orquídea a la que canto en las mañanas encendidas, a la luz sombría del café del espejo. La vida se me escapa de las manos, banal y enmohecida: escuela, casa, parientes, enfermedades... ¿Qué sería de mí si no existieras tú, fantasía alada, brazo de mármol que sostienes mi cerebro en tu palma fría, para que pueda trazar en él la línea de la vida y del amor no compartido? ¿Qué sería de mí si no escribiera *El Levante*, si no ansiara el trono desde el que Metatrón vigila los mundos ilusorios? ¿Si no me atreviera a escribirme a mí mismo? Déjame esculpir un mundo, aunque sea en *halva* y en caramelo, ciega fantasía... De lo contrario, no sé para qué vivo.

«¡Eh, monsieur!», gritó Yogurta. Y Languedoc le respondió: «*J'arrive!*». Y entramos de nuevo en Giurgiu. Manoil me había conseguido ropajes orientales de brillos sedosos, con bombachos que se perdían, por abajo, en zapatos abrochados con botones de oro. Prendió pendientes en mis orejas y, en el cinturón de dos palmos de ancho, un puñal con una fría empuñadura de colmillo de elefante, tallado con ciervos, gavilanes y temibles leopardos. En la cabeza me colocó un fez de fieltro que daba risa y en los dedos, unos anillos que lanzaban llamaradas y destellos... Caminábamos junto a cercados de pistachos que olían a trementina, entre chozas con adelfas, entre incontables tenderetes, entre bosques de mezquitas: un laberinto de podredumbre, de fango amarillo, de sudor, donde entre la multitud destacan el rostro de alguna hurí o un jamelgo esquelético arrastrando una cuba de agua, o algún genio de Halima en una alfombra voladora...

Me esperaba que este mundo se viera por dentro lleno de lagunas, que no fuera sino barniz y pomada, que no tuviera consistencia, ni color, pues era un

mundo inventado, solo capricho y solo perfume. Pero ahí tienes una pulga que salta de la barba de un cadí, mira esa florecita en la hierba con los pétalos húmedos de rocío. Mira, una odalisca parpadea con sus pestañas bañadas en kohl: distingo claramente cada hebra de su cabello, veo, girando en torno a la cadera, sus volantes espumosos. Cojo un puñado de tierra y cuento cada grano: todo es real en mi libro, al igual que en el mundo del que procedo. Lo que describes existe y respira con naturalidad.

La noche extendía su sorbete de naranja, enturbiando la copa blanda, plateada, de los fantásticos cielos. Largas sombras empiezan a brotar de los pachás: largas barbas y medias lunas que se trenzan en la tierra, como se trenzaba también el crujido del eje del carro con sonido del pandero y el de la bomba de agua. Yogurta canturreaba para sus adentros, cuando, de repente, del maíz salió, monstruo jorobado, una vieja desdentada, sonriente, que llevaba un bastón de morera en la mano y vestía unos harapos oscuros:

—*Efendi* (su voz apesta, arrastra las palabras como colas de culebra), no te fijas en mi joroba ni en mis tetas marchitas, créeme: a través de esta boca te habla ahora mi señora, Hermina. Vosotros, príncipes que buscáis luz en este mundo horrible, seguidme y os guiaré directamente hasta ella.

—Desgraciada —respondió huraño Manoil—, ¿cómo puedo saber que no me mientes?

—Mira: *ıtaruki!*

—*ıPaluki!* Veo que, o bien eres de los nuestros, crees en la revolución y perteneces a un pueblo heroico, o has descubierto, con perfidia, esas palabras sagradas que algún infame confesó bajo tortura. Pero, en cualquier caso, ¡adelante! Vamos, llévanos hasta ella.

Y todos siguieron a la vieja por aquel reino dulzón. La noche abre su capullo de miles de pétalos carnívoros, las callejuelas se vuelven untosas cuerdas de mandolina que cantan una canción extraña como los sueños de los derviches. La luna sale, diezmada, tras una torrecilla, como una propina depositada en la mano de una nube. Languedoc y Zenaida, Leónidas y Zoe y Nastratin avanzan a ciegas bajo la oruga de la tarde. Manoil, Yogurta y yo los seguimos, y Zotalis viene el último. Nuestros pendientes y cimitarras tintinean por las tortuosas callejuelas. Las largas falanges de la vieja, moviéndose como patas de araña en la tela de la noche, nos guían hacia una iglesia. Los sacristanes son esqueletos colgados del badajo de las campanas. A la cruz del tejado se le ha caído la viga transversal, parece ahora una flecha que señala hacia los cielos

desde la torre retorcida, cielos dorados y vacíos, cielos de huevos sin pollos... Pesada iglesia aterradora, empedrada, Malpertuis...

Las paredes del pórtico están recubiertas de iconos torcidos, parecen pintados por Soutine con sus colores chillones. No representan a María con el niño en brazos, sino a un hombre que sostiene a una niña regordeta y desnuda. Sobre el gran crucifijo que vigila el altar no está clavado Jesús, sino una mujer cuyo cabello cae en rizos hasta la cintura, rezumando gracia divina que gotea en forma de zarcillos y bucles sobre sus senos transparentes. En el triángulo de sombra entre las caderas, bajo el vientre, un ojo ha abierto el párpado y brilla hechicero, un ojo que los audaces sublevados conocían bien: era el mismo que en el quinto canto apareció de repente entre las nubes.

—¡Blasfemia! —gritó el tuerto llevándose la mano al puñal del cinto.

—Anticristo —masculló también el zuavo con el rostro encarnado.

Pero todos callaron, pues la vieja comenzó a cambiar de aspecto, y se apartaron asustados. (Musa que una vez pretendiste ser mi esposa, sentía a menudo tu palma de cera en mi hombro mientras me inclinaba sobre mi máquina de escribir, pero la sombra de tu suave cabello oscurecía mi manuscrito, así que dejaba el poema o la novela, me levantaba y te llevaba en mis brazos jóvenes hasta el mullido sofá, donde, entre tiernos arrumacos, imaginábamos letras nuevas impresas en la sábana como si fuera una página gigante. Musa que siempre vuelves tus pestañas hacia otros, tú le contaste a alguien que Circe había convertido a los griegos en cerdos, y a otro le susurraste al oído algo sobre Proteo, un monstruo que lleva a otros monstruos a pastar, y al toscano le hablaste de serpientes que se transforman, fundiéndose, en bandoleros, una alucinación provocada por el hachís. Ayúdame también a mí, aunque no sea ya joven, a sacar de mi mustio cerebro alguna estatua de barro, algún cántaro sobre el que dibujar con el dedo una metamorfosis. Lector, esta hoja contiene una filigrana. Nictálope, lee entre líneas:)

De repente, la carne de la vieja empezó a brillar como los miles de astros de la bóveda oscura y se esparció por el aire ocre, sofocante. De los pulmones, de la piel y de los intestinos brotaron galaxias que se alejaban rápidamente unas de otras. Con las vértebras se formaron cometas, soles, planetas gigantes y enjambres estelares, hasta que la ermita al completo se transformó en un microuniverso. La grandeza de su ser no puede ser pensada ni hablada. Y de los miles de miles de vuelos de las peonzas entrecruzadas, de los

derramamientos de brillantes, topacios y zafiros que brillan, nacen, titilan y mueren, se alza el coro de miles y miles de bocas, un coro extraño que solo la armonía de los mundos puede elevar más allá de la mente, del ser, de la vida, de todo límite:

*Todo es escritura,
Todo es holón,
Mundos planos se entrecruzan
Para formar mundos redondos.
El mundo estalla en el Génesis
Con el estruendo del Apocalipsis.
Mundos contruidos en mundos se nutren
De la ilusión y el eclipse.*

Solo el poeta y la poesía,
La conciencia y el destino,
Pueden animar la existencia
Y pueden definirla por completo.
Sorbes lo real por la nariz
Y expiras sueño sin cesar.
Todo es manuscrito,
Todo es escritura.

El mundo, en escalones infinitos,
Se hunde en las alturas y en el abismo.
En el cielo es compacto y perfecto
Lo que es poroso en el abismo.
Miles de torres de Babel, retorcidas,
Forman Babilonia.
Ya ascienda o descienda,
Todo es holón.

Los mundos creados crean mundos:
El escritor es un personaje
Que a su vez imagina

Otros muchos personajes.
Estos cogen también su pluma,
La mojan en odio o en amor,
Y en su hoja inmaculada
Mundos planos se entrecruzan.

La fantasía es el dios
Asintótico que ha imaginado
El león que devora al león
Que ha devorado al león.
¡Qué vértigo cuando tu mente cae
En el abismo de los mundos!
Las hojas se acumulan en legajos
Para formar mundos redondos.

Entre los mundos, solo intervalos
Infinitamente pequeños y grandes,
Intersticios y grietas
De cristal o de tierra.
Todos crujen, todos vibran
Como un tacón o como la tecla de un piano
Cuando, como un huevo que se resquebraja,
El mundo estalla en el Génesis.

Inclinado sobre signos
Que son estrellas en otro mundo,
El escritor parece el rey
De un país de espuma.
Pero él mismo es un fantasma
De estopa y de aserrín,
Una pluma lo escribe también a él
Con el estruendo del Apocalipsis.
Arriba, en la cúspide de la gran espiral,
¿Hay acaso Uno que se ha escrito

A sí mismo
Fundiendo la realidad y el sueño?
¿O esa infinita espiral
Es también ella tan solo una letra
Con la que, noche tras noche,
Mundos contruidos en mundos se nutren?

Y entonces tampoco la fantasía
Es más que polvo.
No podrías percibir la grandeza
Del texto ni aunque fueras un ángel.
Hipertexto e hipermundo
Que no caben en mentes de yeso,
Solo Él se salva de la nada,
De la ilusión y el eclipse.

*Todo es escritura,
Todo es holón,
Mundos planos se entrecruzan
Para formar mundos redondos.
El mundo estalla en el Génesis
Con el estruendo del Apocalipsis.
Mundos contruidos en mundos se nutren
De la ilusión y el eclipse.*

Las galaxias y los cuásares brillan de repente con más intensidad, trazan líneas amarillas en los filos de los puñales, en los puntos de mira de los fusiles y en nuestros ojos, lenguas de fuego en los pendientes tintineantes, claros, redondos y pesados de Zenaida. Toda la ermita se transforma en una esfera de fuego, pues las estrellas se fusionan con otras estrellas hasta formar un globo. Traslúcido, esculpido y delicado como los hoyuelos de tus dedos, lectora (no sonrías, sigue leyendo), el globo se partió en dos, sus dos mitades se dividieron a su vez, y así sucesivamente, hasta que apareció un ser, un feto acurrucado en el vientre cálido de la oscuridad de nuestro espíritu. Tenía una cabeza enorme y unos ojos azules y una capucha como de duende. Se adivinan

sus huesos a través de la carne grisácea, la sangre corre por sus arterias de cristal, su cerebro palpita como una mariposa en el cráneo, las uñas y los dientes crecen y empiezan a brillar en la oscuridad. Es un renacuajo nacido del sueño de una joven que ha soñado que un demonio la ha dejado embarazada en una noche de perdición. El feto, cuyo corazón palpita tan rápido que amenaza con estallar, empieza a crecer como un tallo, desplegándose bajo la gran bóveda, hasta que el más alto de todos nosotros le llega solo a las rodillas. En un busto de mujer se distinguen dos pechos enhiestos, sobre sus hombros de mármol caen mechones de cobre que se abren en miles y miles de alambres y vellones, mas entre sus muslos torneados, bajo el vello rizado, ostenta un sexo masculino que cuelga como un as de bastos. ¡Bellísima divinidad! Sujetaba entre los dedos una rosa cuyos pétalos rosados crujían aromáticos, hasta que nos invadió un asco y una nostalgia sin límites. El hombre-mujer siguió creciendo hasta que la bóveda estalló y la iglesia se hizo añicos y, como una estatua, aquel ídolo rubio se alzó hasta el cielo donde las constelaciones del astrolabio son clavos de cristal. La deidad levantó los pies del suelo y se elevó hacia Leo y Cáncer, haciendo ondear su suave cabello, hasta que nos pareció primero tan pequeña como una palomita y, luego, como un insecto, entre Alcor y Vega.

—Padre, has urdido para todos un destino aleatorio. Yo soy tú y tú eres otro, eso ya lo sé, pero quiero agradecerte sin embargo que hayas querido provocar en mi barro un estremecimiento que no es de este mundo. No me interesa de dónde proceden las visiones y la salvación cuando, en momentos de éxtasis, destrozó toda la existencia con mi cuerpo para poder contemplar la maravillosa rosa que sujetas entre tus dedos. ¡Todos te llamamos el Salvado, todos llevamos el nombre de Redentor! —Así hablaba la vieja, que había vuelto a aparecer junto a nosotros mientras el pueblo de Ruse²⁰ se intuía a través de la calina matinal al otro lado del imponente Danubio, ese viejo desnudo con una barba como un copo de algodón. Y siguió—: Habéis visto a Hermina materializada en el aire. Hay un animal inmaculado llamado armiño que se caza sin escopeta y sin perros: los cazadores recorren los bosques para hacerle abandonar su guarida y lo obligan a huir hasta la orilla de una ciénaga. Pero le producen tanto asco las charcas y el barro que se detiene allí, donde acaban por darle alcance para desollarlo, pues, antes que llevar una mancha en la piel, prefiere la muerte en la profundidad del bosque. Aprended de él, pues

vuestra naturaleza os conduce al pecado: con sus soles, luceros y auroras, el universo está *limpio*. Es inmaculado como la nieve, como el rostro de una chiquilla. Sed buenos también vosotros, no os manchéis las manos en la inmunda ciénaga de la vida: esto está lleno de mequetrefes, de bestias y de vendidos. Se sienten a gusto en este mundo junto a los aduladores, los fariseos y las putas. ¡Cuánto odio, cuánta lucha para llenar las tripas, cuánto sudor empapa la sábana en la que das vueltas, qué mandíbulas gruesas te señalan lo que tienes que hacer, qué bocas moradas te delatan para encadenarte con grilletes...! A cuánta majadería, a cuánta adulación por una sinecura, por una cucharada de sopa, por regalar a una mujer traidora pieles y joyas puede llegar el arquitecto de una vida de pus y fistulas... El que aspira al poder no reconoce en este mundo ni madre ni padre, arrolla a millones de esclavos y los somete al trabajo; él, que no ha trabajado jamás. A sus hijos los coloca sucesivamente en los mejores puestos. Quien lo consigue es grande. El que se afianza en su posición domina junto con los advenedizos que lo apoyan. Su horrible rostro aparece reproducido en miles de cuadros, en los óleos serviles de artistas sin conciencia, dispuestos a granjearse sus favores, aunque en secreto se burlen de él. Y luego, al proclamado se le dedican unos himnos tan odiosos que te preguntas qué es más ruin y más vergonzoso, ¿ser el déspota o el artista que adula a semejante bestia? Señor, ¿dónde está el hombre noble que te permitirá olvidar el vómito y la inmundicia de este mundo? ¿Dónde está el justo de Sodoma? ¿Dónde está aquel al que Diógenes buscaba día y noche con una vela de la que goteaba una cera límpida como una lágrima? Si hay un solo hombre justo en este mundo, por él se perdona al mundo entero y giran a su alrededor las estrellas, un mapa encendido. De lo contrario, una mano de luz rabiosa lo aplastaría...

Los sublevados se despertaron con la rosada luz del día. La vieja se había difuminado en la calina, y la iglesia era de nuevo gris bajo el fantástico tulipán de la bóveda. Partimos todos por las callejuelas serpenteantes, tragando polvo azul, enredándonos en las zarzas, hasta que llegamos a la plaza de los tenderetes de madera. Uno vendía tomatitos; otro, obras de Sade... Un turco con bombachos a rayas turquesas tiraba del roncal de un burrito que trotaba a mi vera cargado con un odre. De repente, el pecho del burro se abre por la mitad y, a través de la abertura de la cremallera, surge una barba que le hace una señal enigmática al famoso Languedoc. Ambos cuchichean durante un rato en secreto hasta que el pecho del asno se cierra de nuevo y el burro se aleja,

arrastrado por el ronزال. El valiente zuavo tiene en la mano una carta sellada que nos apresuramos a leer:

JUSTICIA. FRATERNIDAD.

Año 18...

Kir Manoil:

Que el ojo de la Virgen, que todo lo ve y todo lo sabe, te guarde en su seno. Disculpa a este pobre vendedor de tafetán que ha tomado la pluma no para apuntar los cálculos de su registro habitual, sino para enviar una carta, ¿a quién? Al mayor maestro de la escritura que ha conocido nuestra madre, la humillada Valaquia. Pero no puedo resistirlo más, no puedo huir a una isla virgen ni exiliarme en lo alto de un poste, tampoco puedo marchar a un desierto terrible, lleno de bestias y basiliscos, como esos Padres de la Iglesia de los que hablan las *Vidas de santos*, el único libro en el que hallo consuelo estos días.

Debes saber, hermano en la justísima Revuelta, que el país ha sido saqueado, y que las poblaciones se han convertido en ruinas, y que entre estas ruinas proliferan serpientes venenosas. Nuestro pueblo se extingue, muchos toman el camino del exilio por culpa del Mal que nos gobierna. Los campesinos no tienen ya *māmāligā*, y abandonan las tierras, los gitanos mueren a latigazos. Los trabajadores, los pocos que quedan, han roto los telares con la almádena. Ni siquiera los terratenientes están contentos. Solo los griegos, solo esas gentes sarcásticas y llenas de cinismo, se reproducen en la mentira y medran, y no piensan en otra cosa que no sea nuestra desaparición por culpa del hambre, del frío y del agotamiento. Nos han vendido a los extranjeros, y ni siquiera nuestra propia camisa — la de los que aún tengan una— nos pertenece. ¡Ay, ay, desdichada Valaquia, ay, pueblo mío oprimido! ¿Cuándo caminarás por el dorado camino de la salvación? ¿Cuándo verán tus ojos un rayo de esperanza? ¿Cuándo te acariciará la mano de Dios?

Pero yo, un viejo estúpido, digo tonterías y me alboroto cuando ya no me quedan fuerzas, en lugar de exponerte cuanto antes la gran desgracia. Protegeos tú y tus amotinados, pues el Tirano conoce vuestra estrategia. La sombra de la traición, la maldición y la sempiterna monstruosidad de nuestro marchito pueblo rumano, se ha cernido también sobre nosotros, donde menos lo podíais haber imaginado. Que lo devore el fuego y lo engullan la tierra y los escorpiones de rostro humano y los cangrejos gigantes que Alejandro de Macedonia encontró en el desierto, a ese Judas, el vendido y el traidor, el advenedizo de la Curia ávido de sangre, la oreja peluda al servicio del vaivoda: a ese que responde al odioso nombre de Iancu Aric...

—¡No puede ser! —exclamó Zoe.

—Eso es mentira —rugió Yogurta.

Zenaida, azorada, elevó la mirada a la profundidad del cielo, donde las nubes nadan

eternamente, como unas Islandias castas, en el ansiado mapa del Orei...

—Sigue hablando, lee y ahora veremos si es un sueño o si hemos criado una víbora al calor de nuestro pecho.

... de Iancu Aricescu. Escribo con asco su nombre, un nombre que nadie debería volver a pronunciar, como el del antiguo Eróstrato. Iancu permanecía, como sabéis, recluido en el presidio, cuando ¿qué se le ocurrió al maldito déspota? Lo saca, le proporciona vestiduras y, durante toda una semana, lo atiborra con exquisiteces, *colivă* y arroz con leche y sorbetes de los buenos. Luego publica sus fábulas y otros versos, de tal modo que Judas cayó finalmente de rodillas ante él y besó su mano adornada con ricos anillos. Y el vaivoda lo instaló en la Curia, donde se convirtió en el perseguidor más implacable de la Revuelta. La musa, sin embargo, no lo abandonó y, entre los aullidos de los desgraciados torturados en los sótanos, sacó tiempo para escribir un libro titulado *¡Alabado seas, benefactor de la patria!*, que incluye una epístola como dedicatoria al Tirano. He aquí lo que pone en la primera página:

Un orgulloso sol se alza sobre los campos de Valaquia
Como mi dichoso pueblo no ha visto jamás,
Pues el sol es nuestra gloriosa dinastía,
Que nos conduce hacia un futuro majestuoso.

Ella profetiza humanidad y libertad para todos
Si la seguimos incluso por un sendero espinoso.
Puesto que la labor es sagrada, ella nos hostiga
Para vernos cuanto antes en el paraíso.
Todas las almas se han encariñado con el vaivoda en
[Valaquia,
Todos honramos su retrato en cabañas y en palacios.
Arremolinados todos como niños bajo su ala de buitre
Construimos el nuevo rostro de la patria sobre ruinas
[siniestras.

¡Aghios! ¡Que nos guíe una eternidad a los pastos,
Como conduce un pastor a su rebaño y, si hace demasiado
[calor,
Que se ocupe de esquilarnos, y que la nación entera
Camine así más ligera en torno al gran vaivoda!

¡Piensa en todo esto, *kir* Manoil! Dicen que Satanás fue el ángel más blanco y más bello, y que cuando cayó se convirtió en el demonio más espantoso...

Os escribo esta carta para que os pongáis a salvo, pues el vaivoda va a tenderos una

trampa en la Torre de Colțea, porque ha descubierto (ya habrás adivinado cómo) que vendréis en globo. El griego chochea, pero la perfidia no lo ha abandonado, y es más temible que nunca.

Te he escrito estas hojas exponiéndome a un gran peligro y se las he entregado al espía de *kir* Brillant que, según me consta, es amigo tuyo.

Me inclino ante ti y ante la gran Revolución.

EL HUMILDE COSTACHE,
COMERCIANTE DE TÂRGUL OCNA

Lector de otro mundo, ¿te esperabas un golpe semejante? ¿Que alguien se transformara así, de repente, como el extraño Grobei²¹ de la novela *Bunavestire*? ¿Que aparezca, en la carita del niño, el rostro de la fiera, la mirada de un vil traidor? Ni siquiera yo mismo, que le he dado la vida a Iancu Aricescu, creía que fuera posible algo así, pero el corazón es tenebroso y el alma es insondable. Pecamos con nuestra hermana y nos entregamos al libertinaje en sueños, brindando con el tirano, adulándolo, orgullosos por poder reunirnos con él en el consejo, por haber llegado tan lejos. Aunque el río fluya cristalino, oculta limo en el fondo, lo arrastra consigo y lo vierte en el mar. Pero en los débiles de espíritu las ondas se llenan de barro, se enturbian desde la superficie hasta las profundidades. Nos quedamos como fulminados por un rayo, sin poder apartar la mirada de la carta. Solo el monito Hércules bailoteaba en la espalda de Leónidas. Manoil me miró a los ojos:

—Querido autor, ¿qué va a ser de nosotros? ¿No sabes tú lo que sigue a continuación? ¿Acaso vamos a morir todos? Yo te he arrastrado entre los valientes sublevados para que seas nuestra Mafalda (ay, ojalá no seas nuestra Casandra), a ti, que has pintado con nubes los cielos de coral y has salpicado el campo con flores de antirrino y retama...

—Valientes —dije yo—, no temáis la muerte. Sois solo personajes: Nastratin, Zoe, Zotalis... Aparecéis en las páginas del libro únicamente donde es necesario y, si algún enemigo os mata, lo hace en vano: volvéis a vivir en cuanto un nuevo ojo descifra otra vez las letras, cuando un lector abre el libro. Hinchemos de nuevo el globo escondido en la espesura y pongamos rumbo a Bucarest. Ha llegado el gran momento. De nuevo despliega el cometa, de Oriente a Occidente, su cola de dragón con escamas de llamas.

Fantasía alada, Giurgiu desaparece entre los valles y, con los carrillos hinchados, tú elevas a los héroes hasta los céfiros secretos, hasta las inmensas rosas de las galaxias que se agrupan en enjambres y bosquetes, forrando burbujas del espacio, alineándose en *strings*... Fantasía cuyo nombre secreto es sueño, pensado con un cerebro cristalino, vislumbrado con los ojos abiertos, haz que pueda finalizar mi interminable epopeya, haz que pueda escapar de su mundo para volver a encontrar a mi mujer, mi casa, mi trabajo y mi destino. Ya está, acabo aquí otro capítulo.

—¡Vamos, monsieur! —gritó Yogurta, y Languedoc le respondió: «*J'arrive!*».

CANTO UNDÉCIMO

EN LOS PALACIOS ENCENDIDOS, en los balcones y estancias donde la mano de una bailarina hace vibrar la cuerda con el dedo que luce un sello de oro, retorcido como una caracola, tiene lugar esta noche la liturgia de la riqueza. Bajo mi cráneo dorado hay un ajetreado plató de grabación, en él se levantan gigantescos decorados con columnas de estilo Brâncoveanu como espirales de crema, y con logias como las de los palacios dogales que bendicen los veleros en Venecia, en San Marcos. Pero aquí todo funciona como los juguetes, con cuerda. Los palacios son de contrachapado, de cartón, y están apoyados en las paredes con unas traviesas. Las paredes de arcadas doradas y estatuas esbeltas están huecas, son falsas. Incluso el cuerno de la santa luna es de yeso y está relleno de estopa.

Por todas partes hay cables, raíles y micrófonos, los reflectores enfocan los frontones y las cúpulas, las cámaras entran con sus monitores, gracias a los teleobjetivos, en salas que huelen a tomillo o en alcobas encarnadas donde danzan caderas rosadas. Todo ello es para que tú, querido lector, entres en trance. Todo, todo son efectos largamente planeados para que te enrosques en ellos como la bombilla en su casquillo o para que no distingas ya qué es sueño y qué es realidad... Tú no podrás salir solo de este enigma. Vamos, olvídate de ti... Venga, penetra en mi sueño, ven, acércate más, en estos momentos soy el dueño tenebroso de tu mente... Duerme..., duérmete..., respira tranquilo...

Los sublevados se sentaron a charlar en el *montgolfier*.

—En primer lugar —dijo *kir* Antropófago—, deberíamos arrojar, cuando nos coloquemos sobre la ciudad, unos manifiestos en los que habremos escrito previamente, con caracteres cirílicos ensangrentados, lo siguiente: «Humillado pueblo mío, enjuga tus lágrimas. Ya está aquí, ya ha llegado del cielo la salvación a todas tus penalidades. ¡Colchoneros, guarnicioneros y maestros, echad mano de las piedras!», y firmaremos: «Gobierno Provisional de las Nubes». Los ciudadanos se pelearán por esas hojas volanderas que caerán sobre los tejados, que se clavarán en las veletas. Las callejuelas entre las

casuchas se llenarán de papeles que se colarán en las iglesias, y los feligreses saldrán provistos de garrotes y de hachas. En las curtidurías, donde el hedor es insoportable, entrarán flotando a través de los ventanucos las hojas caligrafiadas, y los curtidores romperán las prensas, las ruedas grasientas y los morteros... La nieve de la sublevación enardecerá a la muchedumbre hambrienta, y enseguida tendremos también nosotros, como los demás países, asambleas constituyentes, clubes y oradores, y al vaivoda lo convertiremos en un vecino más (propondría que lo denomináramos «Ciudadano Independencia»...). Mira, llevo en el zurrón una Boston pequeña y pesada, con delicadas letras de plomo y pletinas de acero, y también tengo un taco de hojas tan grande que en él se podría escribir un *Levante* entero (aquí Leónidas me guiña un ojo, sonriente)... Eh, ¿qué decís?

—¡Qué voy a decir! Nada, insensato, pues ni esa cantidad de papel basta para todo lo que tendría que decirte. ¡Por la estatua de la libertad de Ploiești, tú eres un descerebrado! ¿Cuántos saben leer en esa ciudad? Todo el mundo se limpiará el culo con los manifiestos que ha discurrido tu débil cerebro, y las mujeres se enrollarán los moños con ellos. ¿Te imaginas un Bucarest lleno de eruditos? Pues aquí incluso el *aga*, incluso los jueces, firman con el dedo. Es un poeta famoso el que tartamudea: «*Oi-boi*», y el que sabe el padrenuestro es un gran letrado.

»No, yo tengo otro plan. Hermanos, mirad lo que os digo: vestíos con los uniformes de lugarteniente. Yo encabezaré la marcha con una pistola en cada mano (quedaré en el recuerdo de la plebe como la imagen de la Revolución) y, cuando salga el vaivoda, le pondré el cañón en el pecho. La guardia arrojará los alfanjes (¿a que es una buena idea?). Tú, Manoil, treparás a la estatua de Mihail el Bravo y alzarás la voz ante la muchedumbre arremolinada: “¡Hermanos —dirás—, ya está, ha llegado el gran día! ¡Los reaccionarios y sus advenedizos han desaparecido!”. ¡Y la plaza se llenará de banderas tricolores, los vecinos se cogerán de la mano y empezarán a bailar una *hora*, se imprimirán periódicos, se abrirán teatros y escuelas, correrá el vino a chorros en las fiestas electorales, el siervo verá la luz y el ciego, la libertad!

Entonces intervino Yogurta:

—No sé cómo decís tantas tonterías. ¿Acaso crees, Zoe, que el vaivoda es un niño de teta y los albaneses que lo protegen unos cabezas huecas? Hacen todos los días instrucción con saetas y con cimitarras y, cuando disparan las pistolas, encajan la bala en los agujeros de los eslabones. Ni siquiera habrás tenido

tiempo de desenfundar la pistola y ya te verás encerrada en una mazmorra profunda adonde no llega la luz y de donde lo único que sale, mucho tiempo después, son esqueletos... Pero yo también tengo un plan, el más inteligente de todos. Escuchad: la noche es alta y el Bărăgan es extenso, salpicado con miles de estrellas, iluminado por fuegos eternos. En las aldeas, los caballos de los establos olisquean en los pesebres, las niñas esbeltas y descalzas salen a las puertas, y la brasa de la noche arde a la espera de un Príncipe Azul... El cielo entero se condensa en el brillo del vientre de una garrafa. Un crucifijo torcido, al final de una callejuela, muestra a un Cristo esquelético, desnudo, de piel verdosa y mustia, que no ha salvado a nadie, que no ha regresado jamás. Los cuernos de los bueyes brillan en el establo. Sin dejar de rumiar, han divisado a través de la puerta entreabierta el zepelín, que se desliza por mares de estrellas hacia el cometa inmóvil. ¿Estarán sorprendidos? Ellos no se asombran con nada. Ni siquiera movieron un ápice sus cuernos, esa curiosa lira, cuando descubrieron en el pesebre a un niño enfajado. De vez en cuando, un perro amarillento aúlla, envuelto en las tinieblas.

»En las chabolas, alguna candela ha emborronado con una gota de luz un trozo de pared, un icono con un dragón y un jinete: es san Jorge, erguido dentro de su coraza. El campesino y su esposa duermen en un silencio como de ermita. Huele solo a barro, a tumba y a santidad. Sobre su sueño descenden ángeles con estolas, la Madre de Dios les lleva una copa en una bandeja incrustada con monedas de oro y ojos de cristal, contiene agua bendita. Moja las yemas de los dedos en ella y humedece los párpados tristes a los que tardan en llegar los sueños y, de repente, el mismo sueño espanta su alma: están en el cielo, cogidos de la mano bajo un manzano redondo. La noche es alta, antigua, más antigua que en otros sitios, el globo deja atrás la aldea y el bosque y los ríos que enjugan amuletos²² entre sus remolinos. Las aguas lanzan destellos, en los claros del bosque hay hogueras...

Cuando Yogurta hubo hablado, se animaron todos y se fortaleció el espíritu de los sublevados y de los gitanos. Incluso Hércules se rascaba el trasero con más brío. Se sienten más cerca unos de otros en la barquilla de mimbre. Hay «algo» en la voz de Yogurta que Manoil, el rey de la poesía de Valaquia, no consigue interpretar: vuelve sus ojos límpidos hacia su hermano pelirrojo y va justo a preguntarle, cuando, de repente, Languedoc Brillant salta como herido

por un rayo y tiende el brazo hacia las Pléyades, que se retuercen en miles de llamas sobre un cielo negro como el alquitrán. Todos miran hacia allí y a punto están de caerse de la barquilla, porque, entre las estrellas, está el propio Languedoc, tal y como lo conocen: su pecho está abarrotado de condecoraciones, luce cordones sobre sus anchos hombros y mostacho de húsar, incluso su sable cuelga de su cadera prendido con un lazo, en una funda de seda, hilo de oro y terciopelo.

—Es una cometa —se percata enseguida Manoil—. Monsieur, ahí estás, retratado en una lona. Tal vez sea obra de un pintor de iglesias, pues te ha dibujado muy bien.

—*Ma parole* —respondió el zuavo abriendo los ojos de par en par—, *oui, c'est vrai*, soy yo mismo y me arrastran con un cordel.

La cometa se había acercado lentamente al balón engullendo con su cuerpo las estrellas, rosas de fuego celestial. En el bolsillo del chaleco pintado hay un periquito verde que asoma el pico y mira con ojos redondos a los congregados en la barquilla. Se sube enseguida al hombro de Languedoc y le cuchichea algo al oído. Luego regresa revoloteando al bolsillo, alguien desde las profundidades tira de la cuerda y la cometa baja como, mucho tiempo atrás, el sable en el vientre de Mifune, hasta que del zuavo pintado ya no se distingue nada.

—Vamos, hombre, cuéntanos qué te ha susurrado el pájaro.

—Preparaos para una batalla en las nubes. El vaivoda no subirá esta noche a la Torre de Colțea, bajo unas estrellas como membrillos, ya que, avisado de nuestra llegada, enviará a alguien a capturarnos. No he averiguado a quién, pero la lucha tendrá lugar sobre la ciudad. Eso me ha dicho mi avisado espía, Laie el Desdentado, a través del pico torcido, con narices como rubíes, del periquito.

—Eso es imposible. ¿Un *montgolfier* en Valaquia? Es ridículo, tanto como ver a unas cabritillas jugando al ajedrez en el valle. Valaquia lleva un atraso de cien años respecto al resto del mundo. Por eso no me inspira temor una batalla aérea —dijo Leónidas con soberbia.

Pero Nastratin replicó:

—*Efendi*, ¿por qué crees que será un zepelín? Al fin y al cabo estamos aquí, en Oriente. Puedes esperar que en cualquier momento sobrevuele la ciudad una alfombra mullida, con florituras, ondeando entre las cúpulas, esquivando los minaretes. Aquí no hay ingenieros, pero hay bastantes soñadores que

condensan en ampollas de cristal el humo espeso de algún genio patriarcal. Son tecnólogos de la fantasía y mecánicos de la ensoñación... Ponen una gota de agua del mar de Mármara en una copa de ágata y adivinan en ella todo lo que ya ha sido y lo que va a ser. Si tomas un grano de hachís, dejas de ser tonto y te conviertes en el dueño de millones de huríes, de montones de joyas, de ristras de perlas que te hacen temblar de furia y de asco por ser un hombre y no un santo. Las banderas verdes con la media luna que revolotean en el vacío dicen que todo es posible si posees el anillo de la Suerte y del Hechizo en el que pone *El Gahel*... ¿Y a su magia terrible opones tú un sistema de cilindros? ¡Tropezar yo en mi delirio con un pobre inventor!

Oriente y Occidente habrían seguido discutiendo largo rato si no hubiera llamado su atención un vasto panorama, pues a dos leguas por debajo de ellos se extendía Bucarest. Querida Musa, dame una voz seráfica para que pueda cantarla, no como se ve aquí, sino como me la imagino yo. Dame el perfume, dame el color para que le ponga rostro, dame una voz como el sonido que produce una copa imperial cuando rozas su borde con un *icosar* de oro, ya que esta ciudad fue mi primer amor. Esta página de *El Levante* debería oler a limón, pues en los patios de los palacios de Şuţu y Ghica se trenzan alegres las melenas de los cipreses y las higueras, y los miles de torres doradas de las iglesias son frotados con naranjas, limones y granadas doradas. Miles y miles de casuchas diminutas se apilan unas sobre otras, y las paredes de las posadas bajas parecen esculpidas a escoplo en montículos de yeso: en los patios hay hogueras y carros. Las señoras guardan en el pecho, entre las tetas, jengibre, y van en faetón con sus abultados miriñaques. Los advenedizos lucen botones de metal y zapatos de lazo. En un rincón del puente de tablones se encuentra Marin, el adiestrador de osos, que muestra a la muchedumbre boquiabierta el baile de la fiera sujeta con una cadena, un aro atraviesa su nariz ensangrentada. Un vendedor que carga con un fardo se deja, desnudo, pisar por el oso. Los arrabales están pintados de colores chillones, como espantajos: del fondo de los huertos asoman albaricoques y de las ventanas, tagetes. En el cenagoso Dâmboviţa se bañan niñas rosadas, junto a las ocas. Los cerdos hozan en las pocilgas. Todo rodeado por sembrados, viñas con uvas escarchadas y, por las lomas, avanzan carros con bueyes mansos. En la colina la metrópoli se ve como la mitra de un arzobispo, que eleva a las nubes

campanarios como incensarios. Hacen que el aire vibre como si fuera de bronce. Las mansiones señoriales se alinean a los lados de las callejuelas con sus estatuas de ángeles desnudos y rollizos. Los vecinos acuden a colocar en los tenderetes, entre gallinazos, a unos pavos con mocos blandos. Otros pesan ciruelas. La bailarina del pandero barre el suelo con sus melenas, mientras el saltimbanqui rompe con los dientes cadenas del grosor de un brazo. Viejos boyardos se dirigen corriendo, en sus carricoches, al Consejo de Estado, preparados ya desde casa para soportar todas las humillaciones, para entonar alabanzas en cuanto el vaivoda abra la boca. Un mercader, donde el barbero, le enseña los dientes al techo, y el sacamuelas le agarra una muela con las tenazas como si fuera un clavo. Un policía guiña el ojo a una damisela rellenita que enseña la pierna cuando desciende del carruaje. En un rincón de la clase está, arrodillado sobre unas cáscaras de nuez, el escolar holgazán, mientras el profesor golpea con una vara a los niños que aprenden a leer y a escribir. Y por todas partes se elevan, girando como nubes, aromas dulces de buñuelos, de salchichas y de *sarmale*: a los valientes del globo se les hace la boca agua. Hacia ellos suben también los bajos de algún viejo acordeón, y el resto se lo imaginan, pues es de noche y apenas ven nada. ¡La ciudad exhibe su belleza celestial bajo el titilar de las estrellas!

En dos o tres palacios brillan tantas luces que parece de día. Si la vieras, te sorprendería la iluminación de la sala en la que esta noche el vaivoda va a ofrecer un banquete grandioso. Las velas de cera blanca, maravillosamente trenzadas, arrojan luz desde los candelabros sobre las mesas ya dispuestas, en las que los gobernadores de barbas blancas se sirven carne. Nadie sabe qué pintan, entre las copas, unas piñas. Los platos de esmalte y oro se doblan bajo el peso de los cochinitos asados. Sentado en su trono, en la cabecera de la mesa principal, está el vaivoda. ¿Cómo es? Su aspecto cambia según la moda, pero el Tirano es el mismo con capa o con frac, y se le reconoce aunque se disfrace de león o de zorro, aunque parezca listo o idiota. Si fuera pintor (y este poema revela mi sueño de llenar mis páginas con miniaturas heladas), emborronaría el trono rojo con una sombra negra y profunda en la que brillarían tan solo unos ojos viles, unos ojos desquiciados que te paralizan, que quieren llegar a tu sangre helada para sorberla como una araña... En torno a él están los prebostes del país: cojos con ropas caras, jorobados que esconden sus joyas en la giba, ciegos que gestionan la tesorería, sordos nombrados jueces, señoras que todavía huelen, bajo sus sedas, a abaceras,

abortos, payasos del circo, truhanes cuya descripción provoca asco: griegos de grandes ojeras y turcos con ojos legañosos. Los mendigos se arrojan a los suelos empedrados, pelean por un hueso con los mastines del señor...

¡Disfrutad del canto, de la luz y del secreto, pues los héroes de mi epopeya os compadecen y planean derribaros de los tronos, vacías copas humanas que se llenan solo un instante en la vida!

Tú, que lees *El Levante* arrellanada en el sillón, ¿viste anteayer, en la televisión búlgara, la película *Y la nave va*? Hacia el final te muestran el plató del rodaje, el andamiaje gigante que sostiene el barco inmenso para hacerte creer que el cabeceo mecánico es de verdad. El procedimiento es posmoderno, así que lo utilizaré también yo. Debes saber que la batalla que vas a leer más adelante está minuciosamente filmada, con efectos especiales e imágenes superpuestas, recortes, animación por ordenador, como en *La guerra de las galaxias*. Pero el texto que acompaña las escenas en tecnicolor es, por buscar el contraste, una crónica escrita por un tal *kir* Zarifu Calemgi. Viene a continuación:

(Banda sonora: música turca que maúlla: *pa, vu, ga, di.*)

Un suceso milagroso
Que os dejará boquiabiertos
Quiere relataros
Kir Zarifu Calemgi,
Que estudió en escuelas
Hasta que se quedó descalzo.
Pues a este mundo taimado
No le importan los que estudian
Griego y latín,
Sino que hace caso tan solo
A los que acumulan riquezas.
¡Ay, ay, amante traidora,
Ay, mujer taimada!
Cuando el vaivoda subió al trono

Se puso muy contento,
Porque pensaba acumular joyas
Y muchos otros tesoros.
En Constantinopla tenía de embajador
A su tío Gligori,
Así que con los turcos
No había nada que temer.
No esperaba que le llegaran
Ni la muerte ni el destronamiento.
Al principio fue tierno como un cordero,
Pero luego se convirtió en león y leopardo.
En el diván no soportaba
Que se le enfrentara ningún boyardo,
Sino que le gritaba: —Eh, descarado,
Alreios antropos,
Cerdo, ¿cómo te atreves
A responderme así?
Y lo golpeaba con la babucha
O con la boquilla de la pipa.
Al pobre rumano
Le arrancaba el alma,
Inventaba en el diván
Miles de tasas e impuestos.
Todos le tenían miedo
Y huían del país.
Así, él pensaba
Que nadie estaba en su contra.
Vivía tranquilo y sereno,
Hasta que oyó
Hablar de la revuelta
Que traía de cabeza a los turcos.
Oyó también hablar de un tal Manoil
Que ante los griegos, en la Acrópolis,
Había jurado (dicen)

Liberar a Valaquia
Del indecente basilisco,
Del venenoso áspid.
Ahora pensad todos
De qué son los griegos capaces:
Al saber que Manoil viene
En un globo hacia él,
Con todos los sublevados,
Con Zoe, la mujer furiosa,
Con Nastratin el sabio
Que a todos les resulta útil,
Con la hermosa Zenaida,
Con Yogurta el de las cejas espesas
Y con todos los demás,
El vaivoda, que no es tonto,
Hizo venir a Andronache
Y al *aga* Manolache
Y les dijo: —Esos infames
Y endiablados
Vienen en una vejiga
Movida por unas ruedas.
¿Podrías encontrar vosotros
En la Academia Valaca
A un inventor que
Fabrique un zepelín
Mucho más bonito
Y mucho más potente?
Los gobernadores pensaron
Y le respondieron temerosos:
—Alteza, disculpadnos,
Pero no tenemos
Ningún inventor
En la Academia.
Aquí todos medran

Por la edad, no por su mérito.
Seas o no seas erudito,
A los treinta años eres doctor,
A los cuarenta eres ilustre,
A los cincuenta eres una eminencia,
Y si llegas a los setenta
Pasas a ser inmortal.
¿Cómo vas a encontrar entre nosotros a
Algún mecánico competente?
Queda solo uno,
Pero es un pobre soñador de sueños...
—¡Traédmelo inmediatamente,
De lo contrario estáis perdidos!

Lo encontraron en Mărcuța,²³
Haciendo muecas como un mono
Y dibujando en las paredes
Un montón de pepinos.
Lo presentaron ante el vaivoda.
El loco le habló así:
—Coge un caique dorado
Con velas de seda,
Con mástil de canela,
Con remos de ámbar,
Con timón de brillantes
Como solo tenía Pazvante el Tuerto.
Coge setenta cisnes
Que bautizarás
En el altar de Santa Vineri.
Todos tienen que ser jóvenes.
Átalos con un cordón de seda
Al borde del caique.
En el caique emplaza a los mejores
De tus soldados,

Y que su capitán
Sea la mujer más bella,
De párpados como conchas,
Dedos como madreporas,
Tetas como las torres
De Santa Sofía.
Con este caique volador
Vencerás al *montgolfier*.
El vaivoda se alegró
Porque estaba tan loco como él,
E hizo de inmediato
Lo que le había dicho.
Luego, tranquilo,
Volvió al palacio
Y organizó una juerga nocturna
Como era su costumbre.
En el cielo, estrellas temibles
Brillaban aquella noche
Y un largo cometa
Se extendía sobre todo el mundo
Anunciando plagas, incendios
Y caídas de imperios.
Cuando la silenciosa vejiga,
Que también se llama globo,
Apareció por los campos
Entre millones de estrellas,
He aquí que en la corte señorial
Un extraño velero
Se alza despacio en el vacío
Como si levantas una bandeja.
Los setenta cisnes
Remaban con sus alas blancas,
Los soldados movían los remos
Y la mujer pintarrajeada

Contoneaba las caderas en la proa.
Los vecinos habían salido
A las puertas con antorchas
Y contemplaban la batalla
Celestial boquiabiertos.
El caique subió deprisa
Hasta unos cincuenta pasos
Del globo a rayas
Prendido con cuerdas.
Antes de que los soldados dispararan
A la esfera flotante,
De repente, ¿qué ven tus ojos?
En una esquina apareció
Un hombre lobo
Colgado de tres hélices.
Lleva una larga sotana
Y barba hasta la cintura.
A la mujer la agarra
De sus melenas rizadas
Y luego, protegiéndose
De las cimitarras de hierro azul
Y de los arcabuces de nácar,
El volador milagroso
Metió la mano entre los cisnes
Y los estranguló uno a uno.
El caique descendía
A medida que los cisnes morían.
Cuando muere el último,
El velero choca contra la Torre de Colțea
Y se desintegra:
Mueren todos los iscarriotes.
Aquí, iluminados boyardos,
Acaba nuestra aventura,
La insólita historia

Sucedida en Bucarest.
Y colorín colorado
Este cuento se ha acabado.

¡Oé, oé! ¡Qué victoria! Todos besan a Leónidas, pues las horas del triunfo son dulces como las uvas pasas, y Enthousiasmos ha erigido un altar eterno en sus pechos: la victoria borra toda frontera entre el hombre y Dios. Te crecen alas y tus ojos adquieren poder suficiente para destrozar, solo con tu furia, la panza de los veleros, o incluso para hundir con huracanes ejércitos de elefantes. Los músculos del pecho se vuelven rocas, las costillas se convierten en diamantes, las venas parecen maromas, la sangre se torna fuerte como el vino y podrías destrozar el mundo entero con tu abrazo de oso. ¡Oh, victoria! ¡Y tus fosas nasales se dilatan con tanta gloria..., tú haces un Dios con un eunuco y una carabela con un pecio! ¡Oé, oé! ¡Traed los laureles! ¡Elevadlo a un pedestal!

—*Mais...* ahora viene lo gordo —dijo Languedoc.

—Seguiremos punto por punto el plan del hermano Yogurta. Mira, Bucarest brilla como teñido por el oro de tantos mundos de estrellas. Autor, hacia el Sur se distinguen unas cifras enormes dibujadas sobre el campo vacío. ¿Qué son?

—Son las cifras de las páginas de mi obra. Cada hoja de *El Levante* tiene un número. Lo mismo ha pensado Yogurta: con mi mano que, mira, centellea con una luz melancólica, puesto que ella es la que contiene el sueño entero apretado en el puño, y la que ha creado esa ilusión llamada manuscrito, puedo hacer un gesto mágico y retroceder unas cuantas páginas hasta donde creé Bucarest a partir del barro. Puedo levantar luego esa hoja con la ciudad y todo para adentrarnos allí donde solo se cuelan las ratas, en los canales abovedados que se ramifican debajo de la urbe, y llegar así al palacio señorial.

Desde las alturas tendí la mano y, como un tupido macramé, las inmensas hojas de esta rareza que tienes ahora en tus manos retrocedieron. Cada una de ellas tenía para nosotros, los que vivimos solo como bichos en un mundo de papel,

llevados de aquí para allá por el delirio de la Historia, un grosor de decenas de millas. Libros en libros y sueños en sueños, mundos en mundos, proyectados, desde las profundidades a las alturas, en una escalera de granito que no es, a su vez, sino un escalón de una escalera mucho mayor... Aquí está otra vez Bucarest, amarillo como un *mahmudea*.²⁴ El incansable mecánico Leónidas tira de una palanca y el zepelín desciende, como desciende la tiara de un papa a la urna en la que reposa sobre un cojín de seda. La página de filigrana se levanta un poco y nos colamos por debajo con la lona deshinchada y todo. Nos encontramos en el reino de la oscuridad y el silencio. Abandonamos el *montgolfier* arrugado bajo la bóveda y avanzamos con antorchas por la plaza de los sótanos, donde las telarañas están cargadas de polvo. El aire, al igual que las paredes, apesta a cadáver y está enrarecido...

No habrían pasado más que dos o tres minutos, pero nos parecía que llevábamos siglos abriéndonos camino a través del lodo. Estábamos encorvados como si hubiéramos caminado vidas y más vidas bajo las bóvedas húmedas. El trayecto sube y baja, gira a cada paso. ¡Cúpulas de ladrillos antiguos! Tristes bóvedas, ¿no sois acaso vosotras las horcas caudinas que doblegan la espalda del hombre, por muy noble que sea su espíritu, por muy alto que quiera llegar? Vivimos toda nuestra vida debajo de vosotras, en la terrible oscuridad de la ciega Vanidad, de la Fugacidad opresiva. ¡Bóvedas, que interponéis vuestras piedras entre el cerebro y las estrellas, que doblegáis la soberbia y falsificáis el sueño; no sabemos dónde está el Paraíso, arriba o abajo, a la derecha o a la izquierda, pues vagamos toda la vida por el túnel! Tal vez estas galerías de liquen y barro sean tan solo las largas venas de Uno que sujeta el Universo en la palma de su gran mano, como si fuera una canica reluciente, y nosotros, aunque estemos en su cuerpo, no llegaremos jamás a conocerlo, en ningún momento... Oh, gigante, a menudo pienso en tu rostro de una ternura infinita...

Mientras Manoil pensaba en todo esto y en muchas otras cosas, he aquí que se forman unos escalones y aparece una puerta grande y pesada de roble, sujeta con escarpas y bellotes, como si la piedra se arrugase en aquel rincón. Cuelgan tres candados, pesados como yunques, de armellas ennegrecidas, y en ellos hay unos acertijos que esperan a ser descifrados.

—No podemos forzar una puerta construida con bosques enteros —dice Zoe—. Nastratin, tú eres el más listo de todos nosotros, dinos qué significan estas

letras retorcidas.

—No sé leerlas, pero, cuando las miro, estos versos susurran algo en mis oídos, entre los dulces tintineos de pandero:

¿Qué es acaso
La triple orquídea?
¿El primer estrato de cuarzo,
El segundo de carne,
El tercero de petróleo?
¿Qué es la envoltura de la envoltura,
Capa sobre capa
En la cáscara de un huevo?

Nastratin se quedó pensativo y de repente su rostro se volvió de cristal, con pómulos de vapor y muelas como de niebla, y su cráneo se mostró como una cáscara traslúcida bajo la que florecía la orquídea colorida. El primer candado se abre. He aquí lo que ponía en el segundo:

Nastratin, di qué hay
Alrededor de la orquídea:
¿Mesas, camas, tejados,
Nubes con lluvias repentinas,
Estrellas brillantes?
¿Qué es todo y nada?
¿Qué es eterno solo un instante?

Nastratin tendió la mano y la hizo girar a su alrededor. De repente todo lo que existe se mezcla, de tal manera que no queda espacio libre entre las ranas y las plantas, entre las minúsculas pulgas y las gigantescas estrellas, entre cuarzos y cucharas, entre tiempos y Tiempo... Se abre también el segundo candado. Quedaba solo uno:

¿Quién eres tú, que rodeas
La orquídea con espejos
E incorporas también todo lo que hay

En torno a la orquídea?
¿Quién es el yo-tú-él
Del laberinto?

Nastratin sonrió, y todos vivieron de repente algo que no se puede explicar con palabras. Imagínate, lectora, que pudieras ver con el mundo, si este tuviera ojos. Y cayó el tercer candado y nos libramos de la mala suerte.

Languedoc abrió la puerta y Manoil encendió la antorcha. Aparecieron salas interminables, como la escuela que Garabombo y los suyos construyeron en la colina en el libro de Scorza. Hay estancias llenas de oro, otras de queso. Hay cámaras en las que los cántaros contienen en su caparazón de barro un vino negro con especias que te quema cuando lo bebes. Y en otros sótanos yacen, pudriéndose, ciegos, leprosos, locos: son los que se enfrentaron alguna vez al tirano. Especias y pus, vino y lágrimas amargas son el légamo del que extrae la savia la refinada flor del palacio señorial: bóvedas frías y vidrieras de cristal. Parece una libélula que se hubiera posado en un montón de estiércol. Los sublevados, pistolas y yataganes en ristre, deambulaban por enormes galerías y salones con espejos venecianos y estatuas en los rincones. Pero no se veían guardianes por ninguna parte, ni siquiera pajes graciosos... ¡Extraña melancolía de los palacios vacíos! En los techos, los angelotes giran en torno a las ninfas, aletean en cielos vastos y profundos como los de Tiépolo. En un pedestal está Dafne, a la que implora Apolo, ambos de mármol blanco translúcido. A través de una ventana resplandeciente se ve un verderón en una rama. Cada rayo que entra a través de los brocados de las cortinas dibuja en las paredes, en los tapices, princesas que acunan en sus regazos un unicornio y le acarician el cuerno...

—¡Qué diantre! ¿Vamos a dar de una vez por todas con el vaivoda o no? ¿Qué? ¿Es que hemos llegado hasta aquí para mirar boquiabiertos las tetas de las mujeres pintadas en las paredes? ¿O es que te has asustado, poeta? —Así le habló el cínico Yogurta, burlón, a Manoil—. Vamos al salón de banquetes, que ahí están bailando hoy las ratas vestidas de púrpura. ¡Seguidme todos, *taruki!*

Todos levantaron las armas hacia la bóveda y gritaron: «¡*Paluki!*!». Luego irrumpieron en la sala donde había tenido lugar el banquete. Pero tanto Yogurta como Antropófago se quedaron atónitos: alrededor de las mesas

abarrotaadas con todas las exquisiteces del mundo —bandejas de carne asada, racimos de plátanos, aceitunas y *braga*, pesadas copas de Cotnari, bizcochos espolvoreados de azúcar—, están los boyardos con sus ricos ropajes, ricachón junto a ricachón, pero todos son como de humo y puedes ver a través de ellos los anchos respaldos de las sillas talladas en nogal. Todos ríen, hablan sin cesar y brindan una y otra vez, pero ningún sonido enturbia el silencio perfecto. Las bailarinas mueven sus caderas transparentes, mastines transparentes roen huesos transparentes debajo de las mesas, los gitanos mueven el arco sobre las cuerdas de los violines, pero es como si movieran hilo de algodón sobre cuerdas de corcho...

—Es un hechizo —masculló Manoil.

—No, amigo, no es ningún hechizo. Qué es el Poder sino niebla, qué es la Grandeza sino la piel de un fruto cuyo corazón no imaginarás nunca, pues el corazón de ese mundo es el globo dulce de la poesía. Ellos son la esfera seca que nos rodea por todas partes, de tal manera que el déspota cree que nos tiene a todos en sus manos. Pero su sueño es delicado como el vaho de las aguas que se enreda en las ramas de los sauces cuando llega el alba. Los dueños de ese mundo, esos que han querido dominarlo eternamente, pasan y se los traga el polvo, pasan y no dejan huella alguna en la tierra. La cáscara es lo primero que se pudre y permite que de las semillas broten hojas y ramas que sostienen los cielos del verano, los rostros terribles son los primeros que palidecen en un libro.

En unos pocos minutos no quedaba ni rastro de ellos, solo una bruma coloreada que Zoe hizo desaparecer entreabriendo la ventana. Pero, en ese momento, nos abofeteó un gran estruendo: neumáticos, frenos, carcajadas, voces de niños... Solo entonces recordé quién soy y de dónde vengo. He recorrido en globo unos tres cantos de *El Levante*, pero antes trabajaba en una escuela de Colentina, y tengo una hija, Ioana, y una esposa, Cristina. De repente me paralizó una añoranza terrible de nuestro mundo. Desde la ventana divisé la rotonda salpicada de flores de la universidad, la estación de metro, el tráfico, el hotel, una estatua ecuestre (es Mihail el Bravo en un caballo de bronce ennegrecido), la tienda de perfumes, pañuelos y tapices... Pálido, me retiré de la ventana. Entretanto, Leónidas expuso la situación con ánimo sombrío:

—Los que han expoliado el país han muerto. A partir de ahora, nadie volverá a echar la zarpa al poder. A partir

de ahora reinará la sabiduría, no la tiranía. No perdáis más tiempo, que la comunidad entera elija inmediatamente al más preparado, al más diligente y al más noble de todos para que asuma el cuidado de la nación, ya sea en la paz o en la guerra.

—Yo pondría a Manoil...

—¡Sí, Manoil! —gritaron todos—. ¡Él comenzó la revuelta, él exhortó a los pobres, él guiará Valaquia a la cumbre de la felicidad! ¡Sí, queremos que gobierne Manoil I!

—Y así tendremos también un emperador poeta, que ensalzará a nuestro pueblo con sus versos, como Sédar Senghor...

—¡Hurra! —cogieron en volandas a Manoil, que se resistía, y lo llevaron al trono señorial repujado con piedras preciosas, y luego se inclinaron ante él a la espera del discurso señorial:

—Levantaos —susurró Manoil—, no cambiéis el curso del siglo que nos rodea, no ha llegado aún el tiempo de que gobierne alguien que jura sobre la espada de la eterna democracia. Cuando era joven, leía a Byron y me moría por implicarme en la lucha, por liberar a las naciones, por aplastar a los tiranos que chupaban la sangre del pobre pueblo valaco, mi desgraciado pueblo... Quería —parece que han pasado siglos desde entonces— decapitar en la revuelta grandes cabezas con turbantes o tocados, pero se deslizaba en mi oído una voz tan dulce como un hechizo: «Manoil, si quieres ser el centinela de la esperanza para este mundo, libérate primero a ti mismo y luego a los sometidos por la suela de los insensatos y los mezquinos». No, amigos, para mí todo es ilusión. Ya lo sé, al revolucionario le hierve la sangre por su país, y yo lo alabo por ello, pero no puedo acompañarlo: mi pecho solo aspira a inhalar los aromas del amargo perfume de la eternidad. Si escribiera un solo verso en el que, como en una gota de rocío, se comprimiera todo el mundo, el antiguo y el nuevo a la vez, y quedara un solo verso a mi muerte, me sentiría más feliz que un ángel y más santo que Savaot.

»Quizás ahora vayáis a increparme porque, encerrado en mis profundidades, no veo ya el sufrimiento de los míos, no lloro ya por sus ruinas, no me desgarran ya el destino de mi pueblo esclavizado. Tal vez algún día llegaréis a entender lo equivocados que estáis. Señor, que has puesto en mis manos la suerte de esta nación triste y, al mismo tiempo, demasiado alegre, optimista-pesimista; Señor, que miras con ojos húmedos esta tragicomedia y dejas que lleve mi cruz entre bufones, como en el Bosco, redímeme de una vez, haz que

este trono arda y que el palacio desaparezca. Oh, Gianbattista, no hay *corsi* ni *ricorsi* en el ardiente Oriente, sino ambos a la vez, entrelazados con lentitud y violencia, como el dragón que se desgarró la cola con los colmillos y como el carbonero que en la jaula se clava la garra en su propio cuello. Vosotros, tiranos que empujáis el carro común hacia el sufrimiento y el desastre, sabed que, hagáis lo que hagáis, los cimientos de la eternidad son nuestros, de los que llenamos las hojas con la pluma a la luz de la candileja. Vosotros, volved felices y gloriosos al barro.

»Vestid con el manto señorial a alguien que lo desee de verdad. En cuanto a mí, no os preocupéis, ya me ganaré el pan de alguna manera...

Todos se quedaron de piedra, pues cada uno estaba convencido, en su fuero interno, de que solo Manoil sería capaz de gobernar bien el país, pero nadie tuvo tiempo de responderle, porque de los pasillos llegaron unos gritos y juramentos y, por las tres puertas, irrumpieron simultáneamente en el salón de los espejos tres tropas desmandadas que disparaban al techo, que reían, harapientos como presidiarios, con pañuelos mugrientos en la cabeza, mostrando los dientes de oro entre las barbas erizadas, con cruces al cuello y puñales en la cintura: son los *palicari*, los gitanos con sus hijos y sus mujeres, y los piratas que apestan a bizcochos y a aguardiente... El ejército desordenado y cetrino llenó la sala. Unos, que llevaban varios días sin comer, se abalanzaron sobre el banquete engullendo los platos graciosamente pintados o arrancando trozos del cochinillo al limón que estaba en la bandeja. Otros devoran con la mirada los senos de las estatuas. La mayoría, sin embargo, se contiene, al ver la expresión de Yogurta, que de repente soltó un puñetazo en la mesa y aulló con toda su alma, como una fiera herida por las flechas:

—¡Soltad los cubiertos! ¡Escuchadme vosotros, gitanos, vosotros, *palicari*, y vosotros, compañeros míos de piratería! A partir de ahora, estas grandes estancias son nuestras. ¿Qué erais hasta que no os cobijé bajo esta mano de vello rojo? Navajeros miserables a los que el poder cazaba con mosquete como a faisanes. Sobrevivíais con una corteza de pan y un puñado de rábanos... Vosotros, gitanos, el garrote y la caracola y la rapacería, esos tres oficios habrían sido vuestro destino toda la vida si no existiéramos yo y Zotalis, mi hijo. *Palicari*, os habríais pasado la vida ayunando, vuestras mujeres habrían sido tan solo las putas de los puertos, por las noches habríais

estado de guardia y habríais acabado vuestros días ahorcados en un mástil... Ya está, os hice nobles revolucionarios que siempre luchan solo por la libertad, y he vencido, ha llegado el momento de la recompensa: Lambros, orgulloso gobernador; Ghiorghios, boyardo de noble estirpe; canceller, Spirache; Mavru, gran tesorero; Sperlea, abastecedor; Postrama, corregidor; Gogu, despensero... Todos pasaréis a ser boyardos, todos os convertiréis en tahoneros y gentilhombres. Entre los *palicari* elegiremos a un *aga* y a un prefecto, enviaremos como cónsules a Estambul, a Roma y a Viena a los que sepan tres palabras de alemán... Solo una cosa queda en el aire... Feliz pueblo mío, me pregunto a quién ungiremos como vaivoda. Vamos, quiero oír vuestras propuestas... No he oído nada todavía. ¡Pensadlo rápido, que estoy un poco nervioso!

Creo que imaginarás sin esfuerzo, lector, a quién eligió en el fragor de pistolas aquella caterva desenfrenada. Se renovó el poder, pero no cambió nada... Que el mismo pellejo se arranca del espinazo del pobre rumano, que los que se benefician son los mismos con otro nombre es cosa sabida. Mientras el terrible Yogurta planta las posaderas en el trono, dispuesto a gobernar junto a Zotalis siguiendo su naturaleza animal, nosotros, los demás, los que queremos conservar las manos blancas, sin mácula, salimos de la sala. Atravesamos estancias atestadas de panoplias y vitrinas llenas de sables, cadenas y antiguos pergaminos reforzados con sellos de cera. Descendimos por la amplia escalinata tallada en mármol rojo y llegamos a la salida, en una procesión ridícula, para precipitarnos de repente al centro del Bucarest de hoy: automóviles y camiones en un tráfico denso... Nastratin y Leónidas se quedan boquiabiertos al ver a las muchachas contoneando el trasero dentro de sus vaqueros. Manoil no puede dar crédito a lo que ven sus ojos cuando los transeúntes, a plena luz del día, entran en las cafeterías o se hunden bajo tierra, en la boca del metro. Todos nos frotamos los ojos como si estuviéramos ante un milagro. Los que caminan por la acera o se dirigen al aparcamiento nos observan como si fuéramos osos, convencidos de que somos actores de una película de época. Aturdidos, los héroes de la epopeya se detienen justo en medio de la calle, sin observar que, de frente, se dirige hacia ellos un policía con un *walkie-talkie*. Tiene los dientes separados y agita una libreta en la mano... Solo yo conseguí escapar, salí a la carrera hacia Sfântu Gheorghe para

coger el tranvía 21 y llegar a casa, maquillado y estrambótico como un arquetipo de Jung.

Florituras, miniaturas, ramas, bucles y espirales... Cuando mojo en polvo de oro mi pluma hechizada para trazar otro bucle más en el cabello de un querubín, cuando mojo la plumilla en púrpura para dibujar flores de lis, no sé por qué, se me encoge el corazón en el pecho, mi mano tiembla en la hoja como si esperara que alguien pasara la pluma por sí sola sobre el folio, para que las páginas de *El Levante* se escribieran sin mi ayuda. Yo me siento cansado e impotente. ¡Oh, Levante; oh, ensoñación sin principio ni fin, utilízame como herramienta que te repuja en barro, cera, jacinto y oro, y luego deshazte de mí!

CANTO DUODÉCIMO

FLOR DE LOS MUNDOS CUYOS PÉTALOS DESTILAN VENENO, media luna que tiñes de oro las torres de cuarzo, sueño de la esclava perezosa que, en cojines de seda, deja entrever su pesado trasero a través de los bombachos de Shirāz, oh, Levante, islas en un mar límpido como el cristal, cajón con olor a tomillo y jengibre que Dimov no llegó a describir en un poema, decenas de tronos horrorosos en los que reposan decenas de Hangerli,²⁵ oh, Levante, Levante feroz como ese niño loco que incrusta clavos en un gatito dormido, ¿quién puede aspirar tu negra tristeza en su pecho y seguir vivo? Cuando comencé este poema, ¡qué alegre y despreocupado estaba! Me parecía un juego hacer que convivan en mi epopeya la espada de un hombre y un pecho tierno, sacar del portaplumas estilos sofisticados, como el monje que ilumina el pergamino con miniaturas. Pensaba escribir, sobre un fondo musical de espineta y clavecín, alguna aventura marítima, una especie de opereta, pues estaba hastiado de la poesía de nuestra época... Así como el confitero enrosca pirulís rosas y azules, entrelazaba también yo, humilde escriba, frases, levantando no la torre de Babel, sino únicamente la tarta de Flaubert. ¿Quién habría imaginado jamás que del capullo de seda de la Ensoñación, de la Poesía, iba a brotar, aleteando, un mundo nuevo? ¡Señor, Señor, te doy las gracias! ¡Has utilizado mi frágil carne para construir algo sobrenatural, has vislumbrado otra vez mundos fantásticos a través de mi cenagal de sangre! ¡La bola mágica reposa

de nuevo en la palma de mi mano izquierda! Pero a partir de ahora soy polvo, mi cuerpo está hecho añicos, reducido a cenizas, pues no puedes tocar al Ángel sin ser despedazado...

Tal vez dentro de unos años, lector, esta maquinaria de esmalte y bruma que devora mi cerebro, que subyuga mi espíritu, se cruce con tu vida. O tal vez arda y el humo se pierda en el cielo. No me importa: ya está, *jexiste!* ¡Como no ha existido nunca antes! Filólogo que intentas tocar con tu dedo mi encaje para señalar que algún nudo no está bien apretado, que en el macramé hay decenas y centenares de errores, que en un sitio he escrito *vicio* y en otro *vizio*, ¿es que no te das cuenta de que todo en mi poema es únicamente

artificio? No te eleves por encima del molde. En gramática puedes ser un Apolo de las declinaciones y los morfemas, pero esto, *mon cher*, es poesía...

Estamos a 30 de octubre. Trabajo en la cocina. Me soplo los dedos fríos. Las llamas del quemador son más pequeñas que una uña, como los pétalos del aciano. El fondo de la taza de café está teñido por el Nechezol.²⁶ Sobre la mesa hay solo tarros sucios y un cuchillo: en su filo oblicuo se refleja mi rostro sin afeitarse. Un bote de Nescafé lleno de azúcar. En la pared, un calendario de papel con una foto: un ocaso de ámbar y árboles dorados que arroja óxido sobre el lago. Debajo de la foto dice red rock crossing, arizona. Mi «Erika» está sucia, destartada. La cortina cuelga torcida. A través de la ventana se distingue un ficus enano, dentro de una lata de conservas, entre la colada del balcón en el bloque de enfrente. Cristina, en el dormitorio, escucha música en el magnetófono. Imagínate todo bañado por una luz blanca cenicienta, desolada como un verde pútrido, de siglos de antigüedad.

¿Yo? Pienso continuamente en mi vida. No sé hacer otra cosa. Perdido entre sueños límpidos y realidades opacas, procurando comprender. ¿El qué? No lo sé, no lo entiendo... Cómo es posible que tenga venas, cómo es posible que hable... Cómo es posible que me encierre en el cosmos como el tatú en su caparazón... ¿Acaso protege mi cuerpo de otros cosmos voraces? O tal vez me encuentro en un vientre, un embrión arrugado y blando y, entonces, ¿dónde y cómo voy a tener que nacer? O...

Pero alguien llama a la puerta.

—Mircea, ve a ver quién es —grita Cristina, imponiéndose a la voz de Lennon en la cinta.

A través de la mirilla no distingo nada, pues la bombilla del vestíbulo está rota, en cambio, el tufo apestoso del vertedero de basura se cuele por debajo de la puerta. Vacilo: ¿que si hay luz? ¿Cómo diablos voy a pagarla? Quito la cadena y giro la llave. Abro la puerta de par en par. Me quedo de piedra.

Lector, ¿has visto alguna vez, aunque sea solo en tu imaginación, esos lienzos de Rembrandt en los que, en la oscuridad, brillan únicamente los ribetes de los cascos, algún ojo o un perfil bañado en oro, mientras el resto permanece escondido en una sombra profunda? Así relumbran en el fantástico claroscuro del rellano de la escalera la espada del caballero Brillant, el collar de perlas blancas del pecho de Zenaida y el reloj de bolsillo que lleva, colgado de una

cadena, el gran Antropófago. Entre su pelambreira se distinguen solo unos ojos juguetones y llenos de alegría. Brilla la hebilla de plata en forma de lis, tallada con filigranas (en sus delicados pétalos se inscriben versículos del Corán) de la vestimenta del musulmán Nastratin, lleno de sabiduría. Zoe, apoyada en el tablero en el que pone agua, lleva el cabello prendido con alfileres de zafiro, y la bombilla del ascensor ilumina en el noble Manoil, mi criatura preferida, una sonrisa de impotencia, de disgusto, de cansancio... Ya está, me encuentro en el umbral con todos los que se han mantenido íntegros, dulces compatriotas míos, pues mi país es la Libertad.

—¡Queridos, amados míos! ¡Bienvenidos, entrad en casa! ¿Qué? ¿Habéis traído una botella de Jidvei? Vaya, también flores, crisantemos... ¡Qué formales sois, hombre! ¡Cristina, ven, que tenemos invitados! No te quites las babuchas, Nastratin, ¿te crees que estás en la mezquita? Dadme un beso y vamos para el salón.

Mientras toman asiento por donde pueden, pongo ese disco de éxitos de Paul Simon y el ambiente se caldea... De repente, ella se planta en la puerta. Lleva la bola de cristal, reluciente, en la mano. Cristina, mi espíritu me conduce a menudo a mundos oscuros, mis dedos son cohetes diseminados por el aire, listos para estallar y atrapar toda la calina de la galaxia, para escurrirla y beberla con su boca sedienta. Mi cerebro es un castillo de sal con miles de estatuas en sus abruptas cornisas, en los frontones y las torres, y en el trono del castillo gobierna un embrión horrible, que late y que, cuando nazca, se llamará Muerte. Pero, perdido en la locura y en sueños y en visiones, sé que tú estás a mi lado, que besas mi ojo cerrado y que me llevas de vuelta al mundo del aquí y el ahora, que descuelgas de mis hombros unas alas que huelen a ceniza. Colocas ahora sobre la mesa el globo pálido que refleja en sus pesadas aguas las ventanas deformadas y las cortinas arrugadas, y sonrías a cada uno de nuestros famosos huéspedes. ¡Ay, qué guapa estás con vaqueros y camiseta! Luego, te vas a preparar un café. Nosotros bebemos vino tinto y los recuerdos nos encorvan como a los viejos, nos abate la nostalgia:

—Autor, ¿recuerdas cómo surcaba ágil mi caique el laberinto de los mares, como un peine que atraviesa veloz un cabello perfumado? Albergaba en el pecho el sueño de una venganza terrible: acabar con la hipocresía de los tiranos que aplastaban con su bota a mi triste pueblo. Pero de camino a Zante, orgullosa flor levantina, nos atacaron los piratas, nos amarraron a los mástiles y distinguimos sobre la cubierta, balanceándose con su blanda barriga, al cruel

verdugo del mar, a Yogurta el salvaje.

—Que después —lo interrumpió Zoe, gruñendo— vendió la revolución por una cucharada de sopa, porque, ¿qué significa un señorío en Muntenia? Una bagatela.

—Pero, por aquel entonces —siguió Manoil—, se hacía pasar por enemigo de los tiranos. Caí en la trampa como un chiquillo. ¡Ay, entregar la luz del mundo por un miserable *hic et nunc!*

—Llegasteis todos a Zante, lleno de *mahmudes*, donde os esperaba Zenaida con sus treinta *palicari* y, cuando diste un puñetazo en la mesa, salió de debajo un espía de lo más extraño, el caballero Languedoc...

—Os aseguro que no sé ni siquiera ahora, *ma parole*, cómo llegué hasta debajo de la mesa repujada donde me descubriste: era como si hubiera nacido de repente, emperifollado y peripuesto... ¡Juré al momento por *țaruki* y *paluki!*

—Y luego, ¿os acordáis?, la maldita bestia de Iancu Aricescu, que estaba en prisión (ojala se hubiera quedado allí hasta el día de hoy), nos envió una carta de largas frases...

—Y después, tuvisteis suerte, pues mientras estaba apretando un tornillo de aquella maquinaria con la que volaba hacia casa, a Hosna, vislumbé desde las alturas una horda numerosa en mis dominios hasta entonces desconocidos por la humanidad, y que nadie había pisado, y si hubierais hecho un solo gesto, los habría blanqueado con vuestros huesos.

—¡Hombre insensato, menos mal que estoy yo contigo, que te peino la barba y el cabello, que te saco de los atolladeros, yo, rumana, yo, que pregonó siempre la mañana de la libertad de Ploiești, yo, Zoe!

—Hinchamos el globo y, con Hércules a la espalda, nos subimos a la barquilla y navegamos sobre los mares.

—A propósito, ¿dónde está el mono? —preguntó Cristina, que entraba con una bandeja.

—Ahora mismo te lo digo, pero primero sírveme un café. Mmmm... Es Nes...

—Lo guardamos para las ocasiones...

—Mira dónde está Hércules —dijo Leónidas, depositando en el suelo el morral que llevaba colgado del hombro. Salió de él un hombrecillo con cola, con los mofletes del trasero colorados, que se encaramó a las baldas abarrotadas de la librería. Nos miraba desde allí con ojos como la brea.

—Pero —continuó Zenaida con las mejillas arreboladas— el monito mordisqueó el globo, escapó el gas y caímos en una isla en forma de h. Eso sucedió en el canto séptimo. Autor, nos arrastraste por los intestinos de piedra de una gruta en la que centellean las rosetas de mina, y en sus profundidades encontramos a una mujer arrebatadora que sujetaba el globo de cristal entre sus manos. Entre los rizos, que brillaban como ámbar bajo la luz, se adivinaban sus senos...

—Era la diosa Hyacint. Ella te condujo a ti, Manoil, al laberinto de la montaña. Lo que viviste allí solo lo sabrá el lector, no vosotros, queridos personajes cuya vida está hecha de papel. Él, allí, fui yo, como el cura que ofrece un sacrificio a Dios en el altar. Entretanto, los ladrones de Yogurta lucharon en sueños contra los mahometanos y mataron a todos excepto a Nastratin, al que el café salvó del sueño.

—¡Oh, que Alá proteja y haga señor en el cielo a aquel que inventó el café! ¡Oh, sagrado licor, santo que te estimula los nervios lánguidos con sus dedos marrones, que roza la inspiración con su pestaña, ojo líquido de hetaira que bebes en una taza! ¡Oh, café, espejo negro del que nace el poema, tú muestras en tu pureza el reverso fantástico de los mundos, para que en el territorio desierto de tu soledad se muestren lentas procesiones de elefantes que acarrearán en su lomo quioscos, postes retorcidos, pesadas ágatas, y cortinas de seda, y diamantes en la frente...! —dijo Nastratin, aspirando soñador el aroma.

—Los piratas se reunieron en el aduar de los gitanos con Zotalis y el campamento caminó y caminó por la Bulgaria turca hasta que llegaron a Giurgiu, al pueblo perezoso donde las cruces y las medias lunas bailan, al ritmo de los tambores, los panderos y los organillos, en las cúpulas y en las mezquitas, donde la vida es dulce como las delicias de pistacho...

—Allí —dijo Manoil— quise entreverte un poco, Autor, puesto que a menudo me pregunto quién será ese dios al que ofrecemos nuestros corazones, quién nos habrá creado con pensamiento y con pasión.

—¡Y de la tarta sacaste una mano embadurnada en confitura de rosas, me agarraste del pescuezo y de repente me desperté en *El Levante!*

—No podía mirarte, parecías hecho de brillantes. Caminando por el pueblo, una vieja nos condujo, en una noche tan oscura como el hierro colado, a una iglesia que levantaba el brillo de sus torres de bruma bajo una luna de estaño. Allí se nos apareció Hermina, laberinto del laberinto, la voz de los mundos

limpios que crecen unos de otros, cosmos de fuego que agita la bruma de sus alas en nuestra mente, palomita andrógina pura como un copo de nieve.

—Ella nos dijo que nos alejáramos de las pasiones y de los deseos. Volvimos a hinchar el globo y nos elevamos bajo las estrellas que encienden, como en un árbol de Navidad, su purpurina, las serpentinas y los hilos de oro, las bolas, las nueces doradas... En la bóveda celeste empezaron a perseguirnos el salvaje Sagitario, el Escorpión que quería clavarnos el agujón de su cola, el Toro que bramaba y la Libra que se inclinaba y nos tocaba el hombro con un platillo... Se veía la tierra a nuestros pies desde Moscú hasta Argel. Llegamos hasta la vertical de Bucarest, lo distinguimos desde la barquilla escarchado con polvo de luna: olía a perejil, a queso fresco, a ese vino que se bebe en jarras de barro, a mujeres que ponen albahaca debajo de la almohada.

»Sobre la urbe salpicada de cornisas con angelitos rosas de estuco que se alzaban hacia el cielo, nos encontramos con el galeón arrastrado por cisnes que tenía en la proa una mujer con pendientes de lentejuelas refulgentes. Luego descendimos a la página nacarada de *El Levante* y vagamos unos cuantos siglos por pasillos, por sótanos y bóvedas de piedra hasta que llegamos a la sala en la que el vaivoda y sus advenedizos se esfumaron en el aire...

»Como Manoil se negó, Yogurta fue el zorro que plantó su gordo trasero en el trono del poder forrado con cojines y fundas. Nosotros salimos de prisa del (evidente) palacio de Şuţu y fuimos atrapados por un policía con pistola y perro —concluyó Leónidas—. Pero al poco nos dejaron en paz y llegamos a Colentina después de dar muchas vueltas...

—Valientes, no lamento en absoluto el fracaso de la revuelta. No seáis boyardos del mundo, sino del ensueño. Sumergirte en ti mismo colmado de voluptuosidad, elevar un pensamiento bajo un cielo de brillantes, recitar un poema, inventar una máquina..., eso es a lo que alcanza el heroísmo humano. Yo no puedo hacer mucho más y vosotros tampoco.

—¿Y dónde quedan entonces las necesidades de los pobres? —Zoe se había puesto en pie y se paseaba por la sala, de la puerta al sofá amarillo—. ¿Qué puede hacer el que ha estudiado? ¿Protegerse a sí mismo para, en su triste soledad, extender la luz por el mundo o luchar contra el poder poniendo en peligro su cabeza?

—Zoe, *keramu*, no conseguiré librarme de ese dilema por muchos años que viva —le respondí yo—. Si eres cobarde, puedes legar a la humanidad tu

pensamiento, aunque tu conciencia te atormentará un día sí y otro también. Si te enfrentas al tirano, te rompes el cuello y la pluma en el cenagal... Este poema en el que vivimos, *El Levante*, es el testimonio de que no estoy en condiciones de elegir, de que el amante de la Libertad ama también a otra mujer, la Poesía, y que querría conciliarlas. Querría algunas veces ser el Mesías (pero le dan miedo los clavos y los bellotes), y otras veces querría ser tan solo un evangelista, escribir sobre el que va a ser sacrificado mientras que tú escribes en tu refugio... A menudo me considero un cobarde y un gusano, mi cáliz es muy amargo. Así es la vida: el que volcó los tenderetes del templo es crucificado y en su lugar liberan a Barrabás.

Todos permanecemos en silencio. Sorbimos el café hasta que aparecieron los posos. Contemplábamos en la profundidad de nuestro pensamiento el sueño de los mundos, la ilusión que el destino urde en el bastidor de las estrellas. El globo de cristal arrojaba sobre la mesa sombras pálidas, nacaradas. En ellas se perseguían las luces, que trepaban hasta nuestros rostros. Algún que otro chispazo brusco torturaba dulcemente al sediento, al eternamente solitario espíritu mío y tuyo. Cuando de repente ante nuestros ojos se materializó una visión: la bola explota como un huevo, haciendo un ruido que le pone a Hércules los pelos del espinazo de punta; del huevo sale una pequeña máquina de escribir, una joya que crece a ojos vistas hasta que llena la estancia, hasta que nos envuelve a todos. Vagamos entre sus arcos, entre las palancas grasientas, nos encaramamos a las teclas, que se dejan caer bajo nuestro peso: la a está muy desgastada, la x y la w están intactas... En un cuadradito de plata que casi nos ciega con su brillo se puede leer: «Erika». La máquina aplasta el apartamento y se extiende hasta abarcar todo Bucarest bajo su carcasa, hasta que su carro se alza hacia las estrellas del firmamento. Las duras letras de plomo se visten con el éter eterno y en la cinta se incrustan las conchas de los cuásares. Los átomos del mecanismo son tantos como las estrellas. Es precisamente el universo que habitamos. En otro universo mayor aún, un Dios gigante con dedos de cometas y supernovas escribe con esta máquina, sobre la sábana de la inmortalidad, letras torcidas, transfinitas, en silencio y éxtasis. Por culpa de esta visión, las lágrimas rodaban por mis mejillas y cada una reflejaba a mis personajes, tristes actores de varias obras, repartidos por el sofá y los sillones.

—Autor..., siento que se acerca el fin de nuestro mundo —dijo dulcemente Zenaida con los ojos llenos de lágrimas—. Dentro de poco olvidarás el sufrimiento y escribirás fin. ¿Qué va a ser de mí y de mi amante francés? Ay, nuestro amor ha sido tan breve como el tiempo que tarda una flor en marchitarse... ¡Si tu corazón no es de piedra, haz que vivamos siempre juntos!

—Os abrazaréis eternamente y permaneceréis eternamente unidos en un beso como no lo estuvieron jamás los pobres pastores de Keats, susurraréis eternamente palabras amorosas y dulces, como los amantes de piedra en el recuerdo de Morel, el del libro de Bioy Casares. Besaos en el centro de esta habitación oscura:

Estáis pestaña con pestaña labio con labio,
Con la carne y la sangre hacia fuera,
Sordos al crujido de los mundos turbadores.

En tristes paradas de autobús,
En posadas de una vida anterior
Estáis pestaña con pestaña labio con labio.

En las aulas o en las fiestas,
Os abrazáis, os mezcláis como cera,
Sordos al crujido de los mundos turbadores.

Ante el cañón de las armas, ante las balas,
En la enfermedad, en la desgracia, en la ruina,
Estáis pestaña con pestaña labio con labio.

Las galaxias mueren como medusas en la arena,
Vuestros oídos, párpados, narices están cerrados,
Sordos al crujido de los mundos turbadores.

Amantes eternos, ardientes como el tubo
Por el que brota el chorro de la vida,
Estáis pestaña con pestaña labio con labio,
Sordos al crujido de los mundos turbadores.

Ellos se separan de ese beso violento como una pelea, en el que los cuerpos se entrelazan y se agitan como el cabello, donde sus huesos, sus arterias y sus pensamientos se superponen en la fotografía del que va a nacer.

Mientras todos los valientes descansan repartidos entre los sillones y el sofá, alguien llama a la puerta. Cri lleva la bandeja con las tazas vacías a la cocina y luego abre. ¿Quién crees que aparece? ¡Precisamente tú, lector, tu *kagemusha* perfecta! He querido darte una sorpresa: eres precisamente tú, el que lee estas líneas escritas sin fuerza y sin nervio (pues no puedo explicarte mi cansancio con palabras). Así como los fotógrafos dejan un agujero en sus decorados torcidos en los que, si metes la cabeza, sales en la foto como un *cowboy* orgulloso con pantalones de flecos, así te invito también yo a que ocupes la figura del Lector. ¿Eres una joven graciosa? ¿Eres un príncipe viejo? No importa. Me siento honrado por tu visita. Ahora ya estamos todos, melancólicos y confusos, reunidos en torno al globo de cristal que nos refleja en sus aguas. ¡Bienvenido a la epopeya, a nuestra secta redonda! Y, puesto que ya estamos todos, quiero acabar con un brindis. Lector, acerca tu copa. Esta gota de Jidvei te recompensará por el esfuerzo. Vamos, bebe con todos nosotros y, puesto que la aventura de los rudos revolucionarios ha llegado a su final, brindemos:

*¡Levanto esta copa por la santa Libertad,
Por la dulce Poesía, por el Sueño alado!*

Lector, estoy mojando el manuscrito con mis lágrimas. Esta hoja es la última. He dedicado dos años de mi vida a plasmar esta epopeya de pistacho y *halva*, he trabajado dulces mañanas perfeccionándola y sudando, incrustando graciosas florituras en las asas de los pensamientos... ¿Qué haré de ahora en adelante? ¿Qué voy a escribir? ¿Qué más voy a vivir? Oh, *Levante*, me separo hoy de la ensoñación escrita en tu concha como de una mujer amada a la que no volveré a ver jamás. Seguiré viviendo mi vida entre paredes cenicientas: escuela, casa, familia, enfermedades... Noches de insomnio hasta el alba... No puedo soportarlo más...

Adiós, querido lector...

¡ADIOS!

De la amplia librería, de sus baldas recargadas, Manoil saca como al azar un libro muy extraño: ciega el brillo de sus hojas, como hojitas de cristal, y en la portada, con letras de oro en una orla magnífica, puede leerse:

EL LEVANTE

Lo abre por el final y lee lo que sigue a continuación con voz débil y triste:

De la amplia librería, de sus baldas recargadas, Manoil saca como al azar un libro muy extraño: ciega el brillo de sus hojas, como hojitas de cristal, y en la portada, con letras de oro en una orla magnífica, puede leerse:

EL LEVANTE

Lo abre por el final y lee lo que sigue a continuación con voz débil y triste:

De la amplia librería, de sus baldas recargadas, Manoil saca como al azar un libro muy extraño: ciega el brillo de sus hojas, como hojitas de cristal, y en la portada, con letras de oro en una orla magnífica, puede leerse:

EL LEVANTE

Lo abre por el final y lee lo que sigue a continuación con voz débil y triste:

Notas

1. Actualmente se conoce como Zacinto, una de las islas jónicas de Grecia. (Todas las notas son de la traductora.)
2. Soldados voluntarios que participaron en la guerra de independencia de Grecia.
3. Moneda turca de oro que estuvo en circulación en Rumanía hasta mediados del siglo XIX
4. Moneda turca de plata.
5. Se trata de un método tradicional para conservar el queso en el interior del estómago de un cordero.
6. El pueblo arrumano es uno de los pueblos repartidos por la península balcánica. Hablan su propia lengua, el arrumano o valaco, que algunos consideran una variante arcaica del rumano. A diferencia de este, su vocabulario no dispone de un caudal léxico tan eslavo y, en cambio, posee muchos términos griegos.
7. Música tradicional turca.
8. Las gitanas predicen el futuro en las caracolas.
9. Moneda turca de cinco unidades.
10. La hora es un baile popular.
11. Doble LP del grupo de rock Phoenix, muy popular en los años setenta en Rumanía.
12. Verso del poeta Ion Barbu.
13. Novela de Mateiu I. Caragiale.
14. Personaje de la tradición sufí famoso por sus parábolas.
15. Rada y Stanca son nombres tradicionales entre las mujeres de la comunidad gitana.
16. La braga es una bebida refrescante elaborada a partir de harina fermentada de diferentes cereales.
17. Monedas de uso corriente en la época.
18. Novela de Mihail Sadoveanu.
19. Biblioteca Central Universitaria.
20. Actual Rustschuk, ciudad búlgara a la orilla del Danubio.
21. Personaje de la novela de Nicolae Breban que lleva una doble vida.
22. Para acabar con la sequía, se elaboran unos muñecos de barro que se arrojan al agua.
23. Hospital psiquiátrico de Bucarest.
24. Moneda turca de oro.
25. Familia de señores feudales.
26. Nechezol es el nombre humorístico de un sucedáneo del café, elaborado a partir de avena y garbanzos, muy popular en los últimos años del régimen comunista, cuando el café era un artículo inexistente.

Créditos

Título original: *Levantul*

Primera edición en Abril de 2015

Levantul

Copyright © Mircea Cărtărescu for the whole world except Romania

Copyright de la traducción © Marian Ochoa de Eribe, 2015

Copyright de la presente edición © Editorial Impedimenta, 2015

Benito Gutiérrez, 8. 28008 Madrid

<http://www.impedimenta.es>

ISBN:978-84-15979-83-8

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Índice

[El Levante](#)

[Prólogo](#)

[Trabajos para la eternidad](#)

[El Levante](#)

[Canto primero](#)

[Canto segundo](#)

[Canto tercero](#)

[Canto cuarto](#)

[Canto quinto](#)

[Canto sexto](#)

[Canto Séptimo](#)

[Canto octavo](#)

[Canto noveno](#)

[Canto décimo](#)

[Canto undécimo](#)

[Canto duodécimo](#)

[Notas](#)

[Créditos](#)